This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

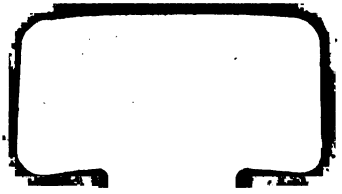
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585468 1



E-6-25.

# ESTUDIOS POÉTICOS.

S561

# ESTUDIOS POÉTICOS

POR

Mª MENÉNDEZ Y PELAYO

CON UNA CARTA-PRÓLOGO DEL

EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE VALMAR

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

SEGUNDA EDICION

MADRID
LIBRERÍA
DE FERNANDO FÉ
CAR. DE S. JERÓNIMO, 3.

SEVILLA
LIBRERÍA
DE HIJOS DE FÉ
SIERPES, 104.

1879

74406

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
388119A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1928 L

*Haz que las Gracias sean compañeras eternas de mi vida.*

(TEÓCRITO, Κωμῳδοί.)

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

26000

13
J

S
E61
M
1

A C...

SU PRIMO

MARCELINO.

TRANSFER FROM C. O. SEP 1928

## CARTA-PRÓLOGO

AL

## EXCMO. SR. D. JUAN VALERA.

Mi antiguo amigo y querido compañero. Desea el brillante y estudioso jóven D. Marcelino Menéndez Pelayo que yo escriba algunas páginas, como en señal de estimacion literaria, al frente de sus *Estudios Poéticos*. Tengo escasa aficion á los prólogos, que suelen ser ociosos encarecimientos ó anticipaciones poco sustanciales de las ideas del libro, y prefiero satisfacer ahora la deuda que la amistad me impone, conversando un rato con usted acerca de esta coleccion poética y de las altas dotes literarias que adornan á su autor.

Muchas veces, con el contentamiento íntimo de quien ama de véras las letras, hemos hablado usted

E-6-25.

# ESTUDIOS POÉTICOS.

S861

todos, á fin de resumir y juzgar doctrinas que á pocos españoles interesan.» Pues bien, las muestras que Menéndez ha dado y está dando de su profunda perspicacia y de su animoso espíritu para desentrañar y sostener las verdades de la ciencia histórica, dan motivo á esperar que él sea uno de los raros y heróicos campeones del saber, que léjos de arredrarse ante esos innumerables y gigantescos volúmenes de enmarañado lenguaje, cifran su gloria en desenterrar los tesoros del pensamiento humano en los siglos pasados, en hacer brotar luz purísima del cáos de los archivos y bibliotecas, y en devolver á su patria el patrimonio de sus grandezas intelectuales, desconocidas ó usurpadas por las naciones extranjeras.

Versado en las nociones abstrusas de la filosofía, y en la historia crítica y literaria de nuestra patria: helenista y latinista aventajadísimo; conocedor de varios idiomas modernos; doctor en Filosofía y Letras, premiado por sus felices estudios; bibliófilo sagaz é infatigable, que ha explorado ya con extraordinario fruto las principales bibliotecas de Europa: todo esto es Menéndez... Los que así viven en la esfera de la meditacion y del estudio, suelen apartarse por necesidad y por instinto del campo risueño y fantástico de la poesía. No acontece esto á nuestro ilustrado jóven. Abarca mucho más.

Siente con intensidad la noble emocion de lo bello y el embeleso de la armonía; y es delicado poeta y versificador gallardo.

Pero el hombre está lleno de contradicciones: es circunstancia ingénita é inevitable de su sér, y por eso nunca acertamos á comprenderle. Alguna sorpresa me causó leer la lista de los poetas traducidos por Menéndez, los cuales deben de ser, á lo que puede conjeturarse, sus poetas favoritos... ¡Cómo! Menéndez, que, con todo el brioso fervor de los polemistas antiguos, está siempre apercibido á romper lanzas con cualquiera que osa siquiera mirar de reojo las cosas santas de la religion y de la moral, escoge para un ostentoso ramillete de flores poéticas, vates livianos como Safo y Teócrito, obscenos como Catulo y Petronio, impíos como Lucrecio y Byron. Quiere presentar una muestra de poesía moderna italiana, y en vez de acudir á los hermosos himnos y cantos líricos de Mamiani, de Borghi, de Manzoni, ú otros semejantes, traduce *Los Sepulcros* de Hugo Fóscolo, uno de los tres ilustres poetas italianos absolutamente contagiados de los rencores políticos de la Revolucion Francesa (1). Es una hermosa declamacion poética, que ha cau-

---

(1) Fóscolo, Monti, Alfieri. Los han llamado burlescamente los Triunviros de la literatura italiana.

tivado á Menéndez por las galas del estilo y por las bellas imágenes paganas. Pero carece de la hechicera sencillez que es, en todas las literaturas, privilegio de los siglos clásicos. Los sepulcros no inspiran á Fóscolo las meditaciones, ni los sentimientos de humildad, de ternura, de piedad y de melancolía que ante la imágen de la muerte brotan naturalmente del alma humana. Sus reflexiones son acentos de orgullo. No piensa en el cielo: piensa solo en la gloria terrestre. Es pagano en la forma, y á todos esta nos complace; pero lo es mucho más en el fondo, y tanto, que se atreve á ensalzar los ritos gentílicos, y á menospreciar y á calumniar los usos y hasta los sacerdotes de la Iglesia cristiana Puede decirse que es más pagano que los paganos mismos. Estos tenian su cielo; Hugo Fóscolo no cree en él, y no le queda más religion en sus versos que la frase acerada de la ira impía, y la vehemencia del odio político.

Pindemonte, á quien fué dedicada la obra, contesta á Fóscolo con otro canto á *Los Sepulcros*. Casi tan poeta y tan artista como Fóscolo, parece que completa y rectifica las ideas de su amigo. Siente, y no declama. Ántes que el renombre de los héroes y de los sabios, ve en la tumba la triste pero dulce ilusion de los afectos que interrumpió la muerte:

«¡Quante memorie di dolor comuni,
di comuni piacer! . . . . . .»

Ve asimismo en el campo-santo el consuelo de las celestiales esperanzas. Dice á un desventurado que está orando ante el sepulcro de su esposa estos cristianos y bellísimos versos:

«Ma il solitario loco orni e consacri
religion, senza la cui presenza
troppo è a mirarsi orribile una tomba.
. . . . . .
Nel rio, che si lamenta, e in ogni fronda
che il vento scuota, sentirai la voce
della tua sposa: con le amiche note,
sotto il suo busto, nella pietra incise,
ti parlerà: *Pon*, ti dirà, *pon freno*,
*caro, a tanto dolor; felice io vivo*.»

Menéndez, que ve bien claro todo esto, pero que se enamora del vuelo ambicioso de los versos de Fóscolo, los traduce con gran vigor y con sobriedad clásica. Aumenta esta sobriedad en los pasajes escabrosos: así es que corre su pluma como sobre ascuas en la invectiva contra los enterramientos cristianos, procurando envolverla y disfrazarla con atavíos de severa forma, y se guarda bien de traducir la *venal prece*, idea que, segun él mismo me

ha dicho alguna vez, le parece falsa, prosaica y de perverso gusto.

Quiere evocar la veneranda imágen de un prelado que entona religiosos cánticos, y fija Menéndez su eleccion en el famoso *Sinesio*, filósofo alejandrino que asombró á Arcadio por la osadía de sus palabras en el último año del siglo IV, y que, proclamado obispo, aunque era casado, por el clero y el pueblo de Tolemáida, nò renunció ni á su mujer, ni á sus ideas paganas. Dudan mucho Villemain y otros críticos modernos de su sincera conversion y hasta de su bautismo; pero seduce la viva imaginacion que resplandece en sus escritos, donde intenta amalgamar los principios cristianos con el vago y peculiar misticismo de la escuela neoplatónica. Menéndez no acierta á resistir en las letras á la tentacion de lo bello, y su paráfrasis de la oda, que llama *teológica*, de Sinesio, da testimonio de su gusto alto y acrisolado. La oda empieza en tono poco episcopal, pero sube en seguida, merced sin duda en gran parte á la fantasía delicada de nuestro poeta castellano, á los más puros espacios de la idealidad cristiana. Es más: por obra y virtud de la peregrina habilidad de Menéndez, la poesía del semi-pagano Sinesio adquiere á veces la entonacion sencilla, la candorosa gracia y el espiritual alcance de Fray Luis de Leon. ¿Quién no recuerda al leer

las siguientes estrofas la elevacion ideal de aquel gran pensador católico?

Sino aquella luz pura,
aquella eterna fuente
de do mana el saber que siempre dura,
que es la gloria esplendente,
y la verdad, la ciencia y la hermosura.
. . . . . .
Allí brotó la llama
del alto pensamiento,
puro destello que el Señor derrama
desde el sublime asiento,
soplo vital que la materia inflama.
. . . . . .
De terrena existencia
rotos los férreos lazos,
has de volver, humana inteligencia,
con místicos abrazos
á confundirte en la divina esencia.

No puedo, porque sería enojosa tarea, examinar las composiciones griegas escogidas por nuestro amigo. Pero no he de prescindir enteramente de la oda segunda de Safo, por la inmensa celebridad de que ha gozado desde el retórico Longino hasta la era presente. La oda es tan misteriosa como su autora. Á fuerza de ver ya ensalzado, ya vilipendiado por escritores de todos tiempos el nombre de esta mujer insigne, y de leer acerca de su vida tan-

tas relaciones novelescas, inclusa la absurda y anacrónica de la pasion que inspiró á Anacreonte, el cual nació cerca de medio siglo despues que la poetisa de Lésbos, entra el pensamiento en un mar de confusiones acerca de las verdaderas circunstancias de su situacion social, de su carácter, y hasta de su figura. Platon, Plutarco, y muchos otros la pintan hermosa; Ovidio, que vivió seis siglos despues que ella, y Pope, á veinticuatro siglos de distancia, la presentan fea y odiosa. La historia de su arrebatada pasion por Faon y su salto desde el promontorio de Léucade al mar jónico, tiene visos de una mera invencion leyendaria; y tanto más que no faltan autores antiguos (1) que atribuyen este romántico suicidio por despecho amoroso, á otra Safo, *hetaira*, tambien lesbiana, mas no de Mitilene, sino de Eresa. Usted no ignora que el sabio aleman Ottfried Müller sostiene que *Faon* no es más que un personaje mítico, poéticamente celebrado por Safo. Lo único que puede llamarse histórico, es que Alceo, su contemporáneo, en los versos que á ella consagra, le manifiesta admiracion profunda, llama divina á su sonrisa, y le expresa amor respetuoso. Heródoto tambien habla de ella en términos honrosos.

---

(1) Atheneo y otros por él mencionados.

Mal se avienen estos atendibles testimonios con las repugnantes liviandades que escritores de épocas muy posteriores han atribuido á Safo. Le han aplicado, encarnizándose con ella, aquel terrible dicho, acaso humorístico, de Luciano: «No es á los hombres á quienes aman las lesbianas.» ¿Quién sabe si las acusaciones contra ella fulminadas, habrán nacido exclusivamente de su famosa oda *Á la amada?* Esta oda es sin duda el modelo más acabado de las composiciones eróticas, pero ¡qué triste amor expresa! El amor de la sensacion y no del sentimiento. No temo confesar que no he podido nunca dejarme arrastrar por el torrente de admiracion que en edades antiguas y modernas ha producido esta viva pintura del encendimiento de los sentidos. Conozco su concision ática, su verdad absoluta; imagino el hechizo, en oidos griegos, de la incomparable cadencia, magia y resonancia del idioma helénico; y todavía me parece esta obra, más que verdadera poesía, una descripcion fisiológica perfecta y elocuente.

Algunos han creido que el verdadero título de esta oda no es *Á la amada*, sino *Al amado* (1). No sé qué pensar. Me holgaria de que así fuese. No tendria, al ménos, el disgusto de imaginar que la

(1) Pierron, *Histoire de la Littérature Grecque.*

antigüedad impúdica nos ha legado una obra que, por preciosa que por su forma sea, parece precursora de la monstruosa literatura que ha producido en nuestros dias la novela titulada *Mademoiselle Girod, ma femme.*

De las traducciones de esta oda tan admirada ¿he de decir la verdad? no me gusta ninguna: ni la de Boileau, ni la del inglés Philips, ni la de Delille, ni la de Castillo y Ayensa... ni siquiera la de nuestro Menéndez, que es una de las mejores. En todas encuentro pobreza de lengua y artificio de estilo. La imitacion de Catulo me complace mucho más, tal vez porque el idioma latino se acerca más al griego, tal vez, asimismo, porque Catulo toma las palabras de Safo para hablar á su Lesbia, y esta poesía de sensualidad desaforada parece ménos impropia bajo la pluma de un amante, que bajo la pluma de una mujer.

Siempre he profesado mala voluntad á las traducciones en verso de los poetas de la antigüedad, y el tiempo y la experiencia literaria no han hecho más que confirmar mi aversion. Una traduccion poética de Homero, por ejemplo: cualquiera de las tres mejores, la de Pope, la de Voss, la de Monti, tiene necesariamente un sabor moderno, un esmero artificial, que hiela á los lectores. ¿Cómo reproducir en el lenguaje poético de una sociedad refinada,

que se paga de primores de ingenio, y se asusta de la desnudez de los cuadros y del estilo, la vigorosa ingenuidad de los poetas antiguos? ¿Cómo embelesar, ni conmover el corazon, ni acalorar la fantasía con la imágen y el recuerdo de costumbres, ritos é ideas de pueblos que creen, obran, piensan y sienten de un modo tan diverso del nuestro? Y esto en lenguas modernas, animadas de muy distinto espíritu, y en metros modernos, de especial acicalamiento y artificio, donde, al querer reproducir trabajosamente textos sánscritos, hebreos, griegos, persas, latinos ó árabes, ha de asomar infaliblemente el filólogo ántes que el poeta.

Y si esto acontece cuando acometen la arrogante tarea de traducir antiguos poemas ingenios, como Menéndez, dotados de estro verdadero, ¿qué ha de ser cuando se arrojan á tamaña empresa meros humanistas sin imaginacion y sin vuelo? Hermosilla, traductor de *Homero*, y Berguízas, traductor de *Píndaro*, eran indudablemente insignes helenistas. Sus versiones poéticas se caen sin embargo de las manos, y el lector, chasqueado, no puede ménos de exclamar: ¡Y no son mas que esto los grandes poetas que la historia, la voz de los siglos, la admiracion universal ofrecen al mundo respectivamente como el arquetipo de la grandeza épica y de la sublimidad lírica!

Voss es el más fiel y escrupuloso de los traductores de la *Ilíada*. El idioma aleman, por su cualidad especial de poder combinar varias palabras en una sola, se presta grandemente á la version. El libro de Voss es glacial.

La traduccion de Pope es la más elegante; y ya sabe usted cuánto han dado que decir sus británicos y modernos atildamientos, y las burlas que han provocado sus primorosas frases, como cuando Héctor tiende sus *tiernos* brazos (fond arms) al *amable niño* (lovely boy), y llama á Andrómaca con sentimental afectacion «*la mejor parte de mi alma*» (My soul's better part). En la *Ilíada* no se encuentra ni lo de *tierno*, ni lo de *amable*, y en vez de la frase, de moderna y algo *cursi* galantería, que Héctor dirige á la afligida matrona, Homero se limita á decir: Δαιμόνιε (noble mujer, ó digna mujer). No comprendió Pope y muy pocos han comprendido que las frases metafísicas del lenguaje moderno, acaso los idiomas mismos, son completamente impropios de Homero, y que la grandeza de éste consiste principalmente en una mezcla de patriarcal llaneza y de barbarie heróica.

No hay duda: esta literatura de las traducciones poéticas de la antigüedad es ardua y arriesgada; casi me atrevo á decir imposible. Si la traduccion es absolutamente fiel (filológicamente se entiende),

ni las palabras modernas alcanzan á dar á la poesía el color y la intencion de las antiguas, ni el vulgo de los lectores puede comprender, sentir y admirar. Si es libre y desembarazada, quedan desnaturalizados por fuerza el texto y el espíritu antiguo: la version es entónces una temeridad, ó una caricatura, ó una calumnia literaria.

En esta familiar conversacion, puedo decir á usted sin rebozo, porque él no ha de llevarlo á mal, que nuestro excelente amigo Laverde, con su alma pura y profundamente cristiana, ha advertido, algo compungido y pesaroso, la visible predileccion literaria que Menéndez manifiesta al paganismo antiguo y al paganismo moderno. ¡No traduce á Klopstock, ni á Lamartine, ni á otros poetas en cuyas obras rebosa el sentimiento cristiano, y traduce á Chenier y á Fóscolo y á Lord Byron, que en nada creen! Desearian Laverde y otros amigos de nuestro brillante jóven, que hubiera éste reunido á las flores poéticas de insano aroma que forman la mayor parte de su espléndido ramillete, otras muchas de no ménos vistosos matices y de más pura, espiritual y consoladora influencia. Pero ¿quién, si conoce las circunstancias morales é intelectuales de Menéndez, no ha de absolverle por completo? La predileccion pagana es evidente, pero no hay que ver en ella ni sombra siquiera de impiedad, de impureza, de es-

cepticismo, ni de audacia. Es simplemente la predileccion *literaria* del estudiante entusiasmado, del mozo, helenista, que bebió el sentimiento de lo bello en las más nobles y mágicas fuentes estéticas que ofrece la historia del mundo.

No se precia por cierto de osado en estas materias nuestro querido jóven. Para convencerse de ello, basta parar la atencion en los pasajes escabrosos, y comparar la version con los textos respectivos. Siempre que frisan estos con lo impío ó con lo impúdico, Menéndez suprime ó atenúa y modifica todo aquello que, traducido con fidelidad escrupulosa, podria lastimar los sentimientos que han nacido en las sociedades modernas de otros principios, de otras creencias y de otras costumbres. Suprime, por ejemplo, en el idilio segundo de Teócrito, la parte lasciva y descompuesta de la extraña relacion de amores que la desdeñada *Simeta* dirige á la Luna; y no habrá usted dejado de notar que cuando, en este mismo idilio, alude la hechicera á aquella fea y repugnante costumbre, contraria á los instintos naturales, que con tan cándida barbarie se menciona á cada paso en la literatura de la antigüedad greco-romana, Menéndez elude hábilmente la dificultad en este verso:

«*No sé de quién;* mas vive enamorado.»

La duda que expresa Teócrito no es tan vaga. Don José Antonio Conde, que, si bien puliendo un poco la pastoril rudeza, lo traduce todo, dice con franco estilo, expresando la celosa angustia de *Simeta:*

«La madre de Filista mi flautera
me dijo estaba Delfi enamorado;
*si de mujer ó de varon* tenía
amores, no sabía ciertamente.»

El sabio Prelado mejicano, que acaba de publicar su esmerada y bella traduccion de los Bucólicos griegos (1), resuelto á no ofender en caso alguno las leyes del pudor, comete á sabiendas en la version *laudables infidelidades*, como él mismo las llama, y no habiendo de expresar, cual lo hace Conde, que Délfis, en sus extravíos amorosos, no distingue de sexos, le ocurre dar á las dudas de la madre de Filista un carácter nuevo y completamente femenino. Traduce así:

«Entre varias noticias me ha contado
que Délfis se halla de otra enamorado:
si es *vírgen ó viuda*
la buena anciana duda.»

¡Digno y noble Prelado, que, convencido de que

(1) *Poetas bucólicos griegos*, traducidos en verso castellano por Ipandro Acaico.—Méjico, 1877.

no es dable ni conveniente privar al mundo moderno del estudio de los modelos clásicos, arrostra, ilustrado y brioso, la traduccion de la literatura pagana, expurgándola de las manchas morales que la envilecen y la afean!

Este elevado y sano miramiento á las costumbres ha obligado infinitas veces, como usted sabe, á los traductores cristianos, á convertir en garridas mozas y zagalas á los pastores y mancebos de los poetas del gentilismo. Hidalgo, vate andaluz, transformó en una lozana pastora al desdeñoso *Aléxis* de Virgilio (1). Pérez de Camino hizo primorosas doncellas de ciertos mimados mancebos de Catulo; y usted mismo, en su traduccion de Schack, convierte en muchacha á un escanciador árabe.

Al ver á Menéndez tan cuidadoso de evitar cuanto puede sonar como escándalo en oidos delicados y timoratos, ¿quién se atrever á acusarle por su vehemente preferencia á las obras maestras del clasicismo antiguo? ¿Qué hombre de acrisolado gusto, incluso Fray Luis de Leon, que *labraba con manos cristianas el mármol gentílico*, no ha

(1) No se atrevió á tanto Fray Luis de Leon. Él traduce impertérrito la verdad, por desagradable que le parezca. Así empieza la égloga segunda:

«En fuego Coridon, pastor, ardía
por el hermoso Aléxis, que dulzura
era de su señor.....»

incurrido en este literario pecado? Y, en resolucion, ¿qué toma Menéndez de los poetas antiguos de más temeroso renombre? De Petronio, una recia y elocuente sátira del desenfreno é ignominia de las costumbres de la decadencia romana; de Catulo, el elegante epitalamio de Julia y Manlio, que algunos juzgan traduccion de Safo; de Lucrecio, la famosa invocacion, que parece un canto cristiano, donde, con una grandeza del sentimiento humano hasta entónces nunca empleada, se anatematiza inexorablemente, cual un martirio horrendo, el bárbaro sacrificio de Ifigenia.

Menéndez hace gala de su *paganismo* literario y artístico. Y ¿cómo no ha de hacerla, si sabe comprender y sentir las grandezas intelectuales y morales del mundo antiguo, si ve al Dante tan enamorado de ellas, que las ensalza sin medida, y hasta las santifica en sus versos? ¿Ha de ser Menéndez, en el siglo XIX, ménos tolerante con los paganos sabios y virtuosos que lo fueron los ortodoxos de la edad-media? Dante coloca á Trajano en el *Paraíso*. La Iglesia casi canoniza á Aristóteles, y el mismo Dante hace de él el más grandioso elogio llamándole *el maestro de los que saben*,

«Vidi il maestro di color che sanno.»

(*Inferno*, canto IV.)

Si alguien no hallase bastante clara y legítima la arraigada aficion de Menéndez á los poetas de la antigüedad, que en nada amengua su rigorosa ortodoxia, lea su *Epístola á Horacio*, obra animada, sincera, vigorosa y profunda; elogio fervoroso de la belleza y de la cordura; magnífica apoteósis del gran poeta romano. Aquí ya no es Menéndez solamente el estudiante entusiasmado que, á los veintiun años, nos sorprende por los triunfos de su claro ingenio y de su estudio perseverante: es el hombre de precocidad inaudita, firmemente asentado en el pedestal de la madurez y del talento, que siente, juzga y proclama grandes principios con la voz serena y poderosa de la conviccion y de la verdad.

¿Cómo no ver la entereza del alma, el enérgico impulso de la conciencia, el arranque de la fantasía, en estos robustos y bellísimos versos?

«¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía...
Canta de amor, de vinos y de juegos,
canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
quiero las calles de la antigua Roma,
con Damasipo conversar y Davo,
reirme de epicúreos y de estóicos,
viajar á Bríndis, escuchar á Ofelo,

sentarme en el triclinio de Mecénas,
y aprender los preceptos soberanos
que dictaste festivo á los Pisones...»
«La antigüedad con poderoso aliento
reanime los espíritus cansados,
y este hervir incesante de la idea,
esta vaga, mortal melancolía
que al mundo enfermo y decadente oprime,
sus fuerzas agotando en el vacío,
por influjo de nieblas maldecidas
que abortó el Septentrion, ante su lumbre
disípense otra vez.....»

Menéndez ha traducido con soltura y gracia á varios poetas modernos, especialmente á Byron y al catalan Rubió y Ors. Admira á Chenier, con razon, porque su gusto es acendrado; y especialmente, segun yo creo, porque no pertenece á su época, porque es un verdadero adepto de las Musas paganas, porque cifra todo su conato en introducir el espíritu antiguo en la poesía francesa. Pero le admira con exceso, llamándole *divino* en su bellísima oda al poeta Cabanyes. Y sin embargo, ¡cosa extraña! no es Chenier el poeta que con mayor inspiracion interpreta el poeta castellano. En la traduccion de *La Jeune Captive* (la hermosa Amada, Duquesa de Fleury, encarcelada, como Chenier, en Saint-Lazare) resplandecen la gracia y la limpieza de estilo de Menéndez; pero no ha pasado

á la version española todo el encanto, toda la gentileza, toda la ternura sencilla, á la manera griega, que campean en el original frances.

No obstante, la escuela poética de Menéndez es al parecer la de Chenier, que éste define claramente en el siguiente verso:

«Sur des pensiers nouveaux faisons des vers antiques.»

¿Y qué me dice usted de los cantos latinos *goliardescos*, jugueton desenfado de una musa de veinte años? Erradamente juzgaria quien viese en ellos indicio de las aficiones de nuestro austero y morigerado Menéndez. Halló en Léiden una coleccion de poesías latinas estudiantescas *(Carmina variorum ludrica, selecta ad usum lætitiæ)*, en las cuales se canta festivamente el amor y el vino, no como Anacreonte ó Baltasar de Alcázar, sino por el estilo de nuestro obsceno *Cancionero de Burlas*, esto es, con la tabernaria franqueza que empleaban en la edad-media los estudiantes juglares de las naciones septentrionales.

Menéndez no se aventura tanto; pero canta tambien la taberna, adonde de cierto no ha ido nunca. No le mueven en estos cantares, algo desmandados, ni la mujer ni el vino. Le mueve el antojo literario de imitar aquellos atrevidos versos esco-

lares, y lo hace por cierto con donaire y desenvoltura. Son, á mi ver, sus versos *goliardescos* como una travesura poética, semejante á las que cometen los niños, por el gusto de romper alguna vez las amarras de una educacion severa y recogida.

Al terminar estos desaliñados renglones, que he tenido que escribir á la carrera, por apremiar el tiempo para la publicacion de los *Estudios Poéticos*, me asalta el temor de disgustar á Menéndez con mis encarecidas alabanzas. Pero ¿qué importa? Él las ignora: se halla en este momento en Santander; y cuando las vea impresas, se resignará, sin sentir por ello engreimiento de ninguna especie. Me complazco en creer que á su entendimiento *extraordinario* junta una modestia tambien *extraordinaria*. Bien la necesita para no caer en los desvanecimientos de amor-propio en que caen tantos sin gran motivo, y que son una de las enfermedades morales más incurables y más enfadosas de la generacion presente.

Con usted, amado compañero, no me disculpo por dirigirle esta que ya va siendo interminable carta, pues sé que profesa, como yo, admiracion y afecto al mozo privilegiado que nos permite ver, como una gloria futura de la patria, y como singular alianza de índole intelectual, al ferviente

pagano literario en el más austero ortodoxo cristiano, y al poeta, ya fogoso, ya idealista, en el bibliógrafo obstinado y *benedictino*.

Madrid 16 de Mayo de 1878.

De usted muy afecto compañero

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

MARQUÉS DE VALMAR.

# ERRATAS Y CORRECCIONES.

| PÁGINA. | LÍNEA. | DICE. | LÉASE. |
|---|---|---|---|
| 1 | 4 | Cipria. | augusta. |
| 8 | 8 | Alegran. | Deleitan. |
| 22 | 4 | hablar | hablar, |
| 71 | 4 | guarde | tenga |
| 194 | 24 | Recogí. | Reconocí. |

En la página 94 se olvidó la penúltima estrofa del *himno de Prudencio*. Dice así:

Dejad que bañe con piadoso llanto
Mármol que cubre la esperanza nuestra
Para romper las ligaduras fuertes
De mis pecados.

En la traduccion de las dos odas de Safo, que encabezan el tomo, se notarán cuatro ó cinco versos asonantados; defecto no leve para nuestros oidos. No busco disculpa: fácil me hubiera sido variarlos, pero siempre á costa de la concision y fidelidad que creo haber logrado.

## ODA PRIMERA DE SAFO.

Παϰιλόθρονον' αθανατ' Αφρόδιτα.

¡Oh tú en cien tronos Afrodíta reina,
Hija de Zeus, inmortal, dolosa:
No me acongojes con pesar y tedio
Ruégote, Cipria!
Ántes acude como en otros dias,
Mi voz oyendo y mi encendido ruego,
Por mí dejaste la del padre Jove
Alta morada.
El áureo carro que veloces llevan
Lindos gorriones, sacudiendo el ala,
Al negro suelo, desde el éter puro
Raudo bajaba.

Y tú, oh dichosa, en tu inmortal semblante
Te sonreías: «¿Para qué me llamas?
¿Cuál es tu anhelo? ¿qué padeces hora?»
Me preguntabas.
«¿Arde de nuevo el corazon inquieto?
¿Á quién pretendes enredar en suave
Lazo de amores? ¿Quién tu red evita,
Mísera Safo?
»Que si te huye, tornará á tus brazos,
Y más propicio ofreceráte dones,
Y cuando esquives el ardiente beso,
Querrá besarte.»
Ven, pues, oh Diosa, y mis anhelos cumple,
Liberta al alma de su dura pena;
Cual protectora, en la batalla lidia
Siempre á mi lado.

Santander, 5 de Enero de 1875.

## ODA SEGUNDA DE SAFO.

Φαίνεταί μοι κεινος ἴσος θέοισιν.

Igual parece á los eternos Dioses
Quien logra verse frente á tí sentado:
¡Feliz si goza tu palabra suave,
Suave tu risa!
Á mí en el pecho el corazon se oprime
Sólo en mirarte: ni la voz acierta
De mi garganta á prorumpir; y rota
Calla la lengua.
Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
Presto discurre: los inciertos ojos
Vagan sin rumbo: los oidos hacen
Ronco zumbido.

4

Cúbrome toda de sudor helado:
Pálida quedo cual marchita yerba;
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte
Muerta parezco.

## ODA DE ERINA DE LÉSBOS.

### Á LA DIOSA DE LA FUERZA.

Χαῖρε μοι Ρωμα θυγατερ Ἄρηος.

Hija de Áres, belicosa *Fuerza:*
Mitra de oro tus cabellos ciñe:
Diosa potente, en la estrellada cumbre
Moras de Olimpo.
Salud, oh reina: concedió á tí sola
Poder inmenso la vetusta Parca,
Para que el cetro universal temido
Rija tu mano.
Y tú encadenas con robustos lazos
Mares y tierras al imperio tuyo,
Y así dominas, de temor segura,
Pueblos y reyes.

El tiempo mismo, que ligero vuela
Y corta el hilo de la humana vida,
No te conmueve y, al tocarte, exhala
Plácido aliento.
Porque tú sola los varones crías
Armipotentes en la lid sañosa:
Como de espigas Démeter fecunda
Cubre los campos.

Santander, 20 de Marzo de 1875.

## Á ASÓPICO ORCOMÉNIO,

VENCEDOR EN EL ESTÁDIO.

---

OLIMPIACA XIV DE PÍNDARO.

Καφησίων υδατων λαχοῦσαι.. . . . . .

¡Oh reinas del Cefiso, guardadoras
Del Orcoménio suelo;
Que habitais las riberas productoras
De los corceles de fogoso vuelo!

Propicias escuchad, Gracias divinas,
Los ecos de mi canto,
Las que amparais á los antiguos Mynas,
Vírgenes puras de inmortal encanto.

De vosotras proceden soberanos
El bien y la belleza:
Por vosotras se engendra en los humanos
La gloria y el saber y la grandeza.

No sin las Gracias los festivos coros
Rigen los inmortales,
Ni alegre danza y cánticos sonoros
Alegran las mansiones celestiales.

Las mesas del Olimpo refulgente
Regís vosotras sólo,
Y honor prestais al Padre Omnipotente
Cabe el asiento del crinado Apolo.

¡Oh tú, Eufrosina, del cantar amante,
Y tú, Aglaya piadosa,
Hijas del Dios del trueno resonante,
Oh Talía, de voz armonïosa,

Mi canto oid desde el etéreo cielo!
Allá su curso acabe,
Que en pos del triunfador alza su vuelo,
En lídio tono y número süave.

De Asópico celebra la victoria
En Olímpia lograda:

9

Vosotras concedisteis tanta gloria
Al pueblo Mynio, á la ciudad sagrada.

Tú de Dite traspasa el negro muro,
Oh fama voladora,
Y esta nueva conduce al reino oscuro,
Á Cleodamo, que en sus antros mora;

Y le dirás: «Las ramas han ceñido
Del olivo, el dorado
Cabello de tu hijo esclarecido,
De Pisa en el estádio coronado.»

# ODAS ANACREÓNTICAS.

## I. LA CIGARRA.

Μακαριζομέν σε τέττιξ.

Dichosa te llamamos,
Cigarra, que en las ramas,
Bebiendo del rocío,
Como los reyes cantas.
Tuyo es el campo todo,
Cuanto la selva abraza;
Del labrador amiga,
Á los mortales cara,
Anuncias el estío,
Las Piérides te aman,
Te otorga el mismo Febo

La voz sonora y grata.
¡Oh hija de la tierra!
No la vejez te acaba,
Impasible, sin sangre,
Cantora dulce y sábia,
Semejante á los Dioses,
No del dolor esclava.

---

II. Á UN DISCO QUE REPRESENTABA Á AFRODITA, SALIENDO DE LA ESPUMA DEL MAR.

Αρα τις τόρευσε ποντον.

¿Quién ha grabado el ponto?
¿Quién las cerúleas ondas
En disco estrecho puso
Con arte vencedora?
¿Ó quién del alto cielo
Al mar trajo la Diosa,
Principio de natura,
Del orbe engendradora?
Desnudo el albo cuerpo,
Cubre una parte sola
Con velo cristalino
El agua pudorosa.
Ella, cual leve musgo,

Corta las blancas olas
Con su nevado cuello,
Con sus pechos de rosa,
Y brilla en la corriente
Cual lírio entre violas.
Tirados por delfines
En las plateadas conchas,
Amores y deseos
Cercan á su señora,
Y el coro de los peces
Sumérgese en las ondas
Jugando con el cuerpo
De la Ciprina Diosa.

---

### III. LA ROSA.

Στ εφανηφόρου μετ'ἤρος.

En florida primavera
Cantemos la tierna rosa:
Juntos, amada, cantemos:
Ella á las Gracias adorna,
Y con ella se engalana
De los Amores la Diosa:
Es de los Dioses delicia,
De los mortales aroma,

Materia de dulces cantos,
De las Musas flor graciosa.
Dulce es cogerla entre espinas,
Y tocarla quien la corta,
Y áun es más dulce aspirar
El perfume de sus hojas:
Deleite de los convites
Y las Dionisiacas copas,
Alegría de las mesas,
Como la luz es la rosa.
De rosa llaman los sabios
Á los dedos de la Aurora,
Á los brazos de las Ninfas
Y al cuerpo de la Cipriota.
La rosa ahuyenta los males
Y nuestras tumbas decora,
Detiene el curso del tiempo,
Y áun en su vejez hermosa
Guarda la pura fragancia
De juveniles aromas.
Si saber su orígen quieres,
Cuando de la espuma roja
Surgiera la alma Afrodita
Entre las cerúleas ondas,
Cuando la Afenéa Pálas,
La Diosa guerrera y docta,
Del cerebro de su Padre

Brotó, en armas poderosa,
Entónce el rosal primero
La tierra fecunda brota;
Sobre él los Dioses derraman
Néctar de celestes copas,
Y pronto se alzó entre espinas
La flor de Baco orgullosa.

---

## IV. LA YEGUA DE TRACIA.

(FRAGMENTO.)

Πῶλε θρηΐκίη, τί δη με.

¿Por qué de mí huyes,
Oh yegua de Trácia,
Y torva la vista
Me miras airada?
¿Que no sé, imaginas,
Oprimir tu espalda,
Ni el freno ponerte,
Guiarte en la marcha?
Verás, por mi mano
La rienda guiada,
Cuál saltas y corres
En torno á la valla:

Hoy libre en el prado
Retozas y vagas:
Jinete que oprima
Tu lomo, te falta.

---

## V. Á UNA DONCELLA.

Η Ταντάλου ποτ'ἔστη.

Cual trocóse del Frigio en la marina
La Tantálida antigua en piedra dura;
Cual de Tereo la consorte impura
Un tiempo convirtióse en golondrina,
Convirtiérame yo, vírgen divina,
En espejo do vieras tu hermosura;
Trocárame en la rica vestidura
Que ciñe tu alba forma peregrina.
Agua quisiera ser para lavarte,
Aroma para ungir tu blando lecho,
Collar que circundase tu garganta,
Ó cinta que ajustases á tu pecho:
Sandalia quiero ser para calzarte,
Porque me huelle así tu leve planta.

# LA HECHICERA.

## IDILIO DE TEÓCRITO.

Πᾷ μα ταί δάφναι; φερε, θεστυλι. Πᾷ δε τὰ φίλτρα.

¿Dónde el laurel está? ¿dónde el encanto?
Quiero hechizar á Délfis que se aleja:
Ciñe la copa con vellon de oveja,
Yo, Testílis, diré mágico canto.
Doce dias pasaron: no ha venido,
Ni á la puerta llamó de quien le ama:
Alejóse sin duda, que otra llama
Vénus y Amor en él han encendido.
De Timageto en la palestra espero
Mañana entre los púgiles hallarle

Y *por qué me atormenta* preguntarle:
Hora atraerle con encantos quiero.
¡Oh reina de la noche y las estrellas,
Hécate, que en los trívios escondidos
Do resuenan del perro los ladridos,
Negra sanguaza en los sepulcros huellas!
Da á mis hechizos fuerza poderosa,
Cual diste á los de Circe ó de Medea,
Como á los de la rubia Perimea:
¡Brille pura tu faz, nocturna Diosa!

(Á Testilis.)

Mira cómo esta harina el fuego abrasa:
Derrámala otra vez con golpe lento:
Testílis, ¿dó voló tu pensamiento?
Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.
Atorméntame Délfi en amor ciego,
Vierte la sal, y dí: «*Lanzo á la llama*
*Huesos de Délfi.*» ¡De laurel la rama
Cuán presto se consume en este fuego!
Como el laurel se abrasará mi amante,
Derretiráse cual la blanda cera;
Como rueda en mis manos esta esfera,
Vueltas dará á mi casa el inconstante.
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Ofrezco hora el salvado... Mas tú, Diana,
Tú que mover podrás á Radamanto,
Nuevo vigor infunde á nuestro encanto:

No fué, Testílis, la plegaria vana.
¿No escuchas de los canes los aullidos?
Ya en los trívios está la negra Diosa:
En la taza de bronce misteriosa
Resuenen secos golpes repetidos.
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Mira tranquilo el mar, el viento en calma,
Mas no el amor de aquél cesa en mi pecho
Que primero ocupó mi casto lecho,
Y con la doncellez llevóme el alma;
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Si se enciende en su amor muje alguna,
Sea por él, oh Diosa, abandonada,
Cual por Teseo Ariadna bien trenzada,
En la playa de Naxos, clara Luna.
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Con la planta de Arcádia, el Hippománes,
De amor arden las yeguas corredoras:
Ven, Délfi, del gimnasio donde moras,
Furioso cual los bravos alazanes.
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Una fimbria perdió de su vestido;
Lanzaréla á la llama misteriosa.
¡Ay amor! cual sanguja cenagosa
Toda mi negra sangre has consumido.
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Unge ahora, Testílis, los umbrales

Donde yace mi alma encadenada;
Sea por tí la ceniza derramada;
Mañana le daré zumos fatales.
*Conduce, oh Yingx, aquel varon á casa.*
Sola ya estoy; ¿por dónde la memoria
De mi perdido amor y eterno llanto
Comenzaré? ¿por dónde el triste canto?
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.
Anaxo, la de Eubólo, Canefóra,
Llevando vino la sagrada cesta
Al bosque umbrío, en la solemne fiesta
De la gallarda Diosa cazadora.
Sonaban de las fieras los aullidos:
Una leona, entre ellas, africana,
De la sacerdotisa de Diana
Tocaba con su lengua los vestidos.
No léjos de mis puertas habitaba
Entónces la Traciana Teucariza,
La de dulce memoria, mi nodriza,
Y á ver la sacra pompa me llamaba.
*Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.*
Tomé de Clearista el rico velo,
Vestí la blanca túnica de lino,
Seguí á mi ama: en medio del camino
Ví á Délfis y á Eudamipo por mi duelo.
Cubierto de sudor, de la importuna
Liza tornaba el fatigado mozo:

Más rojo que Eliocrisio era su bozo,
Más brillante su pecho que la Luna.
¡Mísera! ¡cuál quedé! Luego del pecho
El fiero amor apoderóse todo:
Ni ví la fiesta, ni encontraba modo
De tornar á mi casa y á mi lecho.
*Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.*
Doce dias en él yací doliente:
Ya mi color al *tapso* semejaba;
Huesos, tan sólo, el cútis encerraba:
Perdí el cabello, adorno de mi frente.
*Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.*
¿Qué Dioses no invoqué? ¿De qué hechicera
No recurrí á los pérfidos encantos?
Mas no encontré remedio á males tantos:
Pasó el tiempo fugaz, no mi quimera.
*Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.*
Al fin llamé á Testílis, y la dije:
«El Mindio Délfis en amor me abrasa;
Ve y observa no léjos de esta casa
Do Timageto la palestra rige:
»Allí suele venir: házle una cierta
Señal que él solo entienda, y dí: «*Te ama*
*Simeta: ven á casa de mi ama...*»
Y entró el hermoso Délfis por mi puerta.
*Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.*
Cuando pisó mi umbral, quedé turbada

Y muy más fria que la pura nieve:
Luégo bañó mi frente un sudor leve
Cual escarcha del Austro congelada.
Ni pude hablar cual niño ternezuelo
Que, en sueños, á su madre ver desea,
Y llamando á su madre balbucea:
Mi cuerpo endurecióse como un hielo.
*Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.*
Entónces me miró, bajó los ojos,
Sentóse sobre el lecho, y así dijo:
«Cual yo á Fileno en el correr prolijo
Me adelanté, ganando los despojos,
»Tal, oh Simeta, á mí te adelantaste
Llamándome á tu casa: yo viniera,
Lo juro por la diosa de Citéra,
Pero tú mi venida apresuraste.
»Viniera á tí, de amigos rodeado,
Trayéndote de Baco las manzanas,
Con el fresco rocío más lozanas:
Del álamo de Alcídes coronado.
»Gallardo soy y fuerte entre los mozos:
Si alcanzara de tí tan sólo un beso
Y en tu labio dejar mi labio impreso,
No anhelara, mi bien, mayores gozos.
»Pero si senda no encontrase abierta,
Con el hierro y el fuego la buscara,
Y teas y segúres aprestara

Para allanar la mal cerrada puerta.
»Gracias doy á Afrodita la Cipriada,
Y á tí tambien las doy, señora mia,
Pues del fuego voraz que me encendia
Me salvaste, Simeta, enamorada.
»Cuando oí de tu sierva el blando ruego,
Casi abrasado estaba por la llama,
Pues al ardor intenso de quien ama
De los Lipários hornos cede el fuego.
»Por el amor con paso vacilante
Se levanta la tímida doncella,
Y el tálamo abandona esposa bella
Con el beso nupcial aun palpitante.»
Esto me dijo, y yo lleguéme al lecho;
Que es fácil en creer doncella que ama.
. . . . . .
. . . . . (1)
¿Por qué cansarte más, amada Luna?
Al término llegamos del deseo:
Dia tras dia en mi mansion le veo,
Pero trocóse luego mi fortuna.
Hoy, cuando apénas la rosada Aurora,
Dejando del Océano la arena,
Del cielo azul por la extension serena

(1) Por la excesiva desnudez del original, omito aquí tres ó cuatro versos.

Guiaba su cuadriga voladora,
La madre de Filisto me decia,
La que tañe la flauta en mis jardines:
«Délfis tiene otra amada: en los festines
Brinda á su amor con báquica alegría.
»Tiene el estádio de coronas lleno:
No sé de quién, mas vive enamorado:
Tus caricias por siempre ha abandonado:
Orna de flores el umbral ajeno.»
Y la verdad me dijo, pues mi amante,
Que ántes mis puertas sin cesar pasaba,
Y, por volver de nuevo, me dejaba
Siempre la copa Dórica brillante,
No en doce dias á mi puerta llama:
Á otra ofrece tal vez flores y cantos:
Yo le atraeré con mágicos encantos,
Si le prendió de amores nueva llama.
Y al Orco lanzaré su alma mezquina,
Si afligiéndome sigue, emponzoñado
Con el jugo letal que me ha enseñado
La hechicera de Asíria peregrina.
Adios, oh reina de velada frente,
Dirige al Oceáno tu cuadríga,
Y al carro ebúrneo de la noche siga
El coro de los astros refulgente.

Santander, 30 de Agosto de 1875.

# IDILIO DE BION

## Á LA MUERTE DE ADÓNIS.

Αἰαζο τὸν Ἄδωνιν: ἀπώλετω καλὸς Ἄδωνις.

Á Adónis lloro: falleciera Adónis,
El bello Adónis: los Amores lloran.
No más, oh Cipria, en los purpúreos velos
Ya te reclines, mas de negro luto
Cubierta, desdichada, alzarte debes,
Golpear tu seno, y repetir á todos
En ronca voz: «Murió el hermoso Adónis.»
Lamento á Adónis: los Amores lloran.
Yace en los montes el hermoso Adónis,
Herido por el diente el blanco muslo,
Muslo más blanco que el ebúrneo diente.
Cipria recoge su postrer aliento;

De los nevados miembros se desliza
La negra sangre; ya sus ojos cubre
Sombra de muerte; sus mejillas deja
La blanca rosa, y el ardiente beso
Tambien muere con él, que no Ciprina
Olvidará; pues siempre el beso es grato,
Aun de los muertos labios recogido.
Mas no le goza Adónis: moribundo
No vió cómo Citéres le besaba.

*Lamento á Adónis: los Amores lloran.*

Atroz herida el muslo ha traspasado
Del bello Adónis: otra más profunda
Lleva en su corazon la alma Citéres.
En torno al cazador sus fieles perros
Lanzaron de dolor tristes aullidos,
Y las Ninfas Oréadas lloraban.
Afrodita, el cabello destrenzado,
El peplo roto, y sin sandalia, corre
Por las opacas selvas: las espinas
Hieren su pié, se tiñen en su sangre.
Gimiendo en altas voces, al mancebo
Asirio llama por los valles hondos,
De *esposo* repitiendo el dulce nombre.
Brota la sangre del herido muslo
De Adónis, y tiñendo los costados,
Trueca en purpúreo su color de nieve.
Lloran, ay Citeréa, los Amores;

Perdió el varon hermoso y la belleza;
Hermosa fué mientras viviera Adónis,
Mas perdió con Adónis la hermosura.
¡Ay! ¡ay! resuenan las montañas todas,
Adónis, ¡ay! repiten las encinas,
Y el dolor acompañan de Citéres
Los sacros rios, las montanas fuentes;
La flor se tiñe de color sanguíneo,
Y en tanto en las ciudades y en los campos
Alza Ciprina lúgubres cantares.
¡Ay, Citéres! murió el hermoso Adónis.
*Murió el hermoso Adónis*, dice el eco.
¿Quién, ¡ay! el triste amor no lloraría
De la Cipria infeliz? Cuando hubo visto
La cruda herida de su caro Adónis
Y la sangre del muslo destrozado,
Los brazos extendiendo, así decía:
«Detente un punto, desdichado Adónis;
Quiero abrazarte y por la vez postrera
Quiero enlazar tus labios con los mios.
Levanta la cabeza un punto solo,
Bésame en tanto que te dure el beso,
Corra desde tu pecho hasta mi boca
Y penetre tu aliento en mis entrañas,
Para embriagarme con tan dulce filtro;
Yo beberé tu amor, y el postrer beso
Conservaré, como guardar pudiera

Al mismo Adónis. Pero tú, cuitado,
Huyes de mí muy léjos ¡ay, Adónis!
Desciendes á Aqueronte, á la morada
Del negro rey, del implacable Dite,
Y yo, infeliz, soy Diosa; yo no puedo
Á la infernal mansion seguir tu paso.
Á mi esposo recibe, Persefóne,
Tú más feliz que yo: toda belleza
Á tu reino desciende: las desdichas
Todas vinieron sobre mí; lamento
Al muerto Adónis, y temor, oh Diosa,
Tambien me aqueja de que tú le ames.
Yaces, varon dulcísimo: cual sueño
Se deslizó mi amor; abandonada
Queda Citéres; despreciados quedan
En los altos palacios los Amores;
Pereció con Adóni el áureo cinto.
¿Por qué, hermoso, la caza perseguías
Y á las hambrientas fieras acosabas?»
Tal se lamenta Cipria: los Amores
Repiten: «Falleció el hermoso Adónis.»
Tanto de lloro Páfia derramaba
Cuanto de sangre Adónis: de la tierra
Flores brotaron; la encendida rosa
De la sangre, del llanto la anemóne.
*Lamento á Adónis: los Amores lloran.*
No más lamentes al perdido esposo

¡Oh Cipria! en las montañas, que ya Adónis
Yace en frondoso y regalado lecho;
Aún ocupa tu lecho el muerto Adónis.
Bello, aunque muerto, descansar parece
En apacible sueño: ponle ahora
En los ricos tapices, en las telas
De oro labradas, do contigo, Cipria,
De noche disfrutó dulce reposo.
Ámale aún, y con guirnaldas ciñe
Su sien, de flores mil entretejidas,
Todas marchitas desde que él muriera.
Cúbrele de arrayán, de mirra baña
Y arábigos ungüentos su cadáver.
Todo aroma perezca, que el perfume
De sus labios tambien se ha disipado.
Descansa Adónis en purpúrea alfombra;
Rodéanle llorando los Amores;
Por Adónis cortaron sus cabellos;
Uno el arco destroza, otro la aljaba,
Otro rompe las flechas voladoras,
Quién desata de Adónis el calzado,
Quién el agua conduce en vasos de oro,
Quién los muslos le lava ó con las alas
Infundirle pretende aliento nuevo.
Lloran, ay Citeréa, los Amores.
Su antorcha apaga en el umbral Himene,
Desteje y lanza la nupcial corona;

Ya no resonará su alegre canto;
*Ay*, *ay*, repetiráse solamente,
*Ay*, *Adónis* y aun más *ay*, *Himeneo*,
Lloran las Gracias de Cinira al hijo,
Y repiten: «*Murió el hermoso Adónis*»
Con lamento mayor que el de Ciprina.
Á Adónis llaman las sagradas Musas,
Y escucharlas quisiera, mas no puede,
Porque no se lo otorga Persefóna.
Termina el largo lloro, Citeréa;
Alégrate en convites, que otro año
Tornarás al dolor, bella Afrodita.

Santander, 28 de Octubre de 1875.

# IDILIO DE MOSCO

## Á LA MUERTE DE BION.

TRADUCIDO DEL GRIEGO.

Lamentad á Bion, valles sombríos;
Lloren las plantas, y la selva llore,
Y las Dóricas fuentes y los rios.
En su tallo la flor se descolore;
Á la amapola y encendida rosa
Más sombría la púrpura decore,
Y repita el jacinto la llorosa
Doble letra que siempre escrita lleva,
Murmurando el *ay*, *ay* en voz quejosa.
Murió Bion, el de divino canto;
Sículas Musas, comenzad el llanto.
Ruiseñores que en densas enramadas

Tambien os lamentais en voz confusa,
Anunciad á las aguas veneradas
De la Sícula fuente de Aretusa,
Que el boyero Bion ha fenecido
Y con él la dulzura y Dória Musa.
Cisnes del Estrimon, blando gemido
En vuestras ondas dad, triste armonía
Que semeje á su canto dolorido.
Decid á las doncellas de Eagría
Y á las Ninfas de Tracia: «El Dório Orfeo
Ya duerme el sueño de la muerte fría.»
*Sículas Musas, comenzad el llanto.*
Este pastor á los rebaños caro
No canta ya so la robusta encina,
Sino en el reino de Pluton avaro,
Ni el monte llena su cancion divina;
Angústiase la vaca mugidora,
Y se olvida del pasto la mezquina.
El Sátiro doliente, el Fauno llora
Tu arrebatada muerte; el mismo Febo
En negra veste envuelto, la deplora.
Las Ninfas de las fuentes al mancebo
Lloran tambien: en agua se convierte
Su triste lloro, y con quebranto nuevo
Lágrimas Eco en los peñascos vierte
Porque no más remedará tu canto
En las hondas cavernas. Con tu muerte

Perdió el verjel sus frutos y su encanto,
Marchitóse la flor, y en blandas quejas
Las aves expresaron su quebranto;
Faltó la dulce leche á las ovejas,
Y perdido el dulzor de tus cantares,
No ya la miel fabrican las abejas.
*El llanto comenzad, Sículas Musas.*
No gime así Delfin en la marina,
Ni ruiseñor en la enramada oscura,
Ni suspira en los montes golondrina,
Ni Ceix de Alcyon la desventura
Tal lamentó, ni en el extremo Oriente
El ave de Memnón, la sepultura
Del hijo de la Aurora refulgente
Guardando, así le llora, como al triste
Bion lloró la campesina gente.
*Sículas Musas, etc.*
Lloróle el ruiseñor; la golondrina,
Cuyo canto armonioso él acordaba,
En las ramas posada de la encina
Junto con sus hermanas le lloraba,
Y con tiernos gemidos la paloma
A sus dolientes ayes replicaba.
*El llanto comenzad, etc.*
¿Y qué varon en los cantares sabio
Podrá tañer tu flauta resonante
Ni á sus reclamos aplicar el labio?

Eco busca en sus cañas anhelante
El último sonido: impreso queda
Tu aliento allí, tu labio palpitante.
A Pan la ofreceré; quizá no pueda
Tañerla en pos de tí, pues temeria
Que tu canto mortal al suyo exceda.
*El llanto comenzad, etc.*
No á la hermosa Nereida Galatea,
En la marina playa recostada,
Tu melodiosa voz ora recrea.
No cual la del Ciclópe desamada
Fué por ella tu voz: blanda te oia,
Del piélago la frente levantada.
A tí buscaba, del Ciclópe huia,
Hoy triste vaga en la desierta arena
Y su vacada en las riberas guía.
*El llanto comenzad, etc.*
Contigo de las Piérides doncellas
Los dones perecieron, los ardientes
Labios, el dulce beso de las bellas.
En torno de tu túmulo dolientes
Van los Amores: te ama Citeréa
Más que al beso en los labios fallecientes
Del moribundo Adónis. Este sea
Nuevo dolor á tí, nuevo quebranto,
Oh Meles, cuya onda se recrea
Con el concierto de armonioso canto;

Perdiste á tu inmortal hijo primero,
Aquel de Calïope dulce encanto;
Y es fama que lloraste por Homero
Más copiosas haciendo tus corrientes,
Llenando el mar tu acento lastimero.
Hoy tornas á gemir: de nuevo sientes
La pérdida de un hijo dolorosa,
Ambos amados de las sacras fuentes.
Uno bebió en la onda armonïosa
De la Pegasia cumbre, otro en la pura
Corriente de Aretusa sonorosa.
Uno cantó de Helena la hermosura
Y al fiero Menelao, hijo de Atreo,
Y del doncel de Tétis la bravura.
No celebró Bion al de Peleo,
Sino los besos de la edad florida,
El suave amor, el juvenil deseo:
Por él la leve flauta fué tañida;
Cantaba á Pan, miéntras al prado ameno
Era por él la vaca conducida.
Nunca de amores encontróse ajeno,
Y amado fué de la Ciprina Diosa
Porque el placer alimentó en su seno.
*El llanto comenzad, etc.*
Toda ciudad, Bion, tu muerte llora,
Más que á Hesïodo te recuerda Ascrea,
Más que á Píndaro Tébas te deplora.

No á Simónides tanto lloró Cea,
De Safo el himno Mitilene olvida,
Más que á Archíloco Páros te desea.
En cancion los pastores dolorida
Tambien repiten tu funesta suerte,
Tú, claro honor de Sámos, Sicelida,
Tú, Lícidas, tambien: un tiempo el verte
Contento á los Cidonios infundía;
Hoy triste lloras de Bion la muerte.
Fileta en las ciudades de Triopía
Gime tambien cabe el undoso Alento,
Y en Sicilia la lúgubre armonía
Resuena de Teócrito. En acento
De pastoril dolor, de Ausónio llanto,
Yo discípulo tuyo te lamento.
Cual don postrero con el dulce encanto
De las Dóricas Musas nos ornaste;
Otro heredó tu hacienda, yo tu canto.
*El lloro comenzad, etc.*
¡Ah! si en el huerto planta florecida
Del ápio, verde eneldo ó malva mueren,
Otro año tornarán á nueva vida;
Pero los hombres, aunque sabios fueren,
Grandes y fuertes, cuando ya finaron,
No de aquel sueño despertar esperen,
Si en la cóncava tierra descansaron.
Tú dormirás tambien, sombra sagrada,

Con los altos varones que pasaron;
Y si á las Ninfas el cantar agrada
De la estridente rana, no le envidio,
Que no es dulce su voz ni es acordada.
*El llanto comenzad, etc.*
¿Qué hombre cruel, de compasion ajeno,
Vertió en tu dulce boca la amargura?
¿No endulzaron tus labios el veneno?
¿Quién acercar osó la copa impura?
¿Quién la ponzoña derramó en el vaso?
¿No oyó de tus cantares la dulzura?
*El llanto comenzad, etc.*
Mas á todos llegó justo castigo;
Yo en medio de este duelo lamentable,
En canto funeral, tu muerte digo.
Si luchando con fuerza incontrastable,
Penetrar, cual Alcides, consiguiera
Al reino de Pluton inexorable,
Como Ulises y Orfeo descendiera
Á la infernal mansion del negro Dite,
Y entre las sombras tu cantar oyera.
Á la reina Perséfona repite
Un tono pastoril, Si acusano,
Que al de la playa de Sicilia imite.
Que ella tambien del Etna siciliano
Los Dórios tonos escuchar solía:
Premio tendrá tu canto soberano.

Quizá tornar á la montaña umbría
La Diosa, al escuchar, te concediera,
Y si mi canto algun poder tuviera,
Yo en los infiernos mismos cantaría.

Santander, 5 de Noviembre de 1876.

PARÁFRASIS DE UNA ODA TEOLÓGICA

# DE SINESIO DE CIRENE,

OBISPO DE TOLEMAIDA.

---

Αγε μοι, λιγεια φορμιγξ.

Ven, septicorde lira,
Que un tiempo resonabas
Cual la Lesbiana que de amor suspira,
Y leve acompañabas
Himnos de Téos que el placer inspira.
En dório canto ahora
Ensalce tu voz grave
No á bellas de sonrisa halagadora
Ni la lazada suave
Que une al mancebo y la mujer que adora,
Sino aquella luz pura,

Aquella eterna fuente
De do mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.
  Huyo de la falacia
De profanos amores,
Por el eterno amor que nunca sacia,
De mundanos loores,
Por el divino aliento de la gracia.
  ¿Es comparable el oro,
Ó la beldad terrena,
Ó de los altos Reyes el tesoro,
Ó la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?
  La cuadriga ligera,
Cual flecha voladora,
Dirija el uno en rápida carrera;
Otro su cabellera
Sobre los hombros muestre brilladora;
  Celebren su belleza
Las jóvenes, los mozos;
Otro, avaro, persiga la riqueza;
Que yo tengo mis gozos
En penetrar la soberana alteza.
  En vida silenciosa
Quiero vivir y oscura,
Sin el eco de fama vagarosa,

Y ver con mente pura
Las obras de la mano poderosa.
  Ven, oh sabiduría,
Más que el oro preciada,
Que la luz brotas que al mancebo guía,
Y en la áspera jornada
Vigor das al anciano y energía.
  Ya la cigarra bebe
El matinal rocío,
Y alegre canta sobre rama leve;
Sonar la lira debe,
¿Quién ha de producir el canto mio?
  Las cuerdas se estremecen
Y dulce voz resuena...
Los sacros himnos á mi Dios empiecen...
Él los espacios llena,
En él comienzan y por él fenecen.
  Y toda criatura
Que habita el ancho suelo
Salió por él de la tiniebla oscura:
Velado en lumbre pura,
Mora el Señor en la amplitud del cielo.
  La Unidad increada,
La simbólica esfera,
La causa de las causas no engendrada,
La Mónada primera
Se halla en triple poder multiplicada.

En haces dividida
La luz, ya se condensa,
Ya en triple rayo tiéndese esparcida,
Y sin cesar, inmensa,
Brota del puro centro de la vida.
Alma mia, detente;
Los celestes arcanos
No es justo revelar á la ímpia gente;
Deja el cielo eminente,
Oculta sus misterios soberanos.
Mas sólo en ideales
Mundos reposa el alma,
Sin vagos pensamientos terrenales,
Y su anhelar se calma
Tan sólo en las esferas celestiales.
Allí brotó la llama
Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.
El alma decaida
Divina semejanza
Conserva siempre á la materia unida,
Y guarda la esperanza
De tornar á la fuente de su vida.
De la divina esencia
Partícula es la mente,

Reflejo de la pura inteligencia
Que do quiera presente
Reanima y vivifica la existencia.
  Emanacion del cielo,
Cuando el mundo dirige,
Del ángel toma el trasparente velo,
Y fecundiza el suelo
Ó el curso errante de los astros rige.
  Pero la pura *idea*
A veces encarnada
En la materia yace que la afea,
Y vive encadenada
En la triste mansion y onda Letea.
  Mas siempre á nuestros ojos
Remota luz fulgura:
El alma siente aquí vagos enojos;
Sedienta de ventura,
Quiere dejar los míseros despojos.
  Á lo infinito tiende
Por una oculta fuerza,
Cuando la nada de la tierra entiende,
Y sin que el rumbo tuerza,
Místico vuelo los espacios hiende.
  ¡Feliz, rayo divino,
Si rota la atadura
Que al bajo mundo te enlazó mezquino,
Cumplido tu destino,

Puedes volver á la celeste altura!
  ¡Dichoso si, áun viviendo
Del cielo desterrado,
Vas los terrestres lazos sacudiendo,
Y en amor inflamado
De Dios las maravillas conociendo!
  El ánsia vehemente
De verdad escondida
Dé alas al espíritu potente,
Y radiará fulgente
Lumbre del trono de Jehováh vertida.
  Tu curso peregrino
Dirigirá su mano
Con rayo precursor en tu camino,
Y mostrará divino
El foco de belleza soberano.
  Valor, pues, alma mia:
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia saciarás un dia;
Por alcanzar porfía
Del cielo las moradas esplendentes.
  De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver, humana inteligencia,
Con místicos abrazos
Á confundirte en la divina esencia.

Santander, 8 de Setiembre de 1875.

# INVOCACION DEL POEMA DE LUCRECIO.

## DE RERUM NATURA.

*Æneadum genitrix, Divûm, hominûmque voluptas.*

Alma Afrodita, del Romano madre,
Deleite de los hombres y los Dioses,
Que haces fecundo el mar de naves lleno,
Y el suelo colmas de preciados frutos :
Por tí todo animal es concebido
Y á la lumbre solar abre sus ojos;
Vientos y nubes tu presencia esquivan;
Flores te rinde la dedálea tierra;
Á tí las olas de la mar sonríen,
Y en más puro esplendor bañas el cielo.
Pues apénas la alegre primavera
De nuevo trae sus halagüeños dias,
Y recobra su anhélito fecundo
El aura de Favonio engendradora,

De amor heridas las volantes aves
Te anuncian, Diosa, en armoniosos cantos,
Salta en los pastos mugidor el toro
Y en pos de la novilla enardecido
Se lanza á rapidísima corriente.
Toda especie animal presa en tus lazos
Sigue veloz el curso que la traces,
Y en montes, mares, desbordados rios,
En verdes campos, en frondosos bosques,
Haces, de amor hiriendo todo pecho,
Que las generaciones se propaguen.
Sola el imperio de natura riges,
Sola los séres sin cesar produces;
Nada nace sin tí, nada se engendra,
Ni es nada alegre ni gracioso nada.
Tú, pues, benigna, mi cantar inspira;
Tú me revela el natural arcano.
¡Logre la ciencia iluminar á Memmio,
Á quien tú, Diosa, con celestes dones
Ornaste siempre. Eterna gracia dáme
Y nueva vida infunde á mis acentos.
Descansen en la tierra, miéntras canto,
Descansen en el mar las roncas armas.
Tú sola conceder á los mortales
Puedes la dulce paz; rige la liza
El sanguinario Marte armipotente,
Que tal vez al Amor rinde su cuello,

Y busca y ciñe tus hermosos brazos,
Dobla en tu seno la cerviz enhiesta
Y en tí fija insaciable la mirada,
Sin respirar, pendiente de tus labios.
Mientras tus sacros miembros le sostienen,
Inclínate hácia él, y en voz melosa
La dulce persuasion vierte en su alma;
Pídele paz para el romano pueblo,
Pues ni puedo cantar en la tormenta
Que á mi patria infeliz aflige tanto,
Ni abandonarla en tal peligro debe
De Memmio la preclara descendencia.
  Libre un momento, Memmio, de cuidados,
Con atencion escucha mis razones;
Entiéndelas primero que desprecies
Mi ofrenda largamente elaborada.
Yo cantaré el sistema de los cielos,
La razon de los Dioses, el principio
De todo sér, de dó Natura crea
Y acrece y alimenta toda cosa,
Cómo sus formas sin cesar destruye,
Qué es *cuerpo engendrador*, qué es la *materia*,
Qué son *principios* ó *átomos primeros*
De donde todo sér ha procedido.
  Porque en perpétua paz inalterable
De su inmortalidad gozan los Dioses
Léjos del mundo nuestro y sus dolores,

Exentos de temor y de peligro,
Y por su propia esencia poderosos,
Sin que les rinda la virtud humana,
Ni el crímen llegue á provocar su ira.
Cuando oprimió la tierra el fanatismo,
Que alzando su cabeza entre las nubes
Al tímido mortal amenazaba
Con aspecto feroz, un varon griego
En él osó clavar mortales ojos.
No le aterró la fama de los Dioses,
Ni el rayo de las nubes descendido,
Ni la mugiente voz del ronco trueno;
Antes ardiendo su ánimo invencible
En vivo anhelo de romper las puertas
Del alcázar cerrado de Natura,
Con gigantesco paso veloz corre
Más allá de los muros inflamados
Del mundo: con su mente soberana
Cruzó la inmensidad, y victorioso
Supo el misterio al fin de la existencia,
Cómo pueden nacer todos los séres,
Cómo su esencia á su poder limita.
Él vió á sus plantas el error hollado,
¡Nos iguala á los Dioses la victoria!
Mas temo, caro Memmio, que me acuses
Porque de la impiedad trazo el camino;
Tal vez recelarás que al crímen lleve

La afirmacion valiente de Epicuro.
Por el contrario, religion mentida
Á cuánto de maldad abrió la puerta!
Recuerda cuándo en Áulide tiñeron
De Diana el ara en sangre de Ifigenia
Los reyes de los griegos conjurados,
La flor de los guerreros de la Acaya.
Cuando ceñidos con nupciales vendas,
Que por ambas mejillas descendian,
De la vírgen hermosa los cabellos,
Triste á su padre vió junto á las aras,
Vió al sacrificador que el hierro esconde
Y al pueblo en torno, en lágrimas bañado.
De espanto muda, la rodilla en tierra
Cual suplicante, ¿para qué sirvióla
Al rey de reyes dar nombre de padre?
Por varoniles manos arrastrada
Trémula al ara fué, no cual debiera
En la sagrada pompa de Himeneo,
Sino doncella, en el feliz instante
En que iba Amor á desatar su zona,
Fué por su padre víctima inmolada
Para á las naves dar viento propicio.
¡Tanta maldad la religion (1) persuade!

Santander, 11 de Enero de 1876.

(1) El Politeismo, al cual alude siempre Lucrecio en sus briosas invectivas.

## EPITALAMIO DE JULIA Y MANLIO.

### DE CATULO.

*Collis, oh Heliconei*
*Cultor, Uraniæ genus...*

Hijo sublime de la diva Urania,
Habitador de la Heliconia cumbre,
Tú que al esposo con eterno lazo
Unes la vírgen,
Ciñe tus sienes con hermosas flores
Del amaranto y oloroso mirto;
Cálzate el zueco, y tu semblante cubra
Flámeo sagrado.
Mira propicio nuestra alegre fiesta,
Suene tu lira los nupciales himnos,

Pulsa la tierra, y con la mano agita
Fúlgida tea.
Une en buen hora al venturoso Manlio
Con Julia, igual á la Ciprina Diosa,
Cuando sin velo en los Idálios bosques
Viérala el Frigio,
Igual al mirto de floridas ramas
Que en Asia nutren las agrestes ninfas,
En él vertiendo sus undosas trenzas
Tibio rocío.
Deja, Himeneo, las Aónias grutas,
Deja de Téspia las alzadas rocas,
Que baña en fresca y vagarosa linfa
Sacra Aganipe.
Y fausto guia á la nupcial morada
Vírgen que anhela el prometido esposo,
Únase al jóven, como á roble erguido
Hiedra lozana.
Las dulces ánsias del amor primero,
Castas doncellas, sentireis un dia;
Decid ahora en jubiloso canto:
«*Io, Himeneo.*»
Para que oyendo repetir su nombre,
Venga á la fiesta el sacrosanto númen
Enlazador de conyugal ventura,
Padre de amores.
¿Qué otra Deidad en su ferviente ruego

Puede invocar el más rendido amante?
¿Quién como tú de los celestes Dioses,
*Io, Himeneo?*
Á tí te invoca por sus hijos caros
Padre que siente su cercana muerte;
Por tí desata la vedada zona
Tímida vírgen.
Tú la doncella en tierna edad florida
Del gremio arrancas de su madre triste;
La das al jóven que su amor desea,
«*Io, Himeneo.*»
Nunca sin tí la poderosa Vénus
Placer honesto á conceder alcanza:
¿Quién á tí sólo entre los Dioses todos
Puede igualarse?
Tierra que no alce á tu Deidad altares
No dará jueces ni temidos reyes:
¿Quién á tí sólo entre los Dioses todos
Puede igualarse?
Nunca sin tí la soberana estirpe
Crece y se extiende hasta la edad remota:
¿Quién á tí sólo entre los Dioses todos
Puede igualarse?
Abran las puertas sus pesadas hojas...
Llega la vírgen... Las antorchas sacras
Llama despiden rutilante y pura...
Reina la noche.

Guíe el pudor tu vacilante paso;
Tímida llora, al traspasar la puerta;
Ven, nueva esposa, que su velo tiende
Noche sagrada.
No empañe el llanto tus hermosos ojos;
¡Que nunca vea de Hiperión el hijo
Mujer más bella en su triunfal carrera
Hácia el Ocaso!
Tal el jacinto entre las flores brilla
De rico dueño en el jardin ameno:
Ven, desposada, que la sacra noche
Tiende su manto.
Ven, desposada; nuestras voces oye,
Mira agitarse las nupciales teas;
Ven, desposada, que la sacra noche
Tiende su manto.
Nunca al esposo de tu dulce gremio
Amor separe de mujer extraña,
Ántes cual tronco que la vid estrecha,
Busque tus brazos.
Alzad, mancebos, fúlgidas antorchas;
Ved cuál conducen los nupciales flámeos
Y de Himeneo en acordadas voces
Resuena el canto.
Y de Fescennia los alegres versos
La fiesta animan con punzante risa;
Corren veloces á coger las nueces

Tiernos muchachos.

. . . . . .

Mira, doncella, la marmórea casa,
Feliz morada de tu esposo augusto;
Tuya ha de ser hasta la edad postrera:
«*Io, Himeneo.*»
Hasta que traiga el vagaroso tiempo
Cana vejez que lo consume todo,
Gloria destruye y hermosura borra,
«*Io, Himeneo.*»
Con buen agüero los umbrales pasa,
Tierna doncella de los piés ligeros,
Y, al acercarte, sus pesadas hojas
Abran las puertas.
¡Cuál te contempla con mirada amante
Tu noble esposo desde el tirio lecho!
«*Io, Himeneo,*» pronunciamos todos,
«*Io, Himeneo.*»
Él se consume con la misma llama
Que á tí te abrasa; pretextado jóven,
Toma del brazo á ruborosa vírgen,
«*Io, Himeneo.*»
Y las matronas por la edad augustas,
Las *univiras*, del pudor dechado,
Coloquen luego en el preciado tálamo
Tímida esposa.
Ven, oh mancebo; ya en tu lecho yace

Tierna consorte cual las flores bella;
No se le igualan azucena blanca,
Roja amapola.
Mas no le cede en varonil belleza
Manlio, tan grato á la Ciprina Vénus;
Ella le ayude, pues su llama honesta
Nunca ocultara.
¿Quién contar puede los amantes besos?
Más bien del circo las arenas cuente,
Cuente los astros que el nocturno manto
Bordan errantes.
No se interrumpan vuestros dulces juegos;
Nunca tan alta y generosa estirpe
Quede sin hijos: vuestro nombre ensalce
Clara progenie.
Y algun Torcuato pequeñuelo tienda
Los tiernos brazos á su padre amado;
Con dulce risa y entreabierta boca
Bese á su madre.
Al ver su rostro majestuoso, altivo,
*Hijo es de Manlio*, clamarán cien voces,
*Hijo es de Julia, que el pudor materno*
*Brilla en sus ojos.*
Y por la fama de su madre casta
Será ensalzado su glorioso nombre,
Cual por la suya el Ithacense claro,
Hijo de Ulises.

Vírgenes cierren las bronceadas puertas,
Harto jugamos: jóvenes esposos,
Felices sed, de vuestro amor gozando
Mútuas caricias.

Santander, 2 de Julio de 1875.

## DE CATULO.

### AL SEPULCRO DE SU HERMANO.

*Multas per gentes et multa per æquora vectus.*

Por muchas tierras y diversos mares
Á merced de los vientos conducido,
Vengo, oh hermano, á tu sepulcro triste
Á darte de la muerte el don postrero
Y hablar en vano á tu ceniza fria.
Cruda la suerte te arrancó á mi lado,
Míseramente arrebatado fuiste
Hora recibe por antiguo rito,
Que los amados padres nos legaron,
Dolorosas ofrendas funerales
Bañadas con el llanto de mis ojos,
Y adios por siempre, dulce hermano, queda.

Santander, 3 de Julio de 1875.

## CANTO SECULAR DE HORACIO.

*Phebe, sylvarumque potens Diana...*

¡Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros dias
Gratos oidnos!
Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan
Vírgenes castas y selectos niños
Á las Deidades que los siete montes
Miran propicias.
¡Sol que conduces en fulgente carro,
Vário y el mismo, sin cesar, el dia,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡Á las matronas en el parto agudo,
Ilítia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefieras,
Ya el de Lucina!
Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que á la doncella y al varon enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie.
Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el dia.
Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciais al mundo los estables hados,
Juntad propicias á los ya adquiridos
Bienes mayores.
Rica la Tierra de ganado y frutos
Á Céres orne de preñada espiga:
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras süaves.
Piadoso atiende á los orantes niños;
Oculta, Apolo, en el carcaj la flecha:
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne,
Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano,
Para fundar en la ribera Etrusca

Nuevas ciudades:
Si entre las ruinas del Ilión ardido,
Sobreviviendo á la asolada patria,
De nueva gloria señalara Enéas
Libre camino:
Al dócil jóven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor á la Romúlea gente,
Prole y riquezas.
Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquíses y de Vénus nieto,
Clemente rija y poderoso el mundo
Ántes domado.
En mar y tierras su poder extiende;
El Medo tiembla á la segúr Albana,
Y paz el Indio domeñado pide,
Paz el Scita.
Que fe y honor y castidad retornan,
Y la virtud que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.
Si Febo augúr, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Caménas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,
Mira propicio el Palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,

Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.
Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diosa que en Algido mora,
Y de los niños á los cantos preste
Fácil oido.
Esto esperamos que el Saturnio otorgue
Y que confirmen los celestes Dioses:
Tornad á casa los que ya entonasteis
Himno sagrado.

Santander, Mayo de 1876.

## ODA XII DEL LIBRO I DE HORACIO.

*Quem virum aut heroa.*

¿Á qué varon ensalzará tu lira?
¿Á qué deidad tu cítara dorada,
Para que el eco de su nombre suene,
Musa divina,
Ó de Helicon en los umbrosos bosques,
Ó sobre el Pindo y en el Hemo frio,
Donde las selvas á la voz de Orfeo
Ráudas giraron?
Él con el arte de su madre pára
Rápidos rios, voladores vientos,
Y enajenadas tras sus dulces sones
Van las encinas.

¿Á quién primero celebrar que al Padre,
De hombres y dioses al monarca augusto,
Que cielo y tierra y las fugaces horas
Próvido rige?
Nada al Tonante en dignidad excede,
Nada se iguala á su divina alteza,
Tras él obtiene la guerrera Pálas
Nuevos honores.
Ni á Baco olvido en las batallas fuerte,
Ni á tí, doncella pavorosa á fieras,
Ni á tí temible por certero dardo,
Claro Timbreo.
Diré de Alcides y los dos insignes,
Uno en la lid, en la carrera el otro,
Que, blanca estrella, al navegante guian,
Hijos de Leda.
Así que brilla su divina lumbre,
Fluyen la rocas agitada espuma,
Huyen las nubes, y los vientos callan,
Callan las ondas.
¿Diré tras esto al fundador Quirino,
La paz de Numa, las Tarquinias fásces
Ó de Caton el de Útica la noble
Muerte gloriosa?
Nombre en su canto la guerrera musa
Á Scauro fiero, á Régulo constante,
Pródigo á Paulo de su heróica vida,

Fuerte á Fabricio.
Nombre á Camilo y al intonso Cúrio,
Rayo en la lid, que en áspera pobreza,
Campos humildes y paternos lares
Solo habitaron.
Como árbol sube que callado crece
Marcelo en fama, y el planeta Julio
Brilla, cual suele entre menores lumbres
Cándida luna.
Padre y custodio de la humana gente,
Jove Saturnio, á quien velar por César
Dieron los hados: las alturas rige,
Rija él la tierra.
Ó ya conduzca domeñado en triunfo
Al Párto siempre amenazante al Lácio,
Ó ya subyugue en el extremo Oriente
Indios y Séras,
Á tí inferior dominará la tierra;
Tú en grave carro estremeciendo á Olimpo,
Abrasarás con enemigos rayos
Bosques impuros.

Santander, 25 de Julio de 1875.

## ODA V DEL LIBRO I DE HORACIO,

QUIS MULTA GRACILIS.....

Traducida en versos sáfico-*laverdaico* (1)-adónicos.

---

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso ungüento,
Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,
Cabe su seno?
¿Por quién sencilla y á la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!
Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante

(1) Llamo así á los de nueve sílabas, tales como los ha modificado mi amigo Laverde.

Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensa encontrarte.
¡Mísero aquel á quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
Veste mojada.

Santander, 9 de Julio de 1875.

## ELEGÍA I DEL LIBRO I DE TIBULO.

*Divitias alius fulvo sibi congerat auro*
*Et teneat culti jugera multa soli.*

Otro guarde opulento plata y oro,
Yugadas mil de cultivado suelo,
Y sin cesar aquéjele el recelo
De enemigo que anhela su tesoro;
Su sueño ahuyente la guerrera trompa,
Pase mi vida sin laurel ni fama,
Arda siempre en mi hogar tranquila llama,
Léjos de mí la lid, léjos la pompa.
No deje la esperanza mis umbrales,
Mas compense del año la fatiga
En vino ardiente y en preñada espiga,

Y proteja mis tiernos recentales.
A las plantas daré sabroso riego,
Frutales plantará mi diestra mano,
De alegres vides ornaráse el llano,
Fértil la tierra escuchará mi ruego.
Veloz aguijaré los tardos bueyes,
Y si el balido de la oveja suena,
Ó el cabritillo por su madre pena,
Los llevaré en mis hombros á sus greyes.
En la estacion de frutos precursora
Lustro aquí religioso mis pastores,
Y baño en leche y entretejo en flores
El ara de la Diosa labradora.
Pues en el rudo tronco la venero,
Y humilde imploro su favor divino
En la vetusta piedra del camino
Que marca de dos tierras el lindero.
De espigas, Céres, tejeré corona
Que de tu templo ante los postes penda,
Y al Dios agricultor haré la ofrenda
De cuanto fruto el año nos endona.
Y en los huertos pomíferos, inmundo,
La diestra armada de segúr tajante,
Príapo ahuyentará la grey volante,
Con forma obscena y rostro rubicundo.
Y á vosotros, oh Dioses familiares
Que protegeis mi hacienda todavía,

Hoy tan menguada si opulenta un dia,
Dones ofreceré, rústicos Láres.
Propicios aceptad, númenes, todo,
Aunque de pobre mesa en frágil vaso
Que labrador antiguo, de arte escaso,
Fabricó para sí de ténue lodo.
¡Oh ladrones, oh lobos carniceros,
Os ruego perdoneis á mi ganado;
Otro redil os dé botin colmado,
Buscad para la presa otros senderos!
No ansío de mis padres la riqueza,
Ni la opulenta troj de mis abuelos;
Pobre miés satisface mis anhelos:
Descanse en pobre lecho mi cabeza.
Me es dulce oir el Aquilon sonante
Y á mi amada estrechar, miéntras él ruge,
Cuando á su embate poderoso cruje
Mi combatido techo vacilante...
Y cuando lance el Austro sus corrientes
Y desborde los cauces espumosos,
Arrullarán mi sueño cadenciosos
De la perenne lluvia los torrentes.
Si reina acaso la inclemencia estiva,
Del fiero Can el hálito abrasado
Esquivaré, á la sombra recostado,
Por do murmura el agua fugitiva.
¡Antes perezcan esmeraldas y oro,

Que suspire por mí mi triste amante,
Cuando me entregue al piélago inconstante,
Ni sus mejillas humedezca el lloro!
A tí, oh Mesala, bélica prudencia
Pertenece mostrar por tierra y mares,
En despojo trayendo á tus hogares
De cien vencidos pueblos la opulencia.
Mas yo cautivo en tus hermosos ojos,
Oh Delia, estoy, y ante tu puerta dura,
Alegre me consumo en vida oscura
Por solo un beso de tus labios rojos.
Y cuando llegue á mí la hora postrera
Véate yo postrada ante mi lecho,
Con lamento que hiera el alto techo,
Derramar una lágrima sincera.
Y llamando á los Dioses, aunque en vano,
Cuando se extinga mi postrer aliento,
¡Que pueda yo en el último momento
Asirme á tí con moribunda mano!
Tú llorarás sobre la alzada pira,
Triste beso á las lágrimas mezclando;
Que no es de pedernal tu pecho blando,
Ni tus entrañas como férrea vira.
No importunes mi sombra: el dolor pasa;
No maltrates, oh Delia, el rostro bello;
No te meses el nítido cabello,
No oscurezcas la lumbre que me abrasa.

Hoy puedo suspirar por tu belleza;
Hoy te amaré, pues lo consiente el hado:
Ya vendrá la vejez con pié callado,
Cubierta de tinieblas la cabeza.
Aun brilla la estacion de los amores,
De alegres risas y lascivo fuego;
Aun las puertas quebranto en blando juego;
Estas mis guerras son y mis dolores.
Léjos de mí clarines y banderas,
Gloria buscad, grandezas y tesoro;
Despreciador de la pobreza y oro,
Yo viviré contento con mis eras.

Santander, 9 de Enero de 1874.

## ELEGÍA DE OVIDIO

### Á LA MUERTE DE TIBULO.

(AMORUM, LIB. III, ELEG. 9.ª)

*Memnona si mater, mater ploravit Achillem.*

Si á su hijo Memnón lloró la Aurora,
Si Tétis lloró á Aquíles esforzado,
Si llega el crudo revolver del hado
Á la Deidad que en el Olimpo mora:
¡Oh Musa de la flébil Elegía,
Laméntate en endecha lastimera,
Destrenza sin primor tu cabellera;
¡Bien mereces tu nombre en este dia!
Arde cadáver en alzada pira
Aquel de tu Deidad honor y gloria,

Y la hija inmortal de la Memoria
Tierna como él y lánguida suspira.
El rapaz de la madre Citeréa
Rompe triste la aljaba y pasadores,
Y, extinguida la luz de los amores,
Lleva en la diestra la apagada tea.
Con las manos lastima el rostro bello,
Hiere su pecho en desconsuelo tanto;
Recoge los raudales de su llanto
Suelto sobre los hombros su cabello.
Tal dicen que salió de tus umbrales,
Oh Julo Ascanio, en el solemne dia
En que el cadáver de tu padre ardia
Con sacra pompa y régios funerales.
Y no ménos sintió bella Afrodita
De su cantor la miseranda suerte,
Que cuando vió que daba cruda muerte
Á su Adónis gentil fiera maldita.
Al gran poeta la Deidad le llora,
Él es sagrado entre la humana gente,
Arde fuego del cielo en nuestra mente,
Dicen que un Dios en nuestro pecho mora.
¿Y no respeta ese divino aliento
Tu profana segúr, muerte importuna?
Vida feliz y mísera fortuna
Pasan cual sombras que arrebata el viento.
Del Ísmaro el cantor, el que las fieras

Con su voz amansaba peregrina,
Aunque de estirpe descendió divina,
No detuvo las horas pasajeras.
El Dios autor de la celeste lumbre
Su muerte lamentó con triste canto,
Y por él derramó copioso llanto
Diva Caliope en la Parnásia cumbre.
Aquel hijo de Esmirna, cuya boca
Fué manantial de versos inmortales
Que en cristalinos, plácidos raudales
Bañan el Pindo y la Pieria roca,
Tambien al cabo descendió al Averno
Y vió los antros de la noche oscura;
Pero su gloria para siempre dura,
Y vive Homero en su cantar eterno.
Por él Aquíles en su carro vuela,
Fiero terror de la troyana gente;
Por él la casta esposa tristemente
Vuelve á tejer la destejida tela.
Así vivirá el canto lastimero
Que expresó de Tibúlo los dolores,
De Némesis y Delia los ardores,
Una el primer amor, otra el postrero.
¿Detuvísteis la muerte presurosa
Con vuestros sacrificios religiosos,
Con agitar los sistros sonorosos,
Con puro lecho y lustracion piadosa?

¡Ah! cuando hiere la guadaña cruda
Al varon justo, al virtuoso, al sabio,
(¡Oh Dioses, perdonad mi torpe labio!)
De vuestro sér mi entendimiento duda.
Piadoso vive: morirás piadoso;
Con ofrendas adorna los altares:
En breve dejarás tus Dioses Lares
Para sumirte en el sepulcro odioso.
Si en la belleza de tu canto fias
Que ha de salvarte de la tumba helada,
Mira á Tibúlo en la postrer morada,
En urna breve sus cenizas frias.
¡Oh celestial cantor! ¿la llama fiera
Tu pecho consumió, de amores nido?
¿Cebarse en tus entrañas ha podido?
¿Ardió tu cuerpo en funeral hoguera?
¿Y tal maldad los Dioses consintieron
En cuyas aras el incienso humea?
¿Por qué no abrasa vengadora tea
Los áureos templos que la infamia vieron?
Los ojos apartó madre Ericina,
La que habita de Páfos en la altura,
Cubrió su rostro palidez oscura,
Y derramó una lágrima divina.
Y áun fuiste más feliz que si la muerte
De Feacia en los campos te alcanzara
Y en urna vil tu polvo descansara:

Fuéte propicia al fin la adversa suerte.
  Al ménos hoy en tu postrer partida
Los ojos te cerró madre amorosa
Y tu ceniza recogió piadosa;
¡Triste recuerdo de tu amarga vida!
  Y suelta la flotante cabellera,
Tu hermana lamentó tu muerte triste ,
Y al lado de tu madre siempre asiste,
En su dolor y llanto compañera.
  Con sus besos los suyos han unido
Tu Némesis, tu Delia juntamente;
De entrambas se escuchaba el són doliente,
Mientras era tu cuerpo consumido.
  Así al partir tu Delia suspiraba,
Dejando con pesar la extinta hoguera:
«¡Felice yo, que tus amores era!
¡Felice fuiste miéntras yo te amaba!»
  «¡Ah! no acrecientes mi dolor tirano,
(Némesis dijo al escuchar su acento)
Yo recogí su postrimer aliento,
Él me estrechó con moribunda mano.»
  Si somos más que sombra fugitiva,
Si un resto acaso de existencia dura,
De los Elíseos bosques la espesura
En su seno tu espíritu reciba.
  Allí de lauro y hiedra coronado,
Con Calvo vagarás, dulce Tibúlo;

Allí resuena el canto de Catúlo
Por las helenas Musas arrullado.
  Galo camina con erguida frente,
Pálido aún por la reciente herida:
Con propia sangre rescató su vida,
De crímenes horrendos inocente.
  Tal morada tu espíritu posea,
Pues fuiste de las Piérides amado:
¡Duerma en la urna el polvo sosegado;
Leve la tierra á tu ceniza sea!

Santander, 18 de Marzo de 1875.

# FRAGMENTO DEL POEMA DE PETRONIO

DE MUTATIONE REIPUBLICÆ ROMANÆ.

*Orbem jam totum victor Romanus habebat.*

Ya el orbe todo ante sus piés rendido,
Tierras y mares, el Romano viera,
Y aún no saciada su ambicion, las olas
Peso oprimía de guerreras quillas:
Si alguna tierra en su escondido seno
Oro encerraba, con inicua guerra
Se extraia el metal de sus entrañas;
Ya no agradaban los vulgares goces
Ni los deleites que la plebe anhela;
Asiria rinde sus preciadas conchas,
Y sus perfumes la feliz Arabia,

Sérica lanas, mármoles Numidia:
Tiñe al blanco vellon de las ovejas
Rojo color de púrpura de Tiro.
¡Fuentes de guerra, destruccion y llanto!...
El elefante de preciosos dientes
Es perseguido en la africana selva
Hasta el árido Anmón, de Libia extremo.
Vienen los tigres en dorada jaula,
Sangre humana á beber, entre el aplauso
De ronca multitud que el circo llena...
Mesas de cedro, de África traidas,
Servil rebaño, púrpura esplendente
Del suntuoso festin la pompa aumentan.
Trae al banquete la ingeniosa gula
Vivo el escaro en agua de Sicilia,
La leve concha de Lucrinia playa;
Y ya sin aves la remota Fásis
En su triste ribera solo escucha
Gemir el viento en las desiertas hojas...
Venden sus votos en el campo Márcio
Los Quirites; venal es el Senado,
Venal el pueblo, mercaderes todos;
Por precio vil se otorgan los favores,
Y la virtud ni en los ancianos queda;
La augusta majestad se rinde al oro;
Es Roma de sí propia mercancía;
Ni un brazo se ha de alzar en su defensa;

Es presa vil de quien primero llegue...
Soñolienta, en el ocio sumergida,
¡Quién podrá levantarla de su cieno,
Sino el furor y la espantosa guerra
Y con el hierro la ambicion armada!

Santander, Agosto de 1875.

## HIMNO DE PRUDENCIO

### EN LOOR DE LOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

*Bis novem noster populus sub uno.*

De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna
Fiel nuestro pueblo: á Zaragoza asiste
Gloria tan alta.
De ángeles llena la ciudad augusta,
No, frágil mundo, tu ruïna teme,
Pues tantos dones que ofrecer á Cristo
Lleva en su seno.
Cuando el Señor, sobre candente nube,
Descienda, y vibre la fulmínea diestra,
Y justo pese con igual balanza
Todas las gentes,

Delante el Cristo, la cabeza erguida,
Prestas del orbe las ciudades todas
Irán llevando en azafates de oro
Ricos presentes.
La África tierra mostrará tus huesos,
Doctor Cipriano, de facundo labio,
Y á Acisclo, á Zóel y á sus tres coronas
Córdoba magna.
Madre de santos, Tarragona pia,
Triple diadema ofrecerás á Cristo,
Triple diadema que en sutiles lazos
Liga Fructuoso.
Cual áureo cerco rutilantes piedras,
Ciñe su nombre al de los dos hermanos:
De entrambos arde en esplendor iguales
Fúlgida llama.
Los santos miembros del invicto Félix
Pequeña y rica ostentará Gerona:
Los dos guerreros Calahorra, nuestra
Patria querida.
Con Cucufate se alzará Barcino,
Y con su Paulo la feraz Narbona,
Con tus cenizas la potente Arelas,
Divo Genesio.
Vírgen Eulalia, tus reliquias lleve
En don á Cristo y hasta el ara misma,
De Lusitania la ciudad cabeza

Mérida insigne.
Doble tributo, duplicada ofrenda
Lleve en sus manos la feliz Compluto:
De Justo y Pástor la inocente sangre;
Cándidos miembros.
Tánger, sepulcro de Masilios reyes,
No la ceniza de Casiano olvide
Que el suave impuso á los domados pueblos
Yugo de Cristo.
Pocas ciudades mostrarán un mártir,
Con dos ó tres agradarán algunas,
Tal vez con cinco ofrecerán á Cristo
Prenda de alianza.
Diez y ocho tú presentarás, Augusta,
Ciudad dichosa, del Señor amada,
Cinta la sien de ensangrentada oliva,
Signo de paces.
Tú sola al paso del Señor pusiste
Mártires sacros en legion inmensa,
Sola tú rica, de piedad espejo,
Rica en virtudes.
No te igualaron en tesoro tanto
Cartago, madre del guerrero peno,
Ni Roma misma que el excelso ocupa
Sólio del mundo.
La limpia sangre que bañó tus puertas
Por siempre excluye la infernal cohorte:

Purificada la ciudad, disipa
Densas tinieblas.
Nunca las sombras tu recinto cubren,
Huye de tí la asoladora peste,
Y Cristo mora en tus abiertas plazas,
Cristo do quiera.
De aquí ceñido con la nívea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo á la region empírea
Coro triunfante.
Aquí, Vicente, tu laurel florece;
Aquí, rigiendo al animoso clero,
De los Valerios la mitrada estirpe
Sube á la gloria.
¡Oh, cuántas veces la borrasca antigua,
En torbellino estremeciendo el orbe,
De este almo templo quebrantó en los muros
Su hórrida saña!
Mas de teñirse la gentil espada
Ni un punto en sangre de los nuestros cesa:
A cada golpe del granizo brotan
Mártires nuevos.
¿Tú no teñiste con purpúreas gotas,
Claro Vicente, el augustano suelo
Como preludio de la no distante
Muerte gloriosa?
Así del Ebro la ciudad te honora

Cual si su césped te cubriera amigo,
Cual si guardara tus benditos huesos
Tumba paterna.
Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota
Logró vencer y conquistar la palma:
Tal vez el muro de la gran Sagunto
Vió su martirio.
De Zaragoza en el estádio ungido
De fe y virtudes con el óleo santo,
Para domar al enemigo horrendo
Fuerzas obtuvo.
Vió en esta Iglesia las diez y ocho palmas,
Los patrios timbres su heroismo encienden,
Y ardiendo en sed de acrecentarlos vuela
Presto al combate.
Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados: la violenta vírgen
Que holló resuelta las del vano mundo
Pompas falaces.
Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo:
Sola tú, vírgen, nuestra tierra habitas,
Vences la muerte.
Vives y áun puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne:
Los negros surcos de la atroz herida
Puedes mostrarnos.

¡Qué ímpio sayon te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros!
Partido un pecho, el corazon desnudo
Vióse patente.
¡Mayor tormento que la muerte misma!
Cura la muerte los dolores graves
Y al fin otorga á los cansados miembros
Sumo reposo.
Mas tú conservas cicatriz horrible,
Hinchó tus venas dolorosa llama
Y tus medúlas pertinaz gangrena
Sorda roia.
Aunque el acero del verdugo impío
El don te niega de anhelada muerte,
Ceñir lograste, cual si no vivieras,
Mártir, la palma.
De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos garfios:
Murió una parte de tu propio cuerpo,
Siendo tú viva.
Título nuevo de perenne gloria
Nunca otorgado, concedióle Cristo
A Zaragoza: de una mártir viva
La hizo morada.
Alza tu frente, esclarecido pueblo,
Rico en Optato y en Lupercio rico;
De los diez y ocho á tu senado ilustre

Salmos entona.
Canta á Succeso y á Marcial celebra,
Canta la muerte del feliz Urbano,
De Quintio y Julio el venerado nombre
Suene en tus himnos.
Repita el coro de Fronton la gloria,
Del animoso Ceciliano el triunfo
Y la preciosa de Egüencio y Félix
Sangre vertida.
Ni á Publio olvide ni á Apodemo claro,
Ni á Primitivo en el silencio deje,
Ni á aquellos cuatro que nombrar esquiva
Sáfico metro.
La edad antigua Saturninos llama
A estos varones, y mi amor los nombra;
No es el cantar á los de Dios electos
Vano ejercicio.
Grande es el arte que en sus cantos sepa
Los áureos nombres engarzar de aquellos:
Cristo los sabe, y los conserva escritos
Libro celeste.
Serán leidos en tremendo dia
Cuando tu ángel los diez y ocho ofrezca
Que por derecho de martirio y tumba
Rigen tu pueblo.
Y ha de añadir al número primero
La casta vírgen tras tormentos viva,

Muerto á Vicente, pues su gloria es nuestra,
Nuestra su sangre.
Y ha de mostrar á Cayo y á Cremencio
Saliendo ilesos del cruel certámen,
Llevando en signo de menor victoria
Palma incruenta
La fe de Cristo confesaron ambos,
Ambos lucharon con viril denuedo,
Ambos gustaron, aunque levemente,
Gloria y martirio.
Por nuestras culpas el perdon implora
Esta legion bajo el altar guardada
En Zaragoza, de tamaños héroes
Ínclita madre.
Póstrate humilde, generoso pueblo,
Y, acompañando la festiva pompa,
Sigue despues las resurgentes almas,
Sigue los miembros.

Santander, 15 de Agosto de 1875.

# CINTRA.

## POEMA LATINO DE LUISA SIGEA, TOLEDANA.

*Est locus occiduas ubi sol æstivus ad oras...*

Guardan un sitio las hespérias playas
Do, en ebúrnea carroza conducido,
Cuando vence la noche al claro dia,
Su radiante corona el sol estivo
Desciñe, y los corceles fatigados
Baña del ponto en los cristales frios.
Un valle do murmuran frescas aguas
Cercan peñascos hasta el cielo erguidos;
El mar dominan y tocar parecen
La etérea cumbre tres enhiestos picos.
Y si no orlaran su cabeza nubes,

Dijérase que en ellos sostenido,
Como en pilares de diamante inmobles,
Del cielo estriba el eternal zafiro.
Moran allí los Fáunos saltadores,
Y el antro de las fieras escondido
Penetra el cazador, de astucia armado,
Que hiere con la madre al cachorrillo.
Sus verdes hojas desplegando el roble
De la intrincada selva en el recinto,
Sombra y morada placentera ofrece
Á Silvanos y Sátiros lascivos.
El haya crece allí, crece la encina
*Y el álamo de Alcídes escogido,*
Y el peral, el cerezo y el castaño
Con las flexibles ramas del corylo.
Y otros dones innúmeros, que al hombre
Feliz para sustento ha concedido
La bondad de los Dioses inmortales,
Míranse á breve espacio reducidos.
Allí la rubia Céres por su mano
Enseña á cultivar el suelo opimo,
Semillas lanza, y las alegres mieses
Hace luego brotar del surco hendido.
Á la siniestra del florido valle
Por do al Arctos el mundo está vecino,
Alegres pastos á la grey balante
Ofrece Pan en campos extendidos.

La hespéride granada purpurea
Del hondo valle en el recinto esquivo;
Muestra el laurel sus hojas, que corona
Tejen al luchador de premio digno.
Encrespándose da sombra sagrada,
Amado de Afrodita, el leve mirto;
Hállanse al par de bien olientes flores
De Cintra en el verjel frutos dulcísimos.
Se oye el cantar de suave Filomela
Y de la viuda tórtola el gemido,
Y cuantas aves por el éter vagan
Tienen en estos árboles sus nidos.
Llenan la selva sus alegres cantos,
Rosas produce el prado, violas, lirios,
Y la menta aromosa y el romero,
El tomillo, la nepta y el narciso.
De yerba ornados, de verdor y flores
Rien do quier el prado y el ejido;
Con flores entretejen sus coronas
Las Dríadas, los Faunos fugitivos.
Fúlgida rueda susurrante el agua
Del rudo seno de peñon altivo
Á regar en corriente sosegada
El valle melancólico y sombrío.
Forma ancho estanque do las Ninfas bellas
Bañan tal vez sus cuerpos peregrinos,
Cuando la Aurora en su carroza esplende

Ó cuando al cielo cubre manto umbrío.
Régio alcázar elévase en la orilla
Del lago limpidísimo y tranquilo,
Y desde allí las cándidas doncellas
Prado contemplan y jaral bravío.
Desde allí sus delicias yo admiraba,
En cada objeto el ánimo embebido,
Al tiempo que la Aurora derramaba
Por tierra y cielos su esplendor divino.
Cuando el espejo líquido quebrando
Brota gallarda Ninfa de improviso,
En voz y aspecto semejante á Diosa,
Que con acento blando así me dijo:
—«Salve, doncella de los dioses cara,
¿Qué miras, dí, desde la torre erguida?
¿De tu princesa conocer el hado
Quieres, Sigea?»
Y respondíla:—«Si los altos Dioses
Cumplir quisieran lo que yo deseo,
Á mi señora en los sublimes astros
Vieras alzada.
»Oh tú que en rostro, cabellera y ojos,
En leve paso y en mullido seno,
Diosa pareces que el lugar custodias,
Cándida Ninfa,
»De cuya boca transparente manan
De aqueste rio las serenas ondas,

K



Tú revelarme el celestial decreto
Puedes acaso.
»Díme la suerte que á la vírgen régia
Guardan los hados en futuros dias,
Cuál la reserva el eternal destino
Tálamo de oro.»
Interrumpióme con rosado labio:
—«Vírgen, escucha, mi verdad no dudes:
Poco há Neptuno á las etéreas sedes
Me ha conducido.
»En el alcázar del supremo Jove,
La ambrósia y néctar en doradas copas
Los inmortales, de fulgor ceñidos,
Ledos gustaban.
»Ya retiradas las fragantes mesas,
Por tu señora suplicaron todos,
Para que á cuantas en virtudes vence
Venza en imperio.
»Por la Princesa agradecidos ruegan
Minerva docta y el canoro Febo
Y Calïope, del Saturnio padre
Prenda querida.
»Á estos amara la gentil doncella
Que sábiamente penetró sus artes;
Con aquel rostro que los cielos calma
Jove repuso:
—«Dioses, gozaos: inmutables yacen

388119

74406

Los altos hados de la excelsa vírgen;
Si ve á otras manos empuñar el cetro,
No desespere.
»Ya su lugar encontrará el destino;
Con gran fatiga á la elevada cumbre
Logra arribarse: no tolera el cielo
Débiles Dioses.
»Cual otras, fácil encontrara esposo,
Mas el que á ella destinó la suerte
Lugar ocupa en elevada cima,
Léjos del vulgo.
»Feliz el orbe regirá domado,
Cuando á él se enlace la gentil Princesa,
Y entrambos polos doblarán la frente
Á tu Señora.
»Vuela á anunciarla que tranquila pase
Ya sin recelo sus alegres dias,
Y á repetirla el que de mí escuchaste
Fiel vaticinio.
»No te acongojes, ni temor alguno
Tal vez te impida predecir los hados,
Que por su órden cuanto tú dijeres
Ha de cumplirse.»
—«El tiempo díme del augurio, Ninfa,»
(Yo repliquéla) y respondióme aquesto:
—«Justo es tu ruego: conocer el plazo
Justo parece.

»Díjolo el padre, al terminar la fiesta:
Ántes que Febo en su perpétuo giro
Raudo del Cancro al Agocero helado
Pase dos veces,
»Ha de cumplirse el eternal decreto:
Feliz entónces, pues sus votos logra,
Llevar al ara la Princesa debe
Sacros perfumes.»
Dijo la Ninfa, y ocultóse luego
En rápido, argentado remolino,
Surco trazando, al sumergirse, leve
En las ondas del lago, ántes tranquilo.
Y yo que incierta por la infanta estaba,
Sabedora por fin de su destino,
Juzgué que á revelarle, disfrazado,
Mercurio descendiera del Olimpo.
Hoy constante es mi fe: por tal augurio
Al cielo entrambas manos hoy dirijo,
Y si se cumple en mi Princesa el hado,
Pienso obtener lugar casi divino.

Santander, 27 de Diciembre de 1875.

TRADUCCION

## DEL FRAGMENTO APÓCRIFO DE CATULO

QUE FORJÓ EL ABATE MARCHENA.

---

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más:
Será de estirpe Eácida: que sólo el fuerte Aquíles
Á tal varon pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos mientras que nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá:
Los campos de Germania que corta el Istro helado;
Los que el Etiope Nilo fecundizando vá;

La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad...
*Cruzando los estambres, etc.*

De su valor ingente se admirará el Germano,
Y el Dácio y el Scita guerrero temblarán,
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja ó en resonante espiga,
Por campos y montañas extiéndese voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará á los rios
Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.
*Cruzando los estambres, etc.*

Mas cuando la victoria su frente coronare,
Anime la clemencia su soberana faz:
Venciendo y perdonando someta á los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
*Cruzando los estambres, etc.*

Estos serán los juegos en que el potente Aquíles
Los años ejercite de su florida edad,
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá;
Y al pueblo y al monarca los Dioses sus mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
*Cruzando los estambres, etc.*

Nunca el furor impío, su veste desgarrando,

En intestinas lides abrase la ciudad,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos
Tiñan en propia sangre el brazo criminal.
*Cruzando los estambres, etc.*
Desde la santa era de Deucalion y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
*Cruzando los estambres, etc.*

# LOS SEPULCROS.

## POEMA ITALIANO DE HUGO FÓSCOLO.

### Á HIPÓLITO PINDEMONTE.

---

*All'ombra de' cipressi e dentro l'urne.....*

¿Del ciprés á la sombra, en rica urna
Bañada por el llanto, es ménos duro
El sueño de la muerte? Cuando yazga
Yo de la tumba en el helado seno,
Y no contemple más del sol la lumbre
Dorar las mieses, fecundar la tierra,
Y de yerbas cubrirla y de animales,
Y cuando bellas, de ilusion henchidas,
No pasen ya mis fugitivas horas,

Ni, dulce amigo, tu cantar escuche
Que en armonía lúgubre resuena,
Ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente
El puro aliento de las sacras Musas.
¿Bastará á consolarme yerto mármol
Que mis huesos distinga entre infinitos
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte?
Es verdad, Pindemonte: áun la Esperanza,
Última Diosa, los sepulcros huye;
Todo el olvido en su profunda noche
Presto lo oculta, y sin cesar girando
Una fuerza invencible lo arrebata,
Y el hombre y sus sepulcros suntüosos,
Y sus últimos restos y sus nombres,
De la tierra y del cielo borra el Tiempo.
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda
Es para él del mundo la armonía,
Si puede alimentar dulces recuerdos
En los pechos amantes? La celeste
Correspondencia de amoroso afecto
Dón es á los humanos otorgado:
Por él vivimos con el muerto amigo,
Y él vive con nosotros: la piadosa
Tierra que en su niñez le alimentaba
Le ofrece en su regazo último asilo,
Y sus cenizas de la lluvia impía
Y del profano pié guarda y defiende,

Su nombre escribe en mármol, y con flores
De árbol amigo su sepulcro cubre,
Sobre él tendiendo bienhechora sombra.
Mas quien afectos no dejó en herencia
Con triste rostro mirará las tumbas,
Errar verá su espíritu desnudo
Por las orillas de Aqueronte rio,
Ó levantarse en las augustas alas
Del divino perdon, pero su polvo
Deja á la ortiga del terron desierto,
Donde ni dama enamorada ruegue,
Ni escuche el pasajero los suspiros
Con que desde el sepulcro hablan los Manes.
Nombre tan sólo aquellos muertos tienen
Que con piadoso llanto son honrados.
¡Oh Talía! sin tumba el sacerdote
Yace, que con amor, en pobre asilo,
Te consagró un laurel, ciñó tus sienes
Con preciada corona; tú aplaudias
En dulce risa el cántico festivo,
Punzante al Sardanápalo lombardo,
Con el mugir dormido de sus bueyes,
Que arando las campiñas del Tesino
Ocio le dan, riquezas y abundancia.
¡Oh bella Musa! ¿dónde estás? No siento
Pura ambrosía, indicio de tu númen,
Entre las plantas do sentado lloro

Por mi techo materno. Aquí venías
Tu poeta á escuchar, bajo aquel tilo
Que hoy gime y tiende sus dobladas hojas
Porque no cubre, oh Diosa, del anciano
La urna con la sombra de sus ramas.
¿Buscas tal vez en túmulos plebeyos
El lugar do descansa la cabeza
Sagrada de Parini? No en sus muros
Sombra le puso, mármol ni inscripciones
Milán, la de cantores enervados
Engendradora: sus cenizas mancha
Tal vez con torpe sangre el homicida
Que purgó en el patíbulo su crímen;
Acaso siente cuál sus huesos roe
Abandonado can que triste aulla
Y hambriento escarba la olvidada fosa,
Miéntras nocturno buho vuelve al nido,
Si la luna alumbró el fúnebre campo,
Y en inmundos sollozos se lamenta
Del pálido fulgor que los luceros
Sobre la tumba abandonada vierten.
¡Oh sacra Musa! de la oscura Noche
Por tu poeta la merced implora.
¡Ay del difunto que ni gloria humana
Tras sí dejare ni amoroso llanto!
Flores no nacerán sobre su losa.
Cuando las nupcias, tribunales y aras

Dulcificaron de la humana gente
Las ásperas costumbres, y piadosas
Tornáronlas, los vivos arrancaron
Al aire vago, á las voraces fieras
Los míseros despojos que Natura
En raudo vuelo, en incesante giro,
Nueva existencia á producir destina.
Monumentos de gloria los sepulcros
Fueron al par que venerandas aras.
Allí los lares responder solian,
Del oráculo allí la voz oyóse,
Y fué temido el juramento horrible
Sobre el paterno polvo pronunciado.
Tal religion que con diversos ritos
La virtud pátria y la piedad unia,
Fué por largas edades continuada.
No siempre el pavimento recubrieron
De los templos las losas sepulcrales,
Ni el hedor de cadáveres mezclado
Al humo del incienso respiróse,
Ni entristecieron la ciudad efigies
De hórridos esqueletos, ni la madre
Despertaba del sueño estremecida,
Tendiendo el nudo brazo á la cabeza
Del tierno niño que en su seno yace,
Oir pensando de irritada sombra
Largo gemir que el corazon la helaba.

En otra edad los cedros, los cipreses,
De efluvios puros impregnando el aire,
Hojas tendian en memoria eterna
Sobre la urna, y en corintios vasos
Derramadas las lágrimas votivas,
Una antorcha encendian los amigos,
Para alumbrar la subterránea noche
Porque los ojos moribundos buscan
La luz del sol, y el último suspiro
Todos los pechos á su luz exhalan.
Las fuentes derramando aguas lustrales,
Amarantos regaban y violas
En el fúnebre cerco, do si alguno
Á libar leche y á contar sus penas
Á los caros finados se acercaba,
Sentia en torno una fragancia pura
Como las auras del Elíseo prado.
Hoy piadosa locura á las doncellas
Britanas hace suburbanos prédios
Mucho estimar, donde el amor las lleva
De la perdida madre, do imploraron
Al Genio del lugar por el retorno
Del héroe que rompió vencida nave,
Y de su mástil fabricó su tumba.
Donde duerme el afan de ínclitos hechos,
Y el trémulo pavor y la opulencia
Son del vivir político ministros,

Inútil pompa, precursora imágen
Del Orco son marmóreos monumentos.
Ya el rico, el docto y el patricio vulgo,
Gloria y decoro de la Ausónia tierra,
En sus palacios, entre vil lisonja,
Tiene, áun en vida, excelsa sepultura
Y en vanos timbres su grandeza asienta.
Ven, dulce muerte, reposado albergue
Do la Fortuna sus venganzas cesa:
Recoja la amistad no de tesoros
Herencia, mas de canto no humillado
Y libres pensamientos el ejemplo.
Á egregios hechos, Pindemonte, excitan
Las urnas de los fuertes: bella y santa
Hacen al peregrino aquella tierra
Que las oculta. Cuando ví el sepulcro
Donde de aquel varon los restos yacen,
Que el cetro del tirano gobernando,
Deshoja su laurel, y al pueblo muestra
Con qué lágrimas crece y con qué sangre,
Y el féretro de aquel que nuevo Olimpo
Alzó en Roma á los Dioses, y la tumba
Del que vió al sol inmóvil, y á los mundos
Bajo el etéreo pabellon rodando,
Y al Ánglico inmortal mostró la vía
Del ántes ignorado firmamento;
«Dichosa te llamé, ciudad que baña

Aura vital, y lava el Apenino
Con torrentes lanzados de su cumbre,
Limpidísima luz vierte la luna
En tus collados que la vid adorna,
En los cercanos valles que á los cielos
Despiden de mil flores el aroma.
Tú, Florencia, escuchaste la primera
Del desterrado Gibelino el canto,
Y tú los padres diste y el idioma
Al dulce vate, de Caliope labio,
El que al Amor desnudo en Grecia y Roma,
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Uránia Vénus,
Y más felice aún, porque en un templo
Conservas fiel las italianas glorias,
Las únicas quizá, pues de los Alpes
El mal vedado paso y la inconstante
Omnipotencia de la humana suerte
Armas te arrebataron y defensa,
Y aras y patria: esta memoria sola
Nos resta; de aquí brote refulgente
Luz de esperanza á la oprimida Italia
Y el fuego encienda en generosos pechos.
Alfieri en estas tumbas á inspirarse
Venir solía: con los patrios Dioses
Airado, en torvo ceño, erraba mudo
Por la orilla del Arno más desierta

Con ansioso recelo contemplando
Los montes y los valles, do ninguno
Á su anhelar quejoso respondia:
Sobre el mármol dobló la frente austera
Con palidez mortal, mas aún brillaba
La divina esperanza en su semblante.
Hoy yace en esos mármoles: sus huesos
Áun á la voz de patria se estremecen;
Desde el sacro recinto un Númen habla,
Númen de patria que animó á los Griegos
Contra el Persa invasor, en Salamina
Y en Maratón, do consagrara Atenas
Trofeos á sus hijos. El piloto
Que surcó desde entónce el mar Eubéo,
Vió centellear en la tiniebla oscura
Fulgor de yelmos y encendidas teas,
Humear ígneo vapor las rojas piras,
Armas brillar cual si la lid tornara,
Y escuchó en el silencio de la noche
Tumulto de falanges por el campo,
Clangor vibrante de torcidas trompas,
Relincho de corceles voladores,
Gemir de moribundos, triste llanto,
Himnos de gloria, y funerales trenos.
¡Feliz tú que el imperio de los vientos
En tus floridos años recorrieras,
Y si la antena dirigió el piloto

Tras las islas Egéas, cierto oiste
Del Helesponto resonar la costa
Con los hechos antiguos, y espumosa
Y rugiente miraste á la marea
Las armas conducir del fuerte Aquíles,
Á las playas Retéas, á la tumba
De Ayax de Telamon! Sólo la muerte
Dispensa con justicia eterna gloria;
Ni astuto ingenio ni favor de reyes
Al Ítaco falaz aprovecharon;
Las ondas le arrancaron su despojo
Por los ínferos Dioses concitadas.
Yo en peregrinas tierras fugitivo
Por anhelo de gloria y triste suerte
Estos nombres evoco, que las Musas
Del mortal pensamiento animadoras,
Fieles custodios, los sepulcros guardan,
Y cuando el tiempo con sus alas frias
Osa tocarlos, las Pimpleas hacen
Alegres con su canto los desiertos,
Y vence poderosa su armonía
De siglos mil las sombras y el olvido.
Por eso hoy en la Tróade contempla
Con asombro y respeto el peregrino
Un lugar por la Ninfa consagrado
Que fué esposa de Jove, y dió la vida
Á Dárdano inmortal, de do Asaráco

Y los cincuenta tálamos proceden
Y Troya, el reino de la Julia gente.
Oyó Electra el decreto de la Parca
Que del aura vital la transportaba
Á los Elíseos coros, y al Tonante
Esta postrer plegaria dirigia:
«Si te agradó mi rostro y mi belleza
Y las dulces vigilias á mi lado,
Y algun premio mayor no me depáras,
La muerta amada desde el cielo mira
Y haz sagrado el lugar de su sepulcro.»
Rogando así, moria, y el Saturnio
Gimió, doblando la inmortal cabeza,
Y ambrosía vertió sobre la Ninfa,
Y aquella tumba consagró por siempre.
Allí yace Erictónio, y duerme el justo
Ilión; allí venian las Troyanas
Sacrificios á hacer, queriendo en vano
El hado detener de sus maridos;
Allí vino Casandra, cuando el pecho
Ardiendo en sacro fuego, el Dios la hacía
De Pérgamo anunciar los tristes hados,
Y á las sombras cantaba himno amoroso.
Guiando á sus sobrinos exclamaba
Con profundo suspiro: «Si de Árgos
Do al hijo de Laerte, al de Tideo
Conducireis al pasto los corceles,

Tal vez tornar os concediera el hado,
En vano buscareis la patria vuestra;
Los muros arderán, obra de Febo,
Áun vereis humeantes sus reliquias.
En esta sacra tumba los Penátes
Habitarán de Ilión, que en la desdicha
Los Númenes conservan el recuerdo.
¡Oh palmas y cipreses que las nueras
De Príamo plantaron, y que presto
¡Ay! crecereis con lágrimas bañados
De tristes viudas, proteged mis padres!
Y quien llegare á la espesura sacra
Que vuestras ramas formarán creciendo,
Pío se dolerá de nuestros males
Y tocará con reverencia el ara.
Amparad á mis padres: algun dia
Vereis errante á un ciego en vuestros bosques,
Trémulo penetrar en los sepulcros,
Las urnas abrazar é interrogarlas:
Entónces gemirán los hondos antros
Y narrarán las tumbas el destino
De Ilión, dos veces en el polvo hundida
Y dos tornada á alzar con gloria nueva
Para adornar el último trofeo
Del Pélide fatal. El sacro vate,
Aplacando las sombras con su canto,
Ensalzará á los príncipes argivos

Por cuanto bana el piélago sonante,
Y á tí, Héctor, dará llanto sublime. .
Santa será la sangre derramada
Por la patria infeliz, miéntras radiante
El sol alumbre la miseria humana.»

Santander, 4 de Setiembre de 1875.

# EL CIEGO.

## IDILIO DE ANDRÉS CHENIER.

*Dieu dont l'arc est d'argent, Dieu de Claros, écoute...*

—«Oye mis ruegos tú, deidad de Claros,
Apolo Sminteo, el de la alada flecha
Y arco de plata. Moriré sin duda,
Si tú no guias á este errante ciego.»
Tal pronunciaba con suspiro triste,
Penetrando en la selva, errante anciano,
Y en una piedra se sentó gimiendo.
Al ladrido tenaz de los molosos,
Custodios fieles de la grey balante,
Tras él corrian con veloces pasos,
Hijos de aquella tierra, tres pastores,

El furor deteniendo de sus canes,
Por amparar del viejo la flaqueza,
Y acercándose á él, así decian:
—«¿Quién es aqueste anciano, débil, ciego?
¿Será por dicha morador celeste?
Grandeza y altivez su faz descubre,
Pende una lira informe de su cinto,
Y al resonar su canto, se estremecen
El aire, el mar, el cielo y las montañas.»
Él sus pasos oyó, y atento espera,
Y tiembla al acercarse, y ambas manos
En ademan de súplica extendia.
—«No temas (dicen ellos), extranjero,
Si ya en forma terrestre, deleznable,
No eres un Númen que á la Grecia ampara:
¡Tanta grandeza en tu vejez descubres!
Si eres sólo un mortal, oh triste anciano,
No te arrojaron las marinas olas
A tierra cruda y de piedad ajena.
Nunca el destino da dicha colmada;
A tí los altos Dioses concedieron
Noble y sonora voz, pero tus ojos
Cerraron á la luz del claro dia.»
—«Infantil vuestra voz blanda parece:
Niños sereis, mas los discursos vuestros
Prudencia suma y madurez revelan.
Pero siempre recela el indigente

Extranjero que sirven sus desgracias
De objeto á muchos de baldon y risa.
No compararme á los celestes Dioses
Oseis: ¿mis canas, mi arrugada frente
Y esta perenne noche de mis ojos
Son de un Númen tal vez digno semblante?
¡Soy hombre entre los hombres desdichado!
Si á un pobre conoceis, errante, triste,
A ese tan solo compararme puedo.
No porque yo intentara, cual Tamíris,
La prez del canto arrebatar á Apolo,
Ni, cual Edipo, con incesto hubiera
Y parricidio sobre mí llamado
De las negras Euménides las iras.
En mi vejez el hado omnipotente
Me reservaba la tiniebla oscura,
Y en destierro vagar, hambre y pobreza.»
—«Toma, y ojalá cambie tu destino,»
Ellos dijeron, y sacando luego
De una de cabra piel blanca y luciente
El manjar aquel dia preparado,
En sus rodillas ponen á porfia
El blanco pan de trigo, la aceituna,
La almendra, el queso y los melosos higos.
Come tambien el perro, que yacía
Entre sus piés, mojado y sin aliento,
Que nadando dejó la corva nave

A pesar del remero, y en la orilla
Vino á juntarse á su infelice dueño.
—«No siempre mi destino es inflexible;
Salud, oh niños (el anciano dijo)
De Jove mensajeros. ¡Venturosos
Los padres que á estos niños engendraron!
¡Venid y que mis manos os conozcan
Cual si vista tuviera! ¡Oh hijos mios,
Hermosos sois los tres, vuestros semblantes
Hermosos son, y dulces vuestras voces!
¡Qué amable es la virtud de gracia llena!
Creced cual la palmera de Latona,
Del cielo don, del mundo maravilla,
Que contemplé, cuando mis ojos vieron,
Al aportar á la sagrada Délos,
Cerca de Apolo y de su altar de piedra.
Cual ella crecereis grandes, robustos,
Fuertes, de los mortales venerados,
Porque amparar sabeis tanta desdicha.
Apenas el mayor tendrá trece años,
Oh niños mios: yo era casi viejo
Antes que vuestros padres respiraran.
Siéntate junto á mí, del viejo cuida,
Tú el mayor de los tres.»—«Cantor ilustre,
¿Cómo ó de dónde vienes? que las olas
Rugen por donde quiera en nuestra orilla.»
—«Mercaderes de Cyme me guiaron;

Dejaba de la Caria las riberas,
Por ver si Grecia patria me ofrecia
Y los Dioses benignos me otorgaban
Suerte ménos cruel, horas serenas:
¡Que la esperanza hasta el sepulcro vive!
Mas nada tengo; ni pagar el viaje
Pude á los nautas, y ellos me arrojaron,
Como visteis poco há, á vuestra ribera.»
—«¿Y por qué no cantaste, dulce viejo?
Con tu armoniosa voz pagar podias.»
—«¡Hijos, del ruiseñor los dulces sones
Nunca del buitre calmarán la rabia,
Ni los avaros, insolentes ricos
Alma tendrán para gustar del canto.
Guiado por mi báculo, en la arena,
Del piélago al mugir, solo, en silencio,
Escuché los balidos de un rebaño
Y el resonar de la bronceada esquila.
Tomé la lira: á sus movibles cuerdas
Los dedos apliqué, ya temblorosos,
La bondad implorando de los Dioses
Y en especial de Jove hospitalario.
Mas de pronto sonó voz formidable
Y enormes perros contra mí vinieron,
Y vosotros con piedras y con gritos
Calmasteis luego su iracunda rabia.»
—«¿Será cierto tal vez, oh padre mio,

Que ya perverso degenera el mundo?
En otro tiempo al escuchar la lira
Lobos y tigres, su furor rendido,
De un cantor como tú los piés besaban.»
—«¡Bárbaros, ay! Sentado yo en la popa,
*Canta*, gritaba aquella chusma impía,
*Si ve algo más tu ingenio que tus ojos*,
*Destierra nuestro enfado, vagabundo*.
Yo confundirles quise con mi acento,
Mas no se abrió la boca á la respuesta,
Hice callar la lengua, y con la mano
Detuve al Dios hirviente ya en mi seno.
¡Oh Cyme, pues tus hijos ofendieron
Á la prole inmortal de Mnemosina,
Profundo olvido su memoria cubra
Y sepulte su nombre densa noche!»
—«Ven á nuestra ciudad, de aquí vecina,
Que á los amigos de las Musas ama:
Un asiento te espera en los festines
Con argentinos clavos tachonado.
Ricos manjares, miel y dulce vino
De los pasados males la memoria
Desterrarán, so la columna alzada
Do pende de marfil sonante lira.
Si en el camino, rápsoda ingenioso,
Con celestiales cantos nos deleitas,
Diré que Apolo desde el alto Olimpo

Tu són inspira y tus acordes rige.»
—«Marchemos, sí; ¿mas dónde me conduces?
Hijos del triste ciego, ¿dónde estamos?»
—«En la isla de Sicos fortunada.»
—«¡Sicos, salud, hospitalaria siempre!
Piso otra vez tu venturosa orilla,
Amigos, vuestros padres me conocen.
Cual vosotros crecian, cuando vine
Jóven, valiente: contemplar podia
La primavera, el sol, la blanca Aurora.
Siempre el primero en la gallarda liza,
En la pírrica danza, en la carrera:
Argos y Creta, Aténas y Corinto
Yo visité; la de cien puertas Tébas
Y del Egipto la ribera fértil.
Mas la tierra y el mar, el tiempo, el hado,
Mi cuerpo han oprimido de dolores:
Sólo la voz me queda, cual cigarra
Que cantando en las ramas se consuela.»
—«Ante todo á los Dioses invoquemos:
¡Oh soberano, omnipotente Jove,
Sol que en tu lumbre lo penetras todo,
Mar, tierra, rios, vengadoras Furias,
Salud, ¡oh del Olimpo habitadores!
Todo saber procede á los mortales
De vosotras, oh Musas: comencemos....»
Él prosiguió: las ramas se inclinaron

Del roble antiguo á sus cadentes sones,
Libre dejó el pastor á su ganado,
Y olvidando el camino los viajeros
Pararon á su voz. Él suspendido
Del fuerte brazo de su jóven guía,
Sintióles agruparse y detenerse,
Con avidez oyendo sus cantares,
Y Ninfas y Silvanos de sus grutas
Á admirarle salir, no respirando,
Sobrecogidos con espanto mudo.
Porque cantaba en vagarosos himnos,
Cuál se juntaron en fecundo abrazo
Las primeras semillas de los séres,
Los principios de fuego, tierra y aire,
Y del seno de Jove descendida
El agua á congregarse en hondos rios:
Las leyes, los oráculos, las artes
Y la concordia fraternal del pueblo:
El caos, los amores inmortales,
El Rey sublime, que el Olimpo y Tierra
Al mover estremece de sus ojos:
Los Dioses dividiendo fiera lucha,
Sangre divina enrojeciendo el suelo,
Congregados los reyes, y á sus plantas
Nubes de polvo, carros voladores,
Armas brillantes de guerreros fuertes
Cual vasto incendio en escarpada cima,

Crines flotantes de ligeros potros
Que á sus jinetes á la lid arrastran.
Cantó despues la paz de las ciudades,
Los oradores, las sagradas leyes,
Y de los campos la cosecha fértil;
Mas pronto coronadas las murallas
De soldados mostró: víctimas ruedan
En los sagrados átrios, y las madres
Y las esposas gimen: las doncellas
Á dura esclavitud son condenadas.
Cantó tras esto las alegres mieses,
Balante grey y mugidor rebaño,
La rústica zampoña, las canciones
De ruidosa vendimia, los festines,
La flauta suave y la ligera danza.
El viento desató que el mar agita
Y al nauta envuelve en las hinchadas olas;
Mas súbito á las hijas de Nereo
Salir ordena de azulada gruta,
Y pronto levantáronse á sus gritos
Naves sin cuento que la mar cortaban
Con rumbo cierto á la troyana orilla.
Mostró despues de Stigia las prisiones
Y la ribera criminal, los campos
De asfódelo, do vagan macilentas
Sombras de luz y de vivir privadas,
Tristes ancianos por la edad vencidos,

Jóvenes arrancados de sus padres,
Niños cuyo sepulcro fué la cuna,
Y doncellas que en flor arrebatadas
Tálamo hallaron en la tumba fria.
¡Bosques, arroyos, montes y peñascos,
Cómo debisteis palpitar de gozo
Cuando el vate mostraba al divo Hifesto
Forjando en Lémnos, en el sacro yunque,
Aquella red irresistible y fina,
Como de Arachne las sutiles hebras,
Y entre sus hilos enredando á Vénus;
Ó cuando en piedra trasformaba á Níobe,
Madre tebana, de altivez en pago,
Ó cuando con acento lastimero
De la triste Aedon repitió el lloro,
Que de un hijo madrastra involuntaria
Huyó, cual ruiseñor, á la espesura
Del solitario bosque. Con el vino
Vertió despues el nephéndes potente,
Que olvido inspira de los males todos,
De los guerreros en las copas: luego
Cogió la flor del moly que á los hombres
Hace prudentes, sabios y felices,
Y del calmante lótos la bebida
Con cuyo filtro olvidan los mortales
Los caros padres y la dulce tierra.
Vieron por fin el Osa y el Peneo

Y la espesura umbrosa del Olimpo,
Las mesas de Himeneo ensangrentadas,
Cuando el monstruoso pueblo de la noche
Al festin asistió de Piritóo,
Y Teseo arrancó medio desnuda
La esposa de su amigo, del robusto
Brazo del ébrio, del salvaje Eurito,
Miéntras, acero en mano, el desposado
«*Espera* (le gritó), *traidor*, espera:
*Fuerza es que hoy vengue el insolente ultraje*.»
Mas, antes que él, sobre el Centauro fiero,
Hizo Dryas caer ardiente pino,
Con el hierro sus ramas erizadas.
El cuadrúpedo atroz en vano clama
Y el suelo hiere, donde al fin sucumbe.
Y al esfuerzo de Nesso armipotente
Ruedan Cymele, Periphas, Evagro;
Mata Pirito á Antímaco y Petreo,
Y al de nevados piés, leve Ciláro,
Y al negro Macareo, que con pieles
De tres leones por su mano heridos
Armaba sus ijares y su seno.
Encorvado, una roca levantando,
Imprudente Bianor es sorprendido
Por Hércules divino, que sepulta
En un vaso de bronce antiguo, inmenso,
Herida con la clava, su cabeza;

Y ceden al furor del bravo Alcides
Licotas, Clamis, Demoleon, Rifeo,
Que ostentaba en sus crines orgulloso
El heredado brillo de las nubes.
De doble lid Eurínomo sediento,
Mueve sus piés en raudo torbellino,
De Néstor sacudiendo la armadura
Con repetidos golpes: huye el duro
Yélops, y con el brazo levantado
Espera el ágil Crántor la embestida,
Mas súbito Eurynómo se interpone
Y va á hendir con el leño su cabeza.
Viólo el hijo de Egeo ensangrentado
Y del ara arrancó una ardiente encina;
Lanzó grito terrible; de su espalda
Nunca domada las flotantes crines
Asió veloz, y sepultó en su boca
Abierta con esfuerzo poderoso
La llama juntamente con la muerte.
Despójase el altar de sus antorchas
Y armas para el combate les ministra;
Suena en el bosque femenil gemido;
Los ungulados piés baten la tierra,
Y mézclase al tumulto del combate
Ruido de vasos con estruendo rotos,
Injurias, gritos, moribundos ayes.»
Así el viejo de imágenes osadas

Desarrolló el tejido portentoso,
En tanto que los niños asombrados
Contemplaban salir de aquella boca.
Raudo torrente de inmortal palabra,
Como en invierno la copiosa nieve
Cae en la cima del érguido monte.
A su encuentro con ramas en las manos,
Salen de la ciudad los moradores,
Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos,
Flor y ornamento de la isleña Sicos.
«Ven, elocuente vate, repetian;
Ven, armonioso ciego, á nuestros muros;
Alumno de las Musas, convidado
Al nectáreo banquete de los Dioses;
Nuestra isla habitarás, y quinquenales
Juegos celebrarán el fausto dia
En que holló nuestra playa el grande *Homero*

Santander, 6 de Diciembre de 1875.

## EL JÓVEN ENFERMO.

### IDILIO DE ANDRÉS CHENIER.

*Apollon, Dieu sauveur, dieu des savants mystéres.*

«Apolo salvador, Dios de la vida,
Dios del misterio y las salubres plantas,
Vencedor de Python, jóven, triunfante,
Apiádate de mi hijo, mi único hijo,
Y de su madre, en lágrimas bañada,
Que sólo por él vive, y moriria
Si perdiese la lumbre de sus ojos,
Que no ha vivido para verle muerto...
Su juventud ampara: jóven eres;
Extingue en él la fiebre abrasadora
Que consume la flor de su existencia.

Si logra libertarse del sepulcro
Y al Ménalo tornar con su rebaño,
Mis arrugadas manos, de tu estatua
Suspenderán al pié, de onyx la copa,
Y, cada estío, de un mugiente toro
La sangre correrá sobre tus aras.
¿Siempre, hijo mio, tu silencio triste
Inflexible será? ¿Matarme quieres?
¿En mi cana vejez abandonarme?
¿Tus párpados cerrar, unir tu polvo
Á las cenizas de tu padre debo?
Yo esperaba de tí tales cuidados;
Yo esperaba que el mármol de mi tumba
Regases tú con lágrimas y besos.
Hijo mio, ¿qué pena te devora?
Doble amargura entraña el mal callado.
¿Nunca alzarás los ojos abatidos?»
—«Adios, madre, me muero... ya no tienes,
No tienes hijo, madre muy amada;
Te pierdo, que una llaga me consume
Ardiente, venenosa... Con trabajo
Respiro apénas, é imagino siempre
Que en cada aliento huye de mí la vida.
No hablaré más... adios... me ofende el lecho,
El peso del tapiz... me oprime todo...
Ayúdame á morir, pónme de lado...
¡Ah! ya espiro... dolor...»

—«Ténte, hijo mio;
Toma esta copa, esta bebida apura;
Su calor te dará fuerzas y vida;
La adormidera, el díctamo y la malva
Y mil potentes zumos que dan sueño
Vertió á mi ruego en el hirviente vaso
La Tésala hechicera. Ya tres giros
Ha dado el sol, sin que tu boca á Céres
Ni tus ojos el sueño conocieran.
Toma, hijo mio, ríndete á mis ruegos...
¡Llora tu anciana, inconsolable madre;
Tu triste madre á quien amar decias;
La que otro tiempo dirigió tus pasos,
Te dió sus brazos, te ofreció su seno;
La que á hablar te enseñara, y muchas veces
Con su canto las lágrimas calmaba
Que arrancó de tus ojos infantiles
El brotar de los dientes doloroso.
Beba tu labio pálido y helado,
Que otro tiempo mis pechos oprimiera,
Jugo que nutra y tu dolor mitigue,
Cual tu infancia nutrió la leche mia!»
—«¡Valles, collados, bosques de Erimanto,
Viento sonoro y fresco que las hojas
Sacudes y las aguas estremeces,
Y levantas la túnica de lino
Que avara cubre su torneado seno...

De leves ninfas saltadores coros...
¿Lo sabes, madre mia? En la espesura
Del Erimanto ni los lobos vagan
Ni se arrastra la sierpe ponzoñosa...
¡Rostro divino, transparentes aguas,
Flores y danzas y sonoros cantos!...
¿Lugar más bello ofrecerá la tierra?
Ya no veré esos brazos, esas flores,
Ni los cabellos, ni los piés desnudos,
Blancos y delicados... Conducidme
Á los umbrosos bosques de Erimanto,
Y allí contemple á la doncella hermosa
Por la postrera vez... Alzarse vea
Del humo de su hogar larga columna;
Allí acompaña á su felice padre,
Con pláticas sabrosas encantando
Su tranquila vejez. ¡Dioses! la veo,
El vallado saltar, suelta la trenza,
Y luego á lentos pasos dirigirse
De su madre al sepulcro, donde llora,
Sobre él quedando pensativa, inmóvil.
¡Qué hermosa faz! ¡Qué dulces son sus ojos!
¡Ay! ¿llorarás así sobre mi tumba?
¡Ah! si exclamases, bella de las bellas:
«Crudas con mi amador fueron las Parcas.»
—«¿Conque es Amor insano, oh hijo mio,
Quien así crudamente te ofendiera?...

¡Hijo mio infeliz! Débiles somos,
Mas siempre nuestro amor al hombre hiere;
Cuando lágrimas corren en secreto,
Siempre por el amor son derramadas.
Mas, díme: ¿en la espesura de Erimanto
Qué vírgen viste, qué gallarda ninfa?
¿No eres rico tal vez? ¿No eras hermoso
Antes que tus mejillas marchitara
La dolencia fatal?... Habla, hijo mio:
¿Es Egle, hija del rey de la onda pura,
Ó Irene rubia, la de largas trenzas?
¿Será por dicha la belleza altiva
Que en templos, en festines es mirada
De madres y de esposas con espanto?
¿Será la hermosa Dáfnis...»
—«Calla, madre,
Calla, que es orgullosa, es inflexible
Como las inmortales, bella, altiva.
Por ella mil amantes anhelaron,
Y la amaron en vano... Como ellos,
Yo altanera respuesta hubiera oido...
No lo sepa jamás... Pero oye, madre;
Mira cuál pasan, ¡ay! mis tristes dias;
Mi ruego escucha, ven en mi socorro;
Yo muero... vé á buscarla... que tu rostro
Y tu vejez la imágen de su madre
Traigan á su memoria. El canastillo

Toma, y en él los más preciados frutos,
Y el *Eros* de marfil, la copa de onyx,
De nuestra choza espléndido ornamento.
Toma mis cabritillos, toma al cabo
Mi corazon, y lánzale á sus plantas.
Díla quién soy y díla que me muero;
Díla que no te resta hijo ninguno,
Abraza de su padre las rodillas,
Implora, gime y en tu auxilio llama
Cielos y tierra, Dioses venerandos,
Templos, altares y potentes Diosas.
Véte: si no consigues ablandarla,
Adios, mi madre, adios, no tendrás hijo...»
—«Hijo tendré: lo dice la esperanza.»
Sobre el lecho inclinóse, y en silencio
Cubrió la frente del dolor rendida
Con beso maternal mezclado en llanto.
Despues salió con paso vacilante
Por la edad y el temor, trémula, inquieta.
Pronto volvió ligera y anhelosa,
Gritando desde léjos:—«Hijo mio,
Ya vivirás.» Sentóse junto al lecho;
Tras ella sonriendo entró un anciano
Y una vírgen despues, en cuya frente
Mostró el rubor su púrpura divina.
Hácia el lecho miró, y el insensato
Ocultó tembloroso la cabeza.

Mas ella dijo:—«Amigo, de las danzas
Hace tres dias que tu ausencia advierto;
¿Por qué morirte quieres? Tú padeces,
Dicen que sola yo puedo curarte...
Vive y una familia formaremos,
Y tú padre tendrás, tu madre hija.»

Santander, 8 de Diciembre de 1875.

# NEERA.

## IDILIO DE ANDRÉS CHENIER.

*Mais telle qu'à sa mort, pour la derniére fois...*

. . . . . .

Como en su muerte, por la vez postrera,
El cisne gime, y falleciente entona
Dulce cantar al despedir la vida;
Pálida así, y en la mirada triste
Sombra funesta, desplegó sus labios
La ninfa, y dijo con susurro leve:
«¡Oh del Sebeto náyades ligeras,
Cortad las trenzas sobre mi sepulcro!
Clinias, adios; no volverá tu amada.
¡Cielo, mar, tierra, valles y torrentes,

Flores y bosques y repuestas grutas,
Traed continuo á su memoria el nombre
De Neera, su bien y sus amores;
De su Neera, que por él la casa
Dejara de su madre, y fugitiva
De ciudad en ciudad errante anduvo,
Sin atreverse á levantar los ojos
Delante de los hombres. Ora el astro
De los gemelos de la hermosa Elena
En el jónico mar tu nave guíe;
Ora de Pesto en el verjel lozano
Dos veces en el año frescas rosas
Corte tu mano por tejer coronas,
Si á la puesta del sol vaga tristeza
Mezclada de dulzura tu alma siente,
Llámame, Clinias: estaré á tu lado,
Ó tras tí volaré: mi espíritu errante
Gemirá ente las hojas de los bosques,
Descenderá en el seno de las nubes,
Llevaránle los vientos en sus alas,
O brotará de la marina espuma.
Como centella surcará los aires,
Leve cual sueño, sin cesar volando,
Y siempre tierno y amoroso siempre,
Mi acento blando halagará tu oido.»

Santander, 8 de Julio 1876.

# LA JÓVEN CAUTIVA.

ODA DE ANDRÉS CHENIER

ESCRITA EN LA PRISION DE SAN LÁZARO.

---

*L'epi naissant mûrit, de la faux respecté...*

«Sazónase la espiga,
Respétala la hoz;
No teme al viñadero
El pámpano lozano,
Y bebe del rocío
Dulce y sabroso frio
Que suave templa el estival calor.
»Yo, hermosa cual la espiga,
Jóven como la vid,
Aunque es mi vida triste

De penas agitada
Y siempre abrumadoras
Pasan mis largas horas,
Aun no quiero morir!
»Que con enjutos ojos
Y con serena faz
Caiga el estóico altivo
En brazos de la muerte:
Yo espero, y mi quebranto
Consuelo con el llanto,
Y la cabeza doblo
Si ruge el huracan.
»Levántola si pasa
Su soplo destructor;
Que si hay amargos dias
Tambien hay dulces horas:
¿Qué miel tras su dulzura
No deja la amargura?
¿Qué mar nunca ha sentido
Del Bóreas el furor?
»Mora en mi blando seno
Fecunda la ilusion:
En vano de una cárcel
Los muros me detienen;
Dáme alas la esperanza,
Cual ruiseñor se lanza
Ya libre de las redes

Del fiero cazador.
»¿Por qué inocente debo
Tan jóven, ¡ay!, morir?
Tranquila yo me duermo,
Despiértome tranquila;
Ni en sueño ni en vigilia
Con agudo tormento
Viene el remordimiento
Mi corazon á herir.
»Dánse los ojos todos
De verme el parabien,
Cuando abandono el lecho
Al despuntar el dia,
Y en esta mansion lúgubre
Mi aspecto sonrïente
Serena toda frente
Que abate el padecer.
»De este camino hermoso
Léjos estoy del fin:
Apénas he pasado
Los árboles primeros;
Apénas he tocado
La copa centelleante,
Sentada un solo instante
De la vida al festin.
»Estoy en primavera;
Quiero las mieses ver;

Quiero como los años
Seguir mis estaciones;
Quiero acabar el dia:
Ví sólo el alba hermosa;
Soy cual la blanca rosa
Adorno del verjel.
»Espera, negra muerte,
Aléjate de mí;
Hiere al triste que gime
De espanto y de vergüenza;
A mí el Amor me ofrece
Jardines deleitosos
Y cantos armoniosos:
Aun no quiero morir.»
Así burlando el tedio
De mis pesados dias,
Mi lira resonaba
La voz de una cautiva,
Y las amables quejas
De su boca sencilla
Al yugo de los versos
Mi labio sometia.
Testigos armoniosos
De mi prision prolija,
Al estudioso amante
De dulces armonías
Harán tal vez que inquiera

Quién la beldad sería:
En su voz y en su frente
La gracia sonreia,
Y cual ella, temieron
Ver acabar su vida
Aquellos que vivieron
Cerca de la *Cautiva*.

Santander, 10 de Diciembre de 1875.

## IMITACION DEL HIMNO Á GRECIA

### DE LORD BYRON.

(CANTO III DEL D. JUAN.)

---

*The isles of Greece, the isles of Greece.....*

Cícladas islas de la hermosa Grecia
Que el mar Egeo con sus ondas baña,
Donde surgiera la materna Délos,
Cuna de Apolo.
La ardiente Safo, del amor maestra,
En vuestras playas su laud tañía:
Aquí de Alceo resonó el divino
Plácido canto.
De vuestros campos en la verde alfombra
Manto de flores primavera tiende;

Aún lanza Febo sobre vuestras cumbres
Vívido rayo.
Todo se eclipsa menos vuestra gloria;
El bronce muere, y se deshace el mármol;
Mas queda el nombre del varon guerrero,
Prole de Marte.
Queda de Lésbos la armoniosa lira,
La voz sublime del Esmírneo ciego,
Y del de Teyo donairoso anciano
Cítara blanda.
Allende el ponto, cuyas iras doman,
Del vago viento en las veloces alas,
De donde nace á donde muere el dia
Vuelan sus cantos.
Desde la cima del erguido monte
De Maraton descubrireis el llano,
Y allá... más léjos... el hinchado golfo
De Salamina.
En otro tiempo, sobre aquesta roca
Un rey de reyes contempló altanero
El hondo mar que ante sus piés hervía
Lleno de naves.
Las ondas cubre innumerable armada;
Llena los campos multitud guerrera:
Hombres sin cuento, de su voz pendientes,
Callan atónitos.
Contólos Jerjes al brillar la Aurora,

Contólos luégo al espirar la tarde:
Millones eran al rayar el dia,
Ni uno á la noche.
¿Dónde los fuertes, los guerreros dónde,
Que amenazaban dominar la tierra?
El eco sólo responderle pudo
Ronco gimiendo.
¿Dónde hoy, oh patria, tus preclaros hijos
Armipotentes en la lid sañuda?
¿Por qué no suena en las tendidas playas
Grito de guerra?
Yace en el polvo la olvidada lira,
Y ya no late el corazon robusto;
¿Cuándo de gloria y libertad el himno
Libre resuena?
¡Ay! ¿Qué me resta en mi dolor inmenso?
Llanto y vergüenza por la patria esclava,
Bañad en lloro las que á Grecia oprimen
Duras cadenas.
—¡Ah, ni vergüenza en vuestra faz, ni lloro!
Descubre, ¡oh tierra! tu profundo seno,
Y tres siquier de los trescientos brota...
Tres Espartanos...
Como el fragor de los torrentes zumba
El de las sombras vigoroso grito:
«Alzad vosotros la dormida frente...
Uno tan sólo...»

Todos callais.—Nuevos cantares suenen;
Llenad las copas de espumante néctar;
Bélicos himnos el feroz entone
Tártaro errante.
—¿En vuestra afrenta dormireis tenaces?
¿Por qué no suena el belicoso canto?
¿Por qué no emprende la falange altiva
Pírrica danza?
Para fijar el pensamiento alado,
Cadmo inventó los perennales signos;
De los Argivos conservais las letras,
No sus laureles.
—Llenad las copas de espumante néctar,
Bebed de Sámos el ardiente vino
Que Anacreonte celebrara un dia
Plácidamente.
—Cantó Anacréon el amor y el vino,
Cual del tirano Policrátes siervo;
Mas era heleno Policrátes: cuna
Diérale Sámos.
¡Del Quersoneso vengador tirano,
Rompe los hierros que nos ligan hora;
Cargue tu brazo la pesada lanza,
Fuerte Milciades.
Llenad las copas de espumante vino;
Allá en las rocas de la antigua Suli
Quedan los restos de potente raza

Siempre guerrera.
Quizá hallaremos entre aquellos bravos
Quien nos conduzca á la tremenda liza,
Y tinto en sangre el fulminante hierro
Lleve al combate.
No de los Francos espereis la ayuda,
Que reyes tienen de venales almas;
Libres os hagan, para siempre libres,
Vuestros aceros.
—Llenad las copas de espumante vino;
Vírgenes dancen en la selva umbría;
Yo admiro el brillo de sus negros ojos,
Nidos de amores.
Mas ¡ay! ¿será que tan hermosos pechos
Deban un dia amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
Férrea cadena?
Conducidme á los mármoles de Sunio,
Donde acompañen mi gemir las ondas:
Yo entonaré, cual moribundo cisne,
Canto süave.
Nunca esta tierra habitarán esclavos;
Arme las diestras el fulmíneo acero;
Caiga en pedazos, de espumante vino
Rota la copa.

## Á VÉNUS.

ODA PORTUGUESA
DE FRANCISCO MANUEL (FILINTO).

Si ofrecí á tu Deidad, piadosa Vénus,
El corazon cautivo en lazos de oro;
Si lágrimas de amor, madre y señora,
Derramé en tus altares;
Si fiel esclavo, en tu sonoro templo,
Entoné sin cesar himnos alados,
Entre fragantes vaporosas nubes
De quemados aromas;
Si en otro tiempo descendiste afable
Con alma risa, halagadora y blanda,
A consolar en un divino beso
Tus fieles amadores;
Acuérdate del hijo de Ciníras,
Por quien las selvas sin cesar corriste:

¡Oh cuántas veces, al vibrar su arco,
Se estremeció tu pecho!
Del Símois hablen los piadosos olmos,
Que encorvados sus ramas enlazaban
Para ocultar los férvidos abrazos
Del bienhadado Anquíses.
Vió sin cendal el Frigio tu belleza:
A Anacreonte la vocal paloma,
En galardon de un himno, le cediste,
Cual voluntaria sierva.
Y yo que desde antiguo busco amante
En tu marmórea, inmóvil escultura,
Tu dulce hablar y movimiento airoso,
La lumbre de tu vista;
Yo que á tu hijo y á su arpon agudo
Dí sin recelo desarmado el pecho;
Yo que á tus ninfas de mi eólia lira
Cedí todas las cuerdas,
¿Por qué no logro descubrir tus formas,
Cual en Páfos te muestras, cuando en torno
Del cinto poderoso te sonríen
Las mal ceñidas Gracias?
Mas, ¿no soy digno...? Acreceré mis dones,
Suspenderé en tu templo ricos votos,
Y escribiré en sus postes inmortales:
«Esclavitud eterna.»
Doblando las rodillas, importuno

Tu mente ablandaré. Que así fué digno
Ese escultor rebelde á tus caricias,
Cuando te oró postrado
Que olvidada del loco menosprecio
Aliento dieses á su mármol frio...
Y se animó la piedra... azules venas
Entre la piel resaltan:
La boca se enrojece, arden los ojos,
Se encorva y mueve el bien torneado brazo:
De la lengua la voz atropellada
Anuncia al fin la vida.
¡Yo devaneo! El dardo enrojecido
Que Eros divino en mis entrañas clava,
En lágrimas de míseros amantes
Templado le tenía...
¡Vénus, Vénus! ¡Oh Diosa de ternura,
De blanda compasion perenne fuente,
Señora de benévolas florestas,
De enamoradas sombras!
Desciende á mí de las olimpias sedes,
Hazme feliz con tu divino acento,
Con tu presencia endiosa, dulce madre.
A este tu ardiente siervo.
No temas la sonrisa maliciosa
De las otras Deidades. Si la temes,
Transfórmate en Anarda: por Ciprina
Suele tenerla el orbe.

Ella tiene las áureas muelles trenzas
Que Adónis tantas veces por los bosques
Te coronó con húmedas verbenas
Y bien olientes flores...
Dáme que pueda, en tu disfraz iluso,
De sus labios beber la amante risa,
Y á las púdicas rosas de su cara
Llegar mi ardiente boca...
Pero, ¿qué extraño són se oye en el templo?...
¡Qué encanto en mis sentidos...! ¡Ya las aras
Mayor perfume espiran! ¡Alto asombro!
Más clara arde la llama.
Fausto signo las aras alboroza,
Huyen del cielo las pesadas nieblas:
El sol enciende en llama auri-rosada
El festivo horizonte.
Los prados se ornan de matiz extraño,
Nueva esmeralda cubre las campiñas,
Y los troncos arrojan nuevas flores
Por la copada rama.
La puerta resonó del alto Olimpo
Sobre el bruñido quicio bipatente:
Las columnas descubro de diamante,
Los sólios de carbunclo.
Los Dioses, asentados, radïantes,
La atencion inmortal con gusto inclinan
A la célica voz: la vista tienden

Al subyacente mundo...
Y llénanse los átrios, las arcadas:
Mil enjambres de alígeros Cupidos,
Flóreos arcos trabando, el aire rasgan
Abriendo alegre corte.
Por entre ellos, en rápidas coréas,
Los Juegos, los Amores van pasando,
Van las palomas y la concha leve
De la bella Erycina...
Sobre nosotros cae ardiente lluvia;
Amorosas centellas nos encienden,
Y por el seno van arrebatadas,
A calentar la sangre.
¡Qué vívida influencia omniparente
Se esparce y baja de la madre Tierra
A las entrañas! ¡Cómo hierve y bulle
Innúmera progenie!
Retumban en las hondas oficinas
Ecos gustosos de nacientes almas,
Que nuevos cuerpos á animar concurren:
Do quier corre la vida.
En las pendientes ramas balanceadas
Las tiernas aves, enlazando el pico,
Presienten en los trémulos arrullos
Los cercanos placeres.
Con auri-verdes colas escamosas
Cortando los Tritones las oleadas,

Tras las dulces Nereidas se arrebatan
En concertados grupos.
Los hirsutos caprípedos Silvanos,
Alzadas las cornígeras orejas,
La vista ardida, descompuesto el paso,
Se pierden por las selvas.
Prestas huid de su tenaz deseo,
Oh Ninfas que los miembros de alabastro
Bañais en la onda pura, ó á su vista
Tejeis ligera danza...
Con saeta sutil humedecida
En miel de Himeto, en Acidália fuente,
Embébese en mis férvidas entrañas
Insólita locura...
Ya desciende hácia mí buscando tierra
La cipria concha... Amor: que afable me oigas...
Vénus, en mi acatar, no en mis palabras,
Vé mi santo respeto.
Jove á tus votos siempre amigo sea;
¡Ah! nunca Adónis, nunca Marte frios...
Nunca el sol vengativo te descubra
Mal robados deleites... (1)

Lisboa, Setiembre de 1876.

---

(1) Esta oda, notable en algunos trozos por la elegancia y el brío, adolece en muchos otros de prolijidades, repeticiones y prosaismos. Con todo el respeto debido á Francisco Manuel, no he dudado en reducirla á menores proporciones, suprimiendo varias estrofas.

## LA NOCHE.

### ODA PORTUGUESA DE FRANCISCO MANUEL

(FILINTO ELYSIO.)

---

Diosa que esparces por la etérea zona
En mudo carro de ébano bruñido
Las sombras reposadas, los amores,
    El furtivo decoro;
Tú que acompañas como fiel amiga
En dulce cita al anheloso amante,
Y con tejido velo encubres robos
    De divinos placeres;
Tú que las leyes del Amor y Vénus,
Por quien revive sin cesar Natura,
Benigna extiendes en los áureos techos,
    En los callados bosques,

Y pides á los astros más propicios
Un débil rayo de modesta lumbre,
Con que los lirios del intacto seno
Tímida entrever dejas:
Oye, señora, los murmullos gratos
De mil amantes que por tí felices
Redoblan tu loor, pues tierno amparo
Siempre en tu sombra encuentran.
Escucha el són de la corriente rauda,
Que con sus dulces ayes inflamada,
Nuevo Alfeo, camina sin reposo
Al seno de Aretusa.
Son más dulces de noche y halagüeñas
Las caricias de amor. La luz patente
Del sol apaga el gusto: á los deleites
Pone el pudor mil trabas.
Mas la Ninfa que ve en el ancho cielo
Aquí Leda, allí Io, allá Calixto,
Y el cortejo de estrellas con que Jove
Honra á la Ináchia vírgen;
Que cual ella, en los montes, cabe el rio,
Otro tiempo esos astros se humanaron;
Y contempla los troncos que convidan
Con sus trémulas hojas,
Toma á Leda ó Calixto por modelo,
Cierra al recato la molesta boca,
Y con la misma mano, de su amante

Leda acaricia el rostro.
¡Noche mejor que el dia! ¿quién no te ama?
¿Quién no vive tranquilo en tu regazo,
Y lanza alegre de los lasos miembros
El fatigoso dia?
Tú das vida al verjel con tu sûave
Prolífico rocío: la alba rosa,
El lirio que doblara el sol ardiente
Elevan sus corolas:
Las penas y cuidados insaciables
Que el corazon remuerden como abrojos,
De la ambicion el perennal tormento,
Potro cruel del alma,
Cuando desciende el Sueño que á tu lado
Tardo dirige de ébano su coche,
Y derrama en los aires el aroma
De plácido sosiego,
Abandonando van con mansedumbre
Los instrumentos de hórrido suplicio
Con que afligen en vida al miserable
Que lanzarlos no osa,
Que por no despreciar honra y riqueza,
Es en terrena vida miserable
Baldon de la fortuna, vil cautivo
Del insolente orgullo.
Ven á tender sobre mi lecho, oh Númen,
Con mano amiga el manto de reposo

Negado á camas régias, y á artesones
De pérsicos tiranos:
Ven y consuela del rigor del hado
Y de la lengua de la envidia al vate
Que en el bien trabajó de sus hermanos,
La virtud enseñando.
Recógele en tu seno: soplo lene
Su frente anime y su semblante rojo
Con la llama que extiende por sus venas
Apolo embravecido.

Lisboa, Octubre de 1876.

## MIS CANTARES.

### ODA CATALANA DE RUBIÓ Y ORS.

---

*Si en mos cantars sensills, oh patria mia...*

Si en mi cantar sencillo, dulce patria,
Tierra sagrada do mi humilde cuna
Arrulló al triste són de sus baladas
Mi madre con amor;
Si en canto lemosin pudiera un dia
Retejer tu corona que hoja á hoja
Dispersó por tus fértiles llanuras
El secular rigor:
Del antiguo juglar la lira muda
Arrancaré de su húmedo sepulcro,

Y al genio que llorando entre sus losas
Aun vaga, invocaré.
Y despertando las que el mundo admira
Sombras sagradas de perenne gloria,
De tus condes y reyes las famosas
Batallas cantaré.
Jóven, oh patria, soy: mi mano tiembla
De Marchs y Jordis al pulsar el arpa,
De Cabestany el arpa en que de oro
La cigarra brilló;
Jóven soy, mas del nombre laletano
El recuerdo inmortal arde en mi mente,
Y lo que en años falta, en pátrio fuego
Mi pecho atesoró.
Duro el canto será: sin armonía
Saltarán de mi pecho ardientes sones,
Cual chocando el acero enrojecido
Chispas brillantes da;
Mas no los tachareis de bastardía,
Pues serán, aunque duros, lemosines,
Ricos de fe y amor y de gloriosas
Memorias de otra edad.
Libres serán cual águila en su vuelo,
Altivos cual los montes que sus crestas
Elevan hasta el cielo, y que la nieve
De mil años ciñó;
No en resonantes bóvedas erguidas

En ligeras columnas de oro y mármol
Darán venal laurel al que tan solo
Desprecio mereció.
Ni temas, patria, que en cantar alegre
Tus lágrimas insulte de viudeza,
Ni de los que tu cetro destrozaron
Recuerde á la vil grey.
Déme su fuego el laletano genio
Para cantar al mundo la alta gloria
De los que le impusieron algun dia
Su dialecto y su ley.
Infúndanme su aliento los *felibres*
Desde el marmóreo lecho do reposan,
Y en dulce lemosin, pues es la lengua
En que ruego al Señor,
Cantaré tus grandezas, Cataluña,
Tus condes y guerreros que en la arena
El pendon arrastraron de Mahoma,
Sarraceno traidor.
Cantaré al paladin que en las orillas
Del Jordán venerado, que tiñera
El Hombre-Dios con su divina sangre,
Por él su sangre da,
Y al gallardo doncel que ágil de planta,
Pendiente el arpa atrás que al viento gime,
Bajo el balcon dorado de su niña
Su trova á cantar va.

Y cantaré el amor y sus dulzuras,
Y de los montes las hermosas hijas,
De cuerpo más airoso que urna griega,
Más que la intacta flor:
Pues no siempre resuena en los palacios,
Ni en góticos castillos ni en ciudades,
Sino tambien en la cabaña humilde,
La voz del trovador.

# ODA Á BARCELONA.

TRADUCIDA DEL CATALÁN, DE D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

---

...y han escrito algunos, y entre ellos un grande estrellero llamado Rafael, en su *Judiciario*, afirmando que esta ciudad fué edificada en constelacion feliz, y que su fortuna y prosperidad se extiende á fecundidad de generacion natural, á larga sabiduría, á riqueza y honores temporales...

Sentada en una plana,
Cual de esmeralda sobre rica alfombra,
Favencia la romana,
A quien prestan, galana,
Su espuma el mar y Monjuich su sombra;
Sobre un mosáico erguida

De oro y verdura do su muro asienta,
En la playa dormida
Que, al besarla atrevida,
La onda marina en rico velo argenta,
Parece reina hermosa,
De su baño al salir medio vestida,
Que contempla gozosa
Su diadema orgullosa
En el cristal que á verse la convida;
Una princesa esclava
Que su hermosura, de soberbia llena,
Mirando en la onda brava,
No se acuerda que traba
La nieve de su pié férrea cadena.
Aparta, Barcelona,
La vista de ese mar que tus piés baña:
Si ves noble matrona
Con la condal corona,
No la creas, ¡ah! no, la onda te engaña;
Mas si te miras bella,
No miente, no, tu espejo, ciudad mia,
Que puede una doncella,
Gentil como una estrella
Ser hoy esclava, aunque fué reina un dia.
Gentil áun eres, Favencia,
Pues te dejó la fortuna
Tu mar que argenta la luna,

Tu fértil dorado suelo,
Y un dosel rico de estrellas
Para tus noches hermosas,
Más gratas y deleitosas
Cuanto más crece tu duelo.
Ella á tus piés ha extendido,
Ciudad, para engalanarte,
Una alfombra do sentarte
Bordada de mil colores,
Y una mar que alegre juegue
Para mojarte atrevida,
Y en su espuma destejida
Te haga velos de vapores.
Áun eres encantadora
Con tus cien torres que pinta
El sol, de rojiza tinta
Sobre el fondo azul del cielo:
Altos montes por guardarte
Del viento helado te ciñen,
Y hienden para mirarte
De nubes el negro velo.
Mas ¡ay! que tu adversa suerte,
Oh Condesa sin corona,
Más que en belleza te endona
En grandeza te ha robado,
Y tu ángel y tu estrella
Ya no protegen tus muros,

Porque se ha eclipsado aquella
Y al cielo el ángel tornado.
¿Guardar tu famoso alcázar
De qué te sirve, señora,
Si no conservas ahora
Áureo trono, excelsos reyes?
¿Por qué ya de los *Usatges*
El código no perece,
Si ningun pueblo obedece
Tus casi olvidadas leyes?
En un tiempo las ciudades
Por tus hijos domeñadas,
Á tus piés arrodilladas
En señal de vasallaje,
Á más de su lanza y cetro,
De su blason y bandera,
Pusieron, ciudad guerrera,
Sus puertas en homenaje.
En un tiempo, libre y fuerte
Del mar el cetro regías,
Y cual Venecia tenías,
Un ciudadano senado,
Sin *duxes* que conspirasen
Para usurpar sus gramallas,
Sin *puñales* que guardasen
La libertad del Estado.
Ántes, del mar al alzarse

Alegre el sol te miraba:
Con tristeza, al ocultarse,
Hoy te mira, tras la cumbre,
Viendo que sólo una urna
De nobles recuerdos llena,
Medio perdida en la arena,
Baña su radiante lumbre.

. . . . . .

Ya no salen las hermosas
Á las góticas ventanas
Á contemplar ruborosas
Al jóven doncel galan,
Que por los huecos miraba
De la rajada visera,
Haciendo ondear su bandera,
Sobre tostado alazán.

Ya la plaza, Barcelona,
Do celebrabas tus fiestas,
Siglos há que no resuena
Del rey de armas al clamor,
Del rey de armas que aclamaba
A la reina de las bellas
Y con gritos excitaba
Al fiero mantenedor.

De los torneos que un dia
Festejaron tus victorias,
Vése sólo en las historias

Algun recuerdo brillar,
Pues tus paladines duermen
En góticas sepulturas:
Cúbrenles sus armaduras,
Cual si aun quisiesen lidiar.
Reina del mar, tus galeras
El mar las ha consumido;
Rasgó el viento las banderas
Que acatara todo rey;
Ni tienes Rogers de Lluria
Contra enemigas armadas,
Ni Erils, Entenzas, Moncadas
Dan á cien pueblos tu ley.
¿Qué dirias á tus padres
Que el mundo de gloria hincheron
Y en sangre mora tiñeron
Las ondas del Llobregat,
Si alzados de sus sepulcros
Hoy te pidiesen, Favencia,
Cuentas de la rica herencia
Que atesorara otra edad?
Tú, que hasta la dulce lengua
Que tus poetas usaron,
Y en que á Dios y al rey hablaron
Cien varones de alta prez,
Has, ingrata, despreciado
Cual desprecia una doncella

El velo que, segun ella,
No orna bien su nívea tez.
Y sin quejarte sufriste
Que bastardos maldecidos
En hora mala nacidos
Tu gloria para manchar,
Los mármoles destrozasen
Del sepulcro de tus condes,
Y de tus Jáimes osasen
Las cenizas aventar.

---

Álzate, Barcelona;
Harto estuviste sierva y humillada:
Mira que una corona
Grande cual la pasada
Tal vez te guarda el cielo en régio dón:
Sal ya de tu apatía;
Mira que nuestros hijos con severa
Voz te dirán un dia:
«¿Qué fué de tu bandera?
¿Dó tus guerreros, dó tus reyes son?
¿Dó están de nuestros padres
El patrio amor, la noble fortaleza;
Dó los códigos sabios
Que para tu grandeza
Más pueblos conquistaron que el rigor?
¿Qué fué, segunda Roma,

De tus blasones, arsenales, fustas;
Qué has hecho de tu idioma,
De tus florales justas,
Del arpa y el cantar del trovador?»
  Y tú, ciudad gloriosa,
Cual soldado que mientras galanteaba
Á su doncella hermosa
Y trovas le cantaba
Su ponderosa lanza abandonó,
Así, de rubor llena,
Dirás tal vez en medio á tu amargura,
Mostrando la cadena
De tu esclavitud dura:
«Sólo esto de mis glorias me restó...»
  Álzate, Barcelona;
De nuevo ocupa del saber el ara;
Recobra tu corona,
Pues áun por dicha rara
Á tus patronos reverencia dás:
Recuerda tu grandeza,
Y tu gloria recuerda ya eclipsada,
Y torne con presteza
La edad afortunada
De Pedros, Cabestanys y Berguedás.
  Y como al sol aclama
El universo, rey de las estrellas,
Porque en rayos de llama

Y en fúlgidas centellas
Les da fuego, hermosura y resplandor,
Otra vez admirada
Su reina así te aclamará la tierra,
Y no porque domada
La tengas en la guerra,
Cual la tuviste en otra edad mejor.
Sino porque las ondas
Cortando tus carenas,
Cual corta el pez los líquidos cristales,
Irán á otras regiones,
De tus riquezas llenas,
Trayendo en cambio fúlgidos metales.
Y sabios ciudadanos
Producirás al mundo,
Que áun admira la gloria y la grandeza
De aquellos laletanos
En armas invencibles,
Grandes por su saber y fortaleza.
Y de nuevo extasiada
La tierra al són del arpa
Que los Marchs y los Jordis te legaron,
Del arpa que olvidada
Tus hijos ¡oh vergüenza!
En sus sepulcros húmedos dejaron,
Caerá á tus piés, Condesa,
Como á los piés un jóven

Cae de la niña, de su amor señora,
Y tendrás, cual princesa
Del saber y los versos,
Altares desde Ocaso hasta la Aurora.
  Y cuando en voz severa
Nuestros hijos pregunten:
«¿Qué fué de tu armadura y tus blasones?»
Mostrando la bandera
En que brillan las barras
Al lado de las torres y leones,
  Decir podrás entónces:
«Ya colgué la armadura;
Que el tiempo de mis guerras ha pasado,
Y confié á la bravura
Del Leon la custodia
De mi escudo con sangre blasonado.»

Santander, 1.º de Agosto de 1876.

# POESÍAS ORIGINALES.

## EPÍSTOLA Á HORACIO.

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino:
En sus hojas do quier, por vário modo,
De diez generaciones escolares
A la censoria férula sujetas,
Vése la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latin sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones várias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados,

Y *addenda* y *expurganda* y *corrigenda*,
Todo mezclado con figuras toscas
De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algun ocioso en solitarios dias
Trazó con tinta por la márgen ancha
Del tantas veces profanado libro.
Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edicion rica y suntuosa:
No salió de las prensas de Plantino,
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
Ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
*Ad usum scholarum* destinóle
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela,
Ajado y roto, polvoroso y sucio
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lácio el Ateniense envidia.
¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,
A cuántos quitó el sueño ese volúmen,
Lidiando siempre por alzar el velo
Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
A quien perseveró en la ruda empresa,
*Y cuánto de sudor y de fatiga*

A ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar á tu contacto
Miles de ideas en algun cerebro;
Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo
El ritmo universal le revelaste.
Por tí la antigüedad surgió á sus ojos;
Por tí Vénus Urania, de los cielos
Bajó á las mentes de adorarla dignas,
Y allí habitando, cual perfecta idea,
Dió vida á su pensar, norma á su canto.
¡Cuánta imágen fugaz y halagadora,
Al armónico són de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante,
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente,
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclínios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas:

En Olimpia, cien carros voladores;
En las ondas del Adria, la tormenta;
En el cielo, de Júpiter la mano;
La Náyade en las aguas de la fuente,
Y allá en el bosque tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,
Por quien los áureos venusinos metros
En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo.
  Yo tambien á ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio;
Yo tambien en sus páginas bebia
El vino añejo que remoza el alma.
Todo en tí lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazon romano;
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirámbo que á los cielos toca,
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El *Otium Divos* que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.
  La belleza eres tú: tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona las preseas

Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindióte Jónia las melosas voces
Con que Anacréon arrulló á Batílo,
Tébas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante
Y al vencedor en la cuadriga rauda;
Del enemigo de Licambo hubiste
El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con férvidos amores
A bien trenzadas vírgenes Lesbianas,
Y el són de Alcéo entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.
Todo, rey de la lira, lo abarcaste,
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concision, secreto de tu númen.
En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía;
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley que á los Helenos
¡Las hijas de Mnemósine enseñaron.
T iempo feliz de Griegos y Latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;
Eterna juventud, vigor eterno,
Culto sublime de la forma pura,

Perenne eocacion de la armonía!
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al Sicámbro y al Scita,
Ó al Germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Páros.
¡Léjos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De Teutónes y Slavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por tí no pronunciables,
Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
El habla de los Dioses enturbiando,
Tu nombre borrarian?
Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin ántes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefíso, del Eurótas,
Del Ebro patrio ó del dorado Tajo.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio,
Yo soy latino, y adorarte quiero;
Anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente,
Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y á los tormentos inmutable torne:
Que entre las ruinas del vencido mundo
Caiga el atroz Caton, nunca domado:
Que Druso á los Vindélicos aterre
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada:
Que las torres de Ilión maldiga Juno
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inícuo juez y la extranjera:
Que de Pálas la égida sonante
A los Titanes otra vez resista:
Que las Danáides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos:
Que el níveo toro, á la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada Ninfa:
Que los corceles del rugiente trueno
Lance el Saturnio por el aire vago,
Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varon constante.
¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu añejo vino,
A Baco ver entre escarpados montes,
A Fáuno amante de ligeras ninfas,

A Hérmes facundo, y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lídias y Glicéras
Posar la frente, al reclinar la tarde,
Orillas de la fuente de Blandusia,
Ó ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilon con ímpetu sacude,
Amansar su rigor y su soberbia,
Ó volar con la nave de Virgilio
Que hácia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.
¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,
El *Carpe diem* que al placer anima,
El *Rectius vives* que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasípo conversar y Davo,
Reirme de epicúreos y de estóicos,
Viajar á Bríndis, escuchar á Ofelo,
Sentarme en el triclínio de Mecénas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo á los Pisones.

Vengan dáctilos, yámbos y pirriquios,
Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego
Y dancen cual las ninfas desceñidas
Que con rítmico pié baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrion, ante su lumbre
Disípense otra vez. Torne el radiante
Sol del Renacimiento á iluminarnos,
Cual vencedor de bárbaras tinieblas
Otro siglo lució sobre el Oriente,
Los pueblos despertando á nueva vida,
Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados
Una sola familia, un pueblo sólo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazon cristianos.

¡Esa la ley será de la *armonía!*
Así Leon sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.
¡Adios, adios, monarca de la lira!
En vano el Septentrion hordas salvajes
De nuevo lanzará: sobre las ruinas
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel é innúmeras erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.

Santander, 28 de Diciembre 1876.

## Á EPICARIS.

Yace en la mente del Señor oculta
De la hermosura la fecunda *idea*,
Que nuevas formas incesante crea
Y, á pár que las acendra, las sepulta.
Océano insondable y sin riberas
Que alimenta la vida con sus aguas;
Encendido volcan en cuyas fraguas
Del existir se inflaman las lumbreras.
Todo nació de allí, y en raudo vuelo,
Girando en torno de la luz fulgente,
Cual pabellon inmenso y esplendente
Tendió sus alas el etéreo cielo.
Y luégo obedeciendo á la *armonía*

Que se encarnaba en la materia oscura,
Surgieron á bordar su vestidura
Orbes de luz, de la extension vacía.
Y el modelo inmortal de la belleza,
Al traducirse en la celeste forma,
Al astro prefijó número y norma
Y un rayo le prestó de su grandeza.
Ese invisible espíritu potente,
Oculto engendrador, alma del mundo,
Que derrama do quier soplo fecundo
Y es de la vida inextinguible fuente,
Penetró de la tierra por las venas,
Y la llama encendió de sus entrañas,
El centro fecundó de las montañas
Y animó de los mares las arenas;
En partes cien el polvo congregado,
Toda existencia el orbe producia,
Y á par de la existencia la *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.
*Ritmo* que guia al huracan tronante
Y la tormenta y la quietud dirige,
Y el vuelo errante de las aves rige
Y los murmullos de la mar sonante;
Que del íris extiende los colores
Y la luz del relámpago rojiza,
Y los sedientos campos fertiliza,
Y exhálase, en aroma, de las flores;

Que en la piedra, en el bruto y en la planta
Las huellas imprimió de su destino,
Y en el hombre encendió fuego divino
Que á la fuente del ritmo le levanta.
Por eso quiere el pensamiento humano
Sin velo percibir lo inteligible,
Y á la cumbre llegar inaccesible,
Foco de la belleza soberano.
Cuanto sus ojos miran, es espejo
Roto y quebrado de la pura *idea*;
Con sus fragmentos otro mundo crea,
Del mundo superior débil reflejo.
Y otro mundo despues... Mas nunca llega
A realizar el sueño de su mente;
De su razon los límites presiente,
Y el mundo material su vista ciega.
Entónces condensando la hermosura
Que en los séres contempla dividida,
En un símbolo externo le da vida,
Y encarna al fin su concepcion oscura.
Y le tributa adoracion é incienso,
Rinde á sus piés las obras de su mano,
Y enlaza en pensamiento soberano
La belleza mortal al tipo inmenso.
Una mujer... De allí la mente alzada
Nuevas bellezas rápida eslabona,
Y entreteje magnífica corona

Para adornar las sienes de su amada.
Roba á la Aurora perlas y fulgores,
Detiene al sol en su abrasado vuelo,
Concentra el ritmo de la tierra y cielo,
Olas, estrellas, vientos bramadores...
Y al ver en cifra la beldad primera,
Levanta el hombre su inspirado acento,
Y responde al armónico concento
Que rige y mueve la celeste esfera.
Del vivir en el sueño arrebatado
Buscaba yo tambien, señora mia,
Cual luz de la existencia la *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.
Y no calmaron mi incesante anhelo
Del arte griego las ficciones suaves,
Ni docta ciencia con discursos graves
Logró arrancar el tenebroso velo.
Yo ví discordia que do quier estalla,
En el mar, en los cielos, en la tierra;
Ví el apetito y la razon en guerra,
Todos los elementos en batalla.
Mas ví principios de belleza en todo
Y quise penetrar su oculta esencia;
Recogí su influjo y su presencia
Hasta en el seno del informe lodo.
Y un *símbolo* busqué para en sus alas
Alzarme al trono de la suma *idea*,

Y contemplar, aunque en reflejo sea,
De la hermosura las perennes galas.
Tú fuiste, amada, el *símbolo* elegido
Para encarnar mi pensamiento vago,
Pues de tus ojos el celeste halago
Rompió la niebla en que yací dormido.
Yo en ellos ví, como en espejo puro
Nunca empañado por terreno aliento,
La imágen de mi propio pensamiento,
Ya más alto y tenaz, ménos oscuro.
Ví la belleza en tu gallarda forma
Traducirse por fin, libre de velos,
Y el saber de la tierra y de los cielos
Dar á tu rostro perfeccion y norma.
Y como el griego artífice eminente,
Al contemplar el mármol que labrara,
Ardió en amor de la hermosura rara,
Cifra de la grandeza de su mente,
Yo, mi dulce Epicáris, extasiado
Ante la gracia que en tu faz reía,
En tí adoré la plácida *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.

# SAFICAS.

## I.

### UNA FIESTA EN CHIPRE.

(IMITACION DE LA POESÍA GRIEGA Y LATINA.)

EL SACERDOTE.

Cantad, mancebos, á Afrodita Cipria;
Cantad, doncellas, al Amor su hijo:
Humo de incienso á la region etérea
Ya se levanta.
¡Léjos, profanos! nuestro canto empiece,
Se alce sublime á celebrar la gloria
De aquella Diosa que en Gnido (1) impera,
Reina de Páfos.

(1) Yo pronuncio *Egnido*

Al blando ritmo de la griega musa
Herid las siete resonantes cuerdas
De la áurea lira, que pulsara en Lésbos
Mísera Safo.

CORO DE MANCEBOS.

¡Madre Afrodita! ¡tu sagrado númen
En dulce fuego al universo inflama!
Tú las semillas de potente vida
Lanzas al orbe.
Caen de la tierra en el fecundo seno,
Y se produce en la extension inmensa
Generacion de voladoras aves
Hijas del viento.
Todo se anima, y tu presencia siente
El rudo tronco y el peñasco altivo,
Y hasta la cima del Pelión cubierta
Siempre de nieve.
Inspira leve susurrando el aura
Sueño de amor en la estacion florida,
Y vierte Cintio en la campiña amena
Plácida lumbre.
Y *Eros* veloz, que revolante sigue
El áureo carro de su madre hermosa,
Con sus arpones sin cesar enciende
Fuego de amores.
Siéntele el rey de las umbrosas selvas

Y á la leona con rugido llama,
Y tras la vaca el anhelante toro
Corre mugiendo.
Llenan los bosques con alegres trinos
Aves prendidas en el blando lazo,
Y las caricias de su amor oculta
Trémula rama.
Y hasta los monstruos que la mar encierra
Ríndense, Cipria, al seductor hechizo,
Y el Ceto inmenso y el de fina escama
Rombo preciado.
Todo obedece á las eternas leyes,
Y Amor propaga las especies todas.
Salud, ¡oh Reina! nuestros votos oye
Plácidamente.
Arda el incienso en tu marmóreo templo,
Suene la voz del sacerdote augusto,
Y á Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

EL SACERDOTE.

Vírgenes Ciprias, comenzad el canto;
Soltad los lazos de las negras trenzas,
Y al engendrado del Saturnio Jove,
*Eros* divino,
Al de las flechas y dorada aljaba,
Al de los Dioses y los hombres dueño,

A quien dió á luz en los Idálios bosques
Bella Citéres,
Celebrareis en melodiosos himnos
Que lleve el viento en sus ligeras alas
Al blando lecho donde unido á Psíquis
*Eros* reposa.

CORO DE DONCELLAS.

*Eros*, enciende en los humanos pechos
Fuego de vida, poderosa llama:
Tú á las eternas del amor presides
Dulces ternezas.
Por tí en el carro de la blanca Aurora,
Por tí en los rayos de Hiperión ardiente,
Por tí en las sombras de la noche oscura
Vuela un gemido.
Lánzale el pecho de la ninfa griega
Por quien suspira el amador errante:
Une sus almas en eterno beso
Céfiro leve.
Suena en las selvas amoroso canto,
Sienten las Driádas tu divino aliento,
Y las Nayádes en su opaca gruta
Bajo las ondas.
El aura gime por las tiernas flores,
Besan las olas la escarpada orilla,
Todo se inflama, y al placer convidan

Tierras y mares.
Deja en el Látmos su argentino carro,
Para besar al cazador arcáde,
La de los labios de purpúrea rosa
Febe divina.
Rinde Poséidon su tridente agudo,
Sigue veloz á la marina Tétis,
Y da á los reinos del cerúleo ponto
Nueva progenie.
Rinde sus flechas el Latonio Febo,
Rinde Atenéa su potente egída,
Rinde el Tonante su temible á reyes
Rayo trisulco.
Hiende las nubes el ligero carro
De aquella Diosa que en Egnido impera,
Y revolante la carroza sigues,
Hijo de Cipria.
Hiera tu arpon desamorados pechos,
Arda de amor el corazon amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

CORO DE MANCEBOS.

Tierna doncella es semejante á rosa,
Que nace y crece en el jardin cercado,
Y se marchita sin que el tallo corte
Mano süave;

Mas si se une en deleitoso nudo
A aquel mancebo que su amor desea,
Es como vid que se entrelaza al olmo
Fuerte y robusto.
Rendid, doncellas, vuestro pecho tierno;
Amad, vosotras, si el amor quereis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y *Eros* inflame sin igual placer.

CORO DE DONCELLAS.

Rendid, mancebos, vuestro pecho altivo;
Amad, vosotras, si el amor quereis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y *Eros* inflame sin igual placer.

EL SACERDOTE.

Concede, madre, á su ferviente anhelo
Digna progenie, sucesion gentil;
Grecia los mire en la robusta liza
Fuertes y altivos entre griegos mil:
Lloren sus padres con inmenso gozo
Al ver sus hijos en la olimpia lid;
Sean las hijas cual su Madre hermosas,
Sientan de amor el corazon latir:
Y Amor enlace á las doncellas ciprias

Con los mancebos, por edad sin fin,
Como alzando sus pámpanos hermosos
Únese al olmo la corintia vid.

CORO DE MANCEBOS.

Arda el incienso en tu marmóreo templo,
Suene la voz del sacerdote augusto
Y á Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

CORO DE DONCELLAS.

Hiera tu arpon desamorados pechos,
Arda de amor el corazon amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

Santander, Abril de 1875.

## SAFICAS.

### II.

### ANYORANSA (1).—Á EPICÁRIS.

Sueña el poeta en las nocturnas horas
Sueño de amores que el amor inspira:
Vision divina su dormida frente
Pasa tocando.
Así descansa el inocente niño
En el regazo de su tierna madre:
Sobre él el ángel de doradas alas
Tiende su manto.
¿Quién no ha soñado una region más pura

(1) Palabra catalana sin equivalente en castellano. Corresponde á la portuguesa *saudade* (dulce tristeza).

Que siempre baña refulgente lumbre?
Nunca en sus mares la cuadriga Febo
Rápida esconde;
Crece en sus prados la purpúrea rosa
Libre del cardo y la punzante espina:
Teje Citéres de florido mirto
Bella corona.
Juega veloz en deleitosos huertos
Aura cargada de perfumes leves:
Arenas de oro en su corriente rauda
Llevan los rios.
Nunca la escarcha sus campiñas cubre,
Nunca el granizo sus sembrados hiere,
Jamás la nieve la escarpada cumbre
Ciñe del monte.
No se marchitan las gayadas flores,
Siempre renueva su verdor la tierra.
Fecundo aliento productor de vida
Lleva en su seno,
Aura vital que por do quier circula
Desde la piedra á la robusta encina,
Y en cuanto existe omnipotente inflama
Fuego divino.
Amor respira el deleitoso suelo,
Amor exhalan las abiertas rosas,
Y allá en la selva el ruiseñor repite
Trinos de amores.

Lavan del rio en las serenas aguas
Ninfas hermosas sus gallardas trenzas,
Ó tejen de oro, en escondida gruta,
Tela preciada.
Nunca el jardin de la hechicera Armida
Mostró á los ojos tan gentil encanto,
Como la tierra que en dorada imágen
Sueña el poeta.
Allí domina en elevado alcázar
Reina del bosque y la floresta umbría,
Cifra inmortal de la belleza suma,
Cándida vírgen.
En ella encarna la celeste *idea*
Que en la alta mente del Señor reside,
Aurea cadena que la tierra enlaza
Con el Empíreo.
Fuego de vida su mirar destella,
Toca la tierra su ligera planta,
Y entre las nubes al Olimpo claro
Alza su frente.
No vista humana á resistir alcanza
El puro brillo de sus ojos bellos,
Do se refleja de increados soles
Lumbre perenne.
Ni puede el hombre penetrar su acento
Que, resonando en la celeste esfera,
Presta al concento de los orbes de oro

Número y ritmo.
La vaga imágen que en el sueño viera
Traduce el vate en la mujer que adora;
Himnos y flores, del amor tributo,
Pone á sus plantas.
Tal á su Laura concibió el toscano;
Tal adorara en Beatriz el Dante,
Que puso en ella del saber divino
Símbolo eterno;
Tal Ausias March á su edetana altiva,
*Lirio entre cardos*, celebró gimiendo,
Y el divo Herrera á la de negros rizos
Bella Eliodora.
Tal una imágen de beldad y gloria
Yo persiguiera en infantiles sueños:
Buscó su númen mi agitada mente
Sobre la tierra.
Y aparecióme en la tendida playa
Donde potente se elevó *Favencia*,
Reina de reyes en pasados tiempos,
Reina de naves.
Cual de la blanca y ondulosa espuma
Del mar Egéo, que la Grecia baña,
Vieron los Dioses con asombro alzarse
Nítida concha;
Y como perla de su oculto seno,
Mostrar la Diosa de Citéres bella

Los lácteos miembros que el Amor torneara
Plácidamente;
Tal á mi vista apareció radiante,
Dulce Epicáris, tu beldad suprema,
Que festejaban con amante arrullo
Ondas y vientos.
Mórbida imágen de estatuaria griega,
Mármol semejas que labrara Fídias
¡Oh si en tu gloria resonara acaso
Lira pelasga!
Hija, cual yo, de la Cantábria fuerte,
Solo en tocar las laletanas costas
De nueva luz y de hermosura nueva
Tú las vestiste.
Huyó contigo mi perdida calma
De nuestra patria á los augustos lares,
Y desde entónce, en soledad oscura
Yo me lamento.
Pero un reflejo de la clara estrella
Que de mi vida alumbrará el camino
Viene tal vez á consolar mi duelo
Lánguidamente.
Y la *anyoransa* que en mi pecho anida
Tal vez anhela por la cara tierra,
Ó reproduce la divina imágen
De mi adorada.
Vuela, alma mia, á la region hermosa

Donde arrullara mi ondulante cuna
Del mar profundo y el airado viento
Ronco silbido:
Tráeme veloz en tus flotantes alas
Dulce recuerdo de mi amada ausente,
Y en la *anyoransa* á consolarme vuelva
Plácido sueño (1).

Barcelona, 1873.

---

(1) Por condescender al deseo de algun amigo, he insertado esta composicion semi-infantil, harto débil, y muy anterior en su fecha á las demas de la coleccion. Ni siquiera he corregido los versos no sáficos que tiene.

# CANTOS LATINOS

Á IMITACION DE LOS QUE COMPONIAN
LOS GOLIARDOS Ó ESTUDIANTES JUGLARES
DE LA EDAD MEDIA.

---

## I.

Ave Salmantina
Civitas gloriosa,
Gloria litterarum
Semper speciosa.
Ecce tibi venit
Pauper scholaris:
Hujus vitæ et morum
Fortè recordaris.
Gaudens in taberna
Ludere et cantare:

Vinum sine nummis
Semper degustare.
  Gaudens in quadriviis
Domnam osculari,
Virgines et nuptas
Céler insectari.
  Quando venit lena
Leniter insidens,
Ego dico: «adsum»
Tacite subridens.
  Fuit obnoxia feminis
Vita Salomonis:
Femina desecuit
Comam et vim Samsonis.
  Stagirita clericus
Dicitur insanuisse:
Pro onere suam puellam
Humeris imposuisse.
  ¡Oh sapiens Aristoteles,
Quam dulce onus portabas!
Interdum hujus crura
Pro libito tractabas.
  ¿Quis nescit Virgiliumque
Pendentem de cistellâ?
Ridebat omnis Roma,
Ridebat ejus puella.
  Sed post luxerunt omnes

Cum ignem extinxisset,
Et solum inter femora
Infidæ reliquisset.
  Nec Decretalia lego,
Nec libros Pandectarum,
Erit mihi solus Naso
Magister Sententiarum.
  Et Pamphilum pertracto
*De vetula* scribentem,
Et Apulejum Aphrum
Sub asino rudentem.
  Hoc ignorantur laici,
Sed scitur in scholis:
Non sum peritus juris
Sed in amorum dolis.
  Uror amore puellæ
Nec jam maturam sperno:
Illa est decora facie,
In hac sapientiam cerno.
  Non solum pulchritudine
Sed venustate capior,
Et lascivienti risu,
Cultu et munditiis rapior.
  Et Mauras et Judaeas
Simul fideles amo:
Et fremens sicut cervus
Pro eis semper clamo.

Versatus sum Parisiis
In prato Clericorum:
Edoctus sum Germaniæ
In terra Goliardorum.
Scio ludere aleâ,
Et cantilenas pangere,
Et rhytmice saltare,
Crumata et tibiam tangere.
Scio vina discernere
In poculis commixta:
Agnosco odorem aquæ:
Fugio velut arista.
In potatorio carmine
Nulli secundus cedo,
Et carmina pro poculis
Omni pincernæ reddo.
Sum vagus sicut ventus
Et liber sicut avis:
Me rapiet usque ad mortem
Illa stultorum navis.

Santander, Enero de 1878.

## CANTOS GOLIARDESCOS.

### II.

In tabernam ingrediamur,
Scholares et goliardi:
Eja, age, surge, Domine,
Nobis porge vinum bonum,
Ut tui nomen celebremus
Et cum tibiis personemus.
¡Bonum verbum, dulcis risus,
Et jucunda semper facies:
Nunc, sodales, est bibendum,
Inter pocula canamus:
Eja, age, surge è lecto,
Et nos accipe sub tecto.

Curre, curre, cela uxorem,
Si sit juvenis et pulchra:
Curre, curre, natam cela
Ne marcescat flos innuptæ:
Quamquam semper in taberna
Filia pulchra sit pincerna.
Venustatem et munditias
Nunquam ponas juxta Bacchum,
Quia cum Baccho calet Venus:
Haeret ignis in medullis,
Et non sufficit prudentia:
Clericorum ait scientia.

CORO.

Aperi portas, janitor,
Audi ut sibilat ventus,
Turboque mixta grandine
Segetes lætas verberat.

## A C.....

Preguntas, prima mia,
Por qué medito y callo:
Decírtelo querría,
Mas ni palabras hallo,
Ni osa afirmar mi lengua
Lo que soñó mi amor.
Allá en remota altura,
Espléndido y sereno,
De gracia y hermosura
El ideal heleno
Mis infantiles sueños
Tal vez acarició.
Emblema del deseo
Del ánima encendida,

Del seno del Egéo,
Á embellecer mi vida
Las Horas y las Gracias
Brotaban á la par.
Las Gracias que derraman
Belleza en los mortales;
Las que al artista llaman
Á amores celestiales;
Las que ensalzaba Píndaro
En cántico triunfal (1).
De ellas procede al hombre
Virtud, valor y gloria;
De ellas el alto nombre,
La peregrina historia,
Cuanto levanta el alma
A célica region.
Cuanto de ritmo vago,
De mística armonía,
De número y halago
Naturaleza cría,
Reflejo es de las Gracias,
Es eco de su voz.
Las ví agitar terribles
Las cántabras espumas;
Y mansas y apacibles,

(1) Olimpiaca XIV.

Sin nubes y sin brumas,
El golfo de Parténope
Ceñir y embellecer.
  Las admiré do quiera,
Y el ánimo extasiado
Á la superna esfera
Volar quiso inflamado:
Un rayo de aquel fuego
Pedí para mi sien:
  «Yo anhelo ver la *idea*
En *forma* traducida,
Y que esa *forma* sea
La lumbre de mi vida:
¡Que las helenas Gracias
Me envuelvan en su luz!»
  Aquel extraño anhelo
Al fin cumplirse miro:
Desciende ya del cielo
La Diosa en raudo giro,
Hermosa cual las Gracias,
Hermosa como tú.
  Las Gracias animaron
Sus ojos y su frente,
Y su cabeza ornaron
De oro crespo y luciente:
Pusieron en sus labios
Riquísimo panal.

Nadie en sí propio fíe,
Si vió belleza tanta,
Hermosa cuando ríe,
Hermosa cuando canta,
Dulcísima sirena
Del gaditano mar.
¡Es la Beldad suprema
Que imaginó mi mente,
No símbolo ni emblema,
Mas realidad presente:
Morir puedo tranquilo,
Que mi alma al fin la vió!
Su planta luminosa
Apénas toca el suelo:
Su nombre como Dios
Pregúntaselo al cielo:
Su nombre acá en la tierra
No he de decirlo yo.

Sevilla, Marzo de 1878.

## Á EPICARIS.

Soñé, mi amada, en la ideal belleza,
Fuente de toda luz y toda vida,
Que de Dios en la mente concebida
Es *arquetipo* de inmortal grandeza:
Y yo la contemplaba en su pureza,
De veste candidísima ceñida,
En la tierra su planta sostenida,
Oculta entre las nubes su cabeza:
Espíritu celeste, alma del mundo,
Que presta al orbe su fecundo aliento,
Soplo que anima la materia impura:
Y al despertar de sueño tan profundo,
Ví encarnarse y tomar forma y acento
La belleza ideal en tu hermosura.

Á MI DOCTÍSIMO AMIGO Y PAISANO

DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

RESTAURADOR DE LOS ESTUDIOS DE FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

---

Noble campeon de la española ciencia,
Por quien renace la inmortal memoria
De Soto y Suarez, la olvidada gloria
De Lulio y Foxo, Vives y Valencia:
Ellos del *sér* la inexcrutable *esencia*,
Del *pensamiento* la agitada historia,
Del *espíritu* humano la victoria
Y el potente *afirmar* de la *conciencia*
Con lengua revelaron soberana;
Mas sus nombres cubrió silencio triste,
Hasta que tú avivaste el sacro fuego:

Por tí, que tal tesoro descubriste,
No envidiará ya más la gente hispana
Al germano tenaz, al sabio griego.

Santander, 15 de Noviembre de 1875.

## EN ROMA.

¡Y nada respetó la edad avara...
Ni régio pueblo ni sagradas leyes!...
En paz yacieron extranjeras greyes
Do la voz del tribuno resonara.
No ya del triunfador por gloria rara
Siguen el carro domeñados reyes,
Ni de Clitumno los hermosos bueyes
En la pompa triunfal marchan al ara.
Como nubes, cual sombras, como naves
Pasaron ley, ejércitos, grandeza...
Solo una cruz se alzó sobre tal ruina.
Díme tú, oh Cruz, que sus destinos sabes:
¿Será de Roma la futura alteza
Humana gloria ó majestad divina?

Roma, Enero de 1877.

Á LA MEMORIA DEL EMINENTE POETA CATALAN

# DON MANUEL CABANYES

MUERTO EN LA FLOR DE SU EDAD

EL AÑO 1833.

---

## ODA.

Ὃν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέος.
*(El varon amado por los Dioses muere jóven.)*
MENANDRO.

¡Feliz quien nunca en la acordada lira
Al poder tributó venal incienso,
Ni elevó al sólio de opresores viles
Su profanado canto!
¿Por qué de Horacio el numeroso acento
Adula el sueño al opresor del mundo?
¿Por qué soñada alcurnia en su alabanza
Teje de Mántua el vate?

¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar,
Su voz hiriendo régios artesones,
Himno entonó que servidumbre inspira,
Preso en dorados lazos!
¡Feliz quien nunca del inquieto vulgo
El furor excitó, temió las iras,
Ni arrastró de su Musa desgarrado
El manto por las plazas!
Ódio patricio y ambicion insomne
El brazo armaron del terrible Alcéo,
Envenenó la Némesis plebeya
De Beranger el alma.
¡Maldicion para aquel que en muelle halago
Vierte en su ritmo corrupcion infame,
Y las flores de Chipre regaladas
Torpemente deshoja,
Cual Ovidio y Petrónio las mancharon
Con labio impuro al profanar los dones
Que sobre ellos vertieran las sagradas
De Mnemósine hijas!
¡Hélade antigua! generosas sombras,
Píndaro, Homero, Sófocles, Esquilo,
Que nunca infieles de la Urania Vénus
Fuisteis al puro culto,
Abrid del templo las doradas puertas:
¡Paso al vírgen mancebo laletano
Que en sus hombros la túnica del genio

Ostenta no manchada!
¡Dulce Cabanyes! en humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el númen de la lira...
El de la gloria duerme.
De la region etérea donde moras,
Propicio acoge mi modesta ofrenda:
Para cantarte, de tu lumbre un rayo
Vierte sobre mi frente!
Tú la belleza con afan buscaste
Como á los griegos se mostró y latinos,
Mórbida y rica, transparente, y tersa
Cual de Páros el mármol.
Y esa increada idea realizando,
Cuerpo la diste, movimiento y vida,
Forma gentil, de Helénica pureza,
De sencillez graciosa.
Libre como tu espíritu tu Musa
*Rima desdeña y números sonoros* (1):
Campo la diste que á extender bastara
Su altivo pensamiento.
Dieron el tono á tus audaces himnos
De Ofanto el cisne y el cantor del Tórmes,
Robusto Alfieri, Fóscolo indomado,
Lusitano Filinto.

---

(1) Oda titulada *Independencia de la Poesia.*

Y cual la abeja del ameno Tíbur,
Flores libando en los verjeles todos,
Sonó tu voz en Laletania fértil
Madre de trovadores.
Emulo de Lucrecio, describiste
El monstruo crudo que del Gánges vino
Á emponzoñar con su hálito funesto
Las fuentes de la vida (1);
Y como Horacio al navegante execra,
Tú *al oro* cantas, domador del mundo,
Maldiciendo en tremendas armonías
Su corruptor imperio.
Trajo la historia á tu inspirada mente
Los claros nombres de la edad pasada:
Un rey jurando en manos del ardido
Esposo de Jimena (2):
Por los desiertos mares conduciendo
*Iberas quillas, de Liguria un hombre,*
Y gigante vision del ponto erguida
Para anunciar sus hados (3).
Y las que yacen en silencio antiguo
*Ciudades de alto nombre entre rüinas*
Ansiaste levantar al soplo ardiente

(1) Oda *Al cólera morbo.*
(2) Oda á Marcio.
(3) Canto *A Colombo.*

Del vivífico estío (1).
Seguiste el rumbo de la clara estrella,
*Guiadora gentil de tu destino*
Que embelleció con luz plácida y suave
Tus solitarias horas (2).
A los piés de la vírgen que adorabas
Canto ofreciste cual su pecho puro,
Más blando que el gemir del arpa eolia
Por los vientos herida (3).
Su aliento te infundió la sacra Musa
Que en el Tabór y en el Calvario mora;
Viste á Jehováh de cólera ceñido,
Fulminador, tronante:
Y al tímido modesto sacerdote
Que al ara de Adonái mueve su planta,
Y á quien en incruento sacrificio
El Hombre-Dios desciende (4).
Áureos tus versos son: su eco robusto
Vigor inspira, varonil grandeza:
Dignos de edad más fuerte y generosa
Que la nuestra menguada.
Llegó á tu mente un rayo de aquel fuego
Que iluminó los pórticos de Aténas,

---

(1) Oda *Al Estío.*
(2) *A mi Estrella.*
(3) A.....
(4) Oda. *La Misa Nueva.*

Como llegó al cantor de la Cautiva,
Á Andrés Chenier divino.
Jóven moriste... Apénas á la vida
Se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos:
Jóven sucumbe el que los Dioses aman,
¡Triste ley de los hados!
De Némesis y Delia los clamores
No á su amador libraron de la tumba,
Ni al sollozar sus élegos dolientes
Las Parcas se ablandaron.
De Caton y Pompeyo las cenizas
En sus urnas de horror se estremecieron
Y un *¡ay!* lanzaron sus sagrados Manes,
Al espirar Lucano.
Rota cayó en el Sorga aquella lira
Que moduló en el Tajo los amores
Y llevó á extrañas gentes el sonoro
Nombre de Garcilaso.
Rindió su cuello á la segúr impía
El que al Enfermo celebró y al Ciego:
El Númen de la gloria remontóle
Sobre el cadalso impuro.
Horrible mal devora á Leopardi,
Titan vencido pero no domado:
Á Byron ve caer heróicamente
Missolonghi en su arena.
Jóvenes todos... como tú, Cabanyes,

Vieron pasar en desplacer sus días,
Con el estigma del dolor impreso
En sus alzadas frentes.
*No fué en la tierra el fin de tu viaje:*
Libre de los escollos tu barquilla,
Viste de paz las fúlgidas moradas
Donde inmortal reposas.
*Breves y oscuros de la tierra al seno*
Fueron tus dias en quietud llevados,
Sin que el clamor de la mentida fama
Tu nombre pregonase.
Hoy, mientras ciñen profanados lauros
Frentes vulgares, tu memoria muere:
¡Oh si en tu honor mi canto más durara
Que mármoles y bronces!

Santander, 4 de Febrero de 1875.

## EN EL ABANICO DE MI PRIMA.

En ósculo de amor indefinible
Se unieron nuestras almas,
Ántes de descender del bajo mundo
Á la negra morada.

¿Cuándo será que tornen á enlazarse
Las divididas ramas,
Y que una misma savia poderosa
Haga crecer á entrambas?

Abril de 1878.

FREE LIBRARY

# ÍNDICE.


| | PÁGS. |
|---|---|
| Oda primera de Safo | 1 |
| Oda segunda | 3 |
| Oda de Erina de Lésbos.—Á la Diosa de la Fuerza | 5 |
| Olimpiaca XIV de Píndaro | 7 |
| Odas anacreónticas | 11 |
| La Hechicera, idilio de Teócrito | 17 |
| Idilio de Bion, á la muerte de Adónis | 25 |
| Idilio de Mosco, á la muerte de Bion | 31 |
| Paráfrasis de una oda de Sinésio | 39 |
| Invocacion del poema de Lucrecio | 45 |
| Epitalamio de Julia y Manlio, de Catulo | 51 |
| De Catulo: al sepulcro de su hermano | 59 |
| Canto secular de Horacio | 61 |
| Oda XII del libro primero de Horacio | 65 |
| Oda V | 69 |
| Elegía primera de Tibulo | 71 |
| Elegía de Ovidio. á la muerte de Tibulo | 77 |
| Fragmento de Petronio | 83 |
| Himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza | 87 |
| Cintra, poema latino de Luisa Sigea, toledana | 95 |
| Fragmento apócrifo de Catulo | 103 |
| Los Sepulcros, poema de Hugo Fóscolo | 107 |
| El Ciego, idilio de Andrés Chenier | 121 |
| El Jóven enfermo, idilio de Andrés Chenier | 135 |

K



PÁGS.

Neera, idilio de Andrés Chenier..... 143
La Jóven cautiva, oda de Andrés Chenier..... 145
Himno á Grecia, imitacion de Byron..... 151
A Vénus, oda portuguesa de Francisco Manuel (Filinto). 157
La Noche, oda de Francisco Manuel (Filinto)..... 163
Mis Cantares, oda catalana de Rubió y Ors..... 167
Oda á Barcelona, de Rubió y Ors..... 171

POESÍAS ORIGINALES.

Epístola á Horacio..... 181
A Epicáris..... 191
Una fiesta en Chipre..... 197
Anyoransa..... 205
Cantos latinos goliardescos, I..... 211
Cantos latinos goliardescos, II..... 215
A. C..... 217
A Epicáris..... 221
A D. Gumersindo Laverde..... 223
En Roma..... 225
A Cabanyes..... 227
En el abanico de mi prima..... 235

74406

H.S

AUG 10 1929